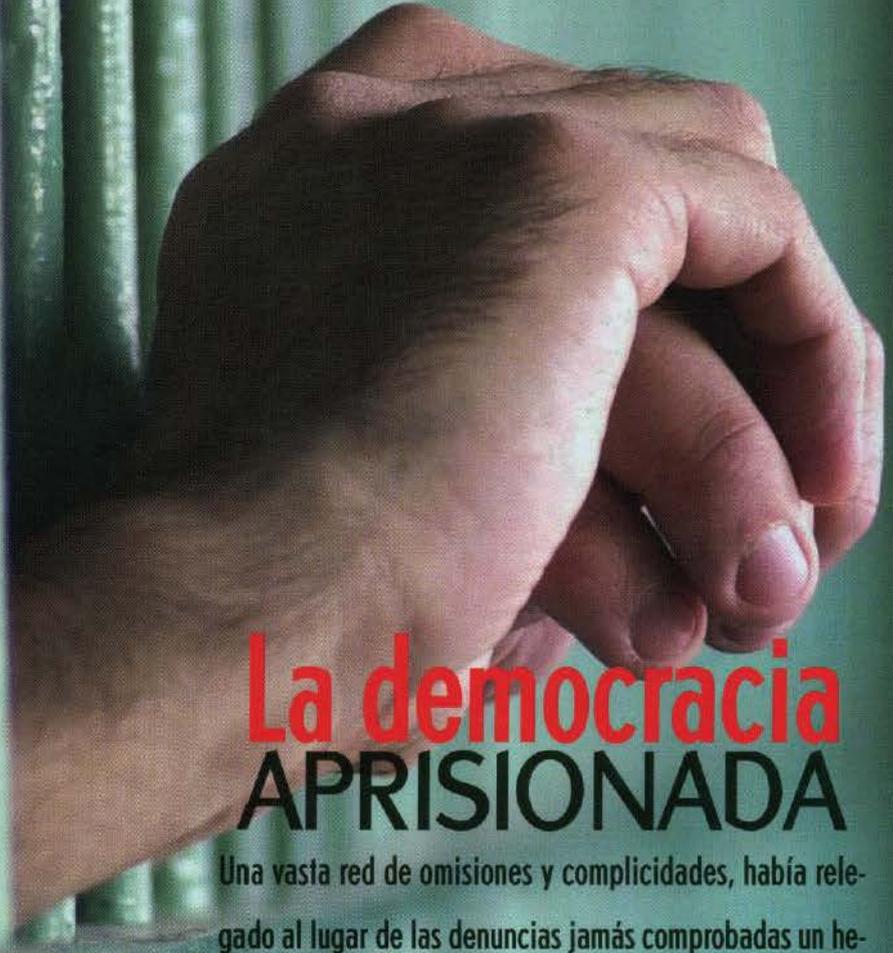


- Argentina \$ 9

puentes

año 5 - número 15 - septiembre 2005



La democracia APRISIONADA

Una vasta red de omisiones y complicidades, había relegado al lugar de las denuncias jamás comprobadas un hecho central del universo carcelario argentino: la tortura. A partir de una denuncia de la Comisión Provincial por la Memoria, por primera vez en democracia se ha probado fehacientemente un caso -con utilización de corriente eléctrica- en la Unidad 9 de La Plata. Es una ocasión para terminar con la impunidad.

Entrevistas: Elías Neuman, criminólogo; Alessandro Portelli, historiador

Por la vida y contra la tortura

Por Hugo Cañón

En un territorio, con una población que lo habita, se genera un vínculo jurídico a través del Estado. Ese Estado -en una república constitucional- tiene precisos límites, y las autoridades constituidas no pueden exceder el marco legal vigente, ni permitir que ningún estamento de su estructura sobrepase esos contornos normativos que las legitima. Sin embargo, el uso del poder estatal está signado por una representación de luces y sombras. La tensión entre población y autoridades es permanente. En algunas situaciones el gobierno articula sus políticas dentro de ciertos grados de razonabilidad, pero en otras se maneja con exceso de discrecionalidad o arbitrariedad, llegando a veces a desatender su función específica, imponiendo (o tolerando que se impongan) situaciones de injusticia; causando sufrimiento, dolor y padecimiento a sectores de hombres y mujeres para los cuales debería gobernar con equidad.

Nos animamos a sostener que en general el poder estatal tiende a desbordarse, a excederse y, en esos casos, ciertamente, aun la división de funciones republicanas entre el Ejecutivo, Legislativo y Judicial, resulta insuficiente para evitar desvaríos.

El EEstado debe entonces ser contenido, sus límites deben remarcarse periódicamente y la sociedad, desde todos sus sectores, tiene derecho no sólo a ser escuchada, sino respetada desde la legalidad. Para esto se necesita tener eficientes órganos de control, compuestos por actores comprometidos en honrar esa responsabilidad.

Nuestra Comisión Provincial por la Memoria, sin vacilación, ha asumido en plenitud este compromiso. Actúa atendiendo reclamos y verificando la ejecución de actos ilegales –incluso de índole criminal– que el Estado tolera o desde su burocracia instrumenta.

No otra cosa es lo que hace en el seguimiento de la situación imperante en esos verdaderos campos de concentración que son las cárceles bonaerenses.

La constatación en causa penal del paso de corriente eléctrica por el cuerpo de un hombre privado de su libertad y bajo el ámbito de responsabilidad del Estado provincial, es una experiencia demostrativa de este rol de control.

Ante ese acto patológico, que es prueba puntual de un sistema de la crueldad, cabe preguntarse: ¿Cómo una sociedad sana puede dejar de escandalizarse cuando dentro del ámbito de protección, seguridad y legalidad que representa el Estado, se practican hechos atroces y aberrantes como lo es la tortura?

Debe escandalizar a la sociedad democrática ese tipo de crimen, porque no se puede construir república sobre la base de la arbitrariedad, el abuso, el desvío del poder y el crimen.

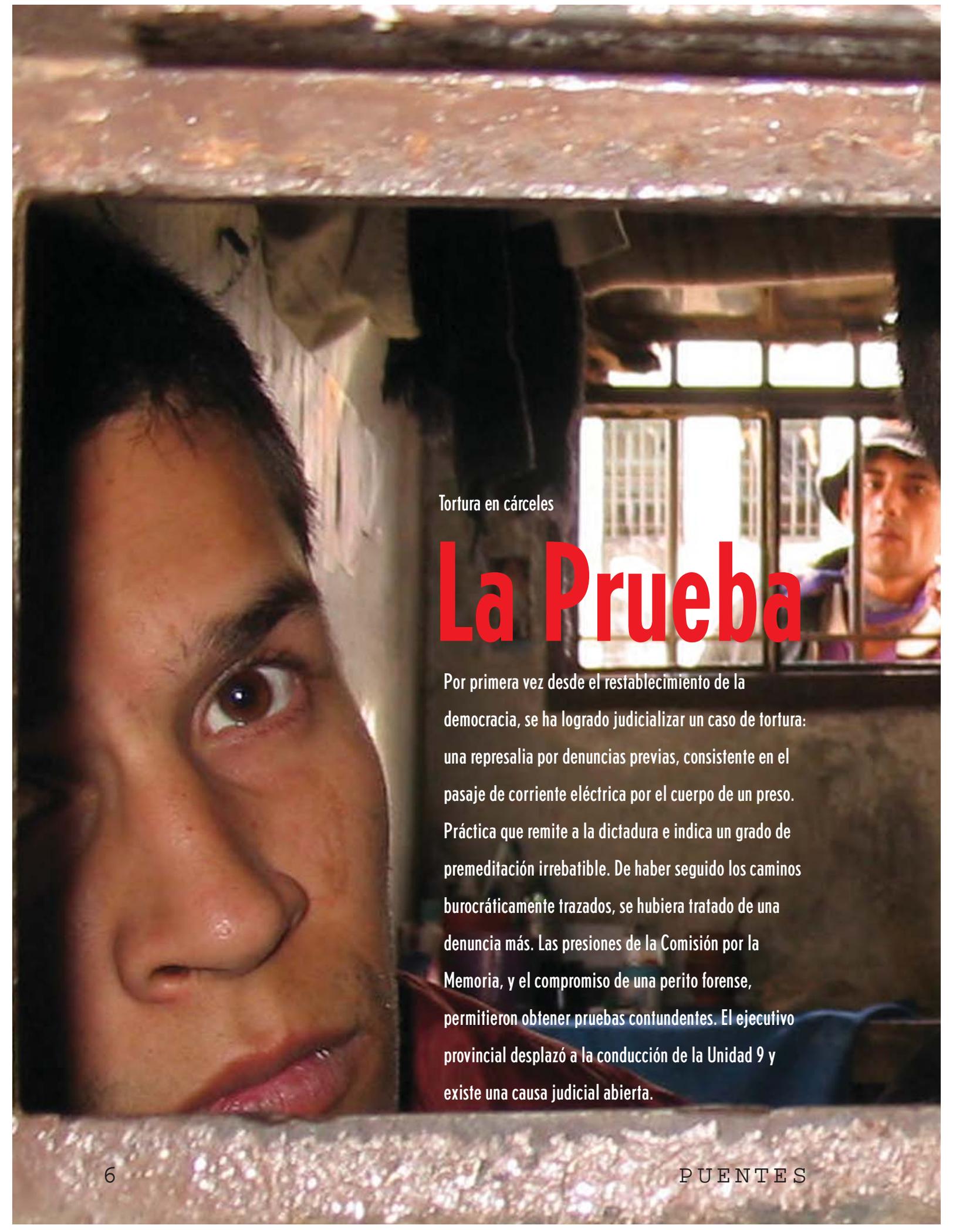
Nuestra Comisión señala, marca, consigna. Estamos para observar, denunciar y controlar con todo el peso de la autoridad moral y legal que el organismo posee.

De este ejercicio pleno no claudicaremos, pues el grupo humano que conforma la Comisión está compuesto por individuos que tenemos una larga trayectoria de trabajo y compromiso en la preservación de la dignidad humana. Este colectivo es un órgano de control insobornable, independiente, coherente; que orienta su decir para construir más legalidad, para cimentar derechos, para consolidar la república. Su palabra siempre será pronunciada para reafirmar la vida.

sumario

6. La prueba. Por Ana Cacopardo. **10.** Del expediente 37/05 del Comité Contra la Tortura. **12.** La verdad encarcelada. **14.** Decir la verdad, buscar la justicia. **16.** “La inseguridad es un paradigma del neoliberalismo”. Entrevista a Elías Neuman. **22.** Las rejas de la desigualdad. Por Regina Célia Pedroso. **30.** El honor y el doble discurso. Por Mempo Giardinelli. **32.** Historia y relato oral. Entrevista con Alessandro Portelli. **40.** EL dilema de Rashomon. La reconstrucción oral del pasado. Por María Maneiro. **46.** La traición de Evita Duarte. Por Mariano García Izquierdo. **48.** Las mil y una voces. Teatro comunitario en Berisso. **53.** Para reabrir la historia. Por Ana Amado. **62.** La secretaria de Hitler. Por Samanta Salvatori y Raúl Finkel. **63.** Actividades de la Comisión Provincial por la Memoria. Biblioteca. **69.** Dossier documentos. De lo secreto a lo público. Segunda entrega: *Canciones Prohibidas*. Por Sergio Pujol.

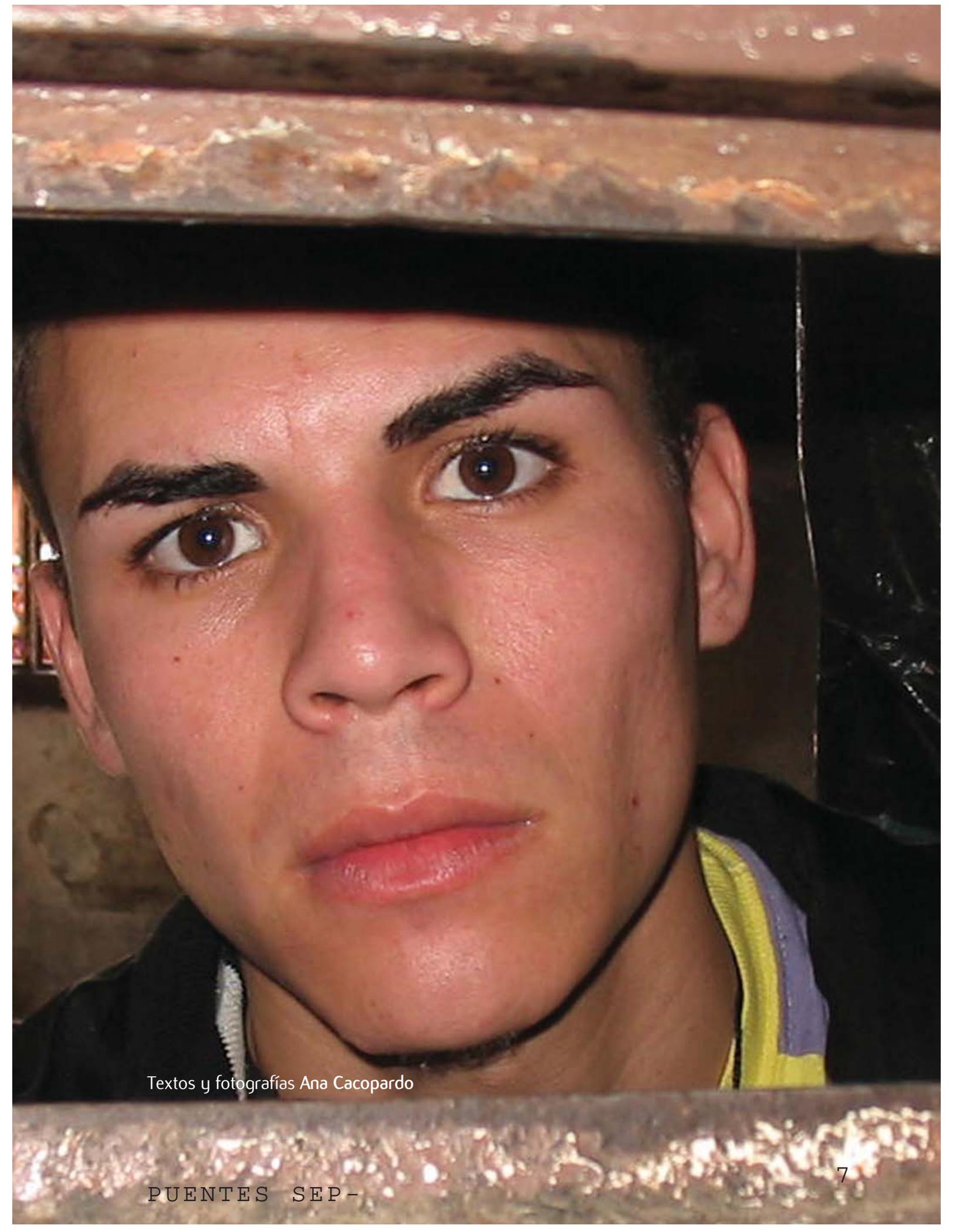




Tortura en cárceles

La Prueba

Por primera vez desde el restablecimiento de la democracia, se ha logrado judicializar un caso de tortura: una represalia por denuncias previas, consistente en el pasaje de corriente eléctrica por el cuerpo de un preso. Práctica que remite a la dictadura e indica un grado de premeditación irrefragable. De haber seguido los caminos burocráticamente trazados, se hubiera tratado de una denuncia más. Las presiones de la Comisión por la Memoria, y el compromiso de un perito forense, permitieron obtener pruebas contundentes. El ejecutivo provincial desplazó a la conducción de la Unidad 9 y existe una causa judicial abierta.



Textos y fotografías Ana Cacopardo



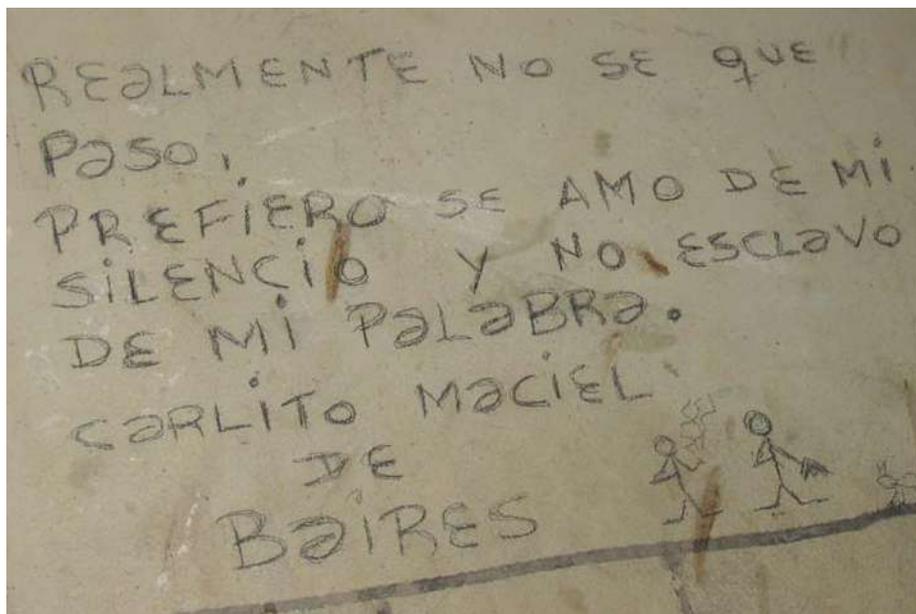
La inspección a la Unidad Penal número 9 de La Plata comenzó, como siempre, con un llamado telefónico. Fue Adolfo Pérez Esquivel quien se encargó de notificar al entonces interventor del Servicio Penitenciario, que una delegación de la Comisión por la Memoria, acompañada por tres defensores oficiales, estaba a punto de ingresar al penal.

Era 5 de mayo. Veintiocho años antes, otro 5 de mayo, pero de 1977, Pérez Esquivel ingresaba como preso político de la dictadura a esa misma cárcel. Eran los años de los pabellones de muerte y de la aplicación de la ley de fugas como mecanismo de exterminio de los detenidos políticos. “Estos eran los chanchos. Así le decíamos nosotros a las celdas de castigo”, recordó conmovido Pérez Esquivel mientras recorría el pabellón más temido, allí donde las celdas no tienen ni siquiera un pasaplatos abierto. “Me sacaron de la Superintendencia Federal dónde estaba, me llevaron a Morón —relató—, me subieron a un avión y me tuvieron varias horas volando en círculo sobre el Río de la Plata”.

La parodia de vuelo de la muerte concluyó en un veloz viaje hasta la prisión emplazada en 11 y 76 de la ciudad de La Plata. Por esa misma puerta —sea cosa del azar o del destino—, volvía a pasar exactamente veintiocho años después. Entró, y las rejas se cerraron tras sus pasos. Pero este otro cinco de mayo iba con la comitiva que integraban además, Alejandro Mosquera, Roberto Cipriano, Juan Manuel Casolatti y los defensores oficiales Gabriel Ganon, Marcela Piñeyro y María Dolores Gómez. Su presencia formaba parte de la rutina de inspecciones a los penales provinciales que viene realizando desde comienzos de este año el Comité contra la Tortura de la Comisión por la Memoria.

Cartografía de la violencia

Adentro, los presos estiran manos y miras (espejos) a través de los pasaplatos. Muchos piden hablar. Uno de ellos es Cristian López Toledo. Otro, su compañero de celda, Claudio Leineker. Sus nombres, junto con los de casi un centenar de detenidos alargan la nómina de quienes se entrevistarán con la Comisión por la Memoria. En la capilla del penal, uno a uno, estos jóvenes, invariablemente pobres y morochos, desplegarán un conjunto de demandas que se repiten, como una letanía, en todas las cárceles. Viven hacinados y en condiciones infrahumanas. Saben poco o nada de sus causas penales. Pasan años procesados. Los trasladan sin que medie orden judicial, alejándolos de sus familias. No tienen atención médica. No se les paga el peculio. Algunos, sólo algunos, se atreven a denunciar al servicio penitenciario: “En la cárcel la vida de un preso vale una caja de pastillas” (psicofármacos). Relatan golpizas, suicidios inducidos o fabricados. Explican que viven con temor a que el servicio les mande un “coche-bomba”. Y enseguida traducen: “coche-bomba es un preso que trabaja para el servicio y viene y explota contra uno a puñaladas”. Otros tienen miedo y prefieren callar. Sin embargo, sus cuerpos marcados revelan algunas claves del mundo del encierro. Tatuajes con el nombre de los hijos o el dibujo de algún santo, tratan de imponer su contorno en brazos y antebrazos ya muy surcados por cicatrices de distintas contiendas. Cortes con hojitas de afeitar. Quemaduras con colillas de cigarrillos. Algo así como una cartografía de la violencia trazada sobre la piel. Pero hay que decirlo, y bien a contramano del discurso consagrado en la televisión: esa violencia no forma parte de una suerte de



folklore tumbero. Lastimarse es a veces el único camino que encuentra un preso para ser escuchado. Otras, simplemente, es un acto de desesperación o de impotencia ante las condiciones del encierro. Y en esta cartografía de la violencia, aparecen también las huellas del castigo y de las represalias aplicados por el servicio penitenciario contra aquellos a quienes quiere domesticar o silenciar. Muy lejos del folklore, la violencia es tolerada y administrada por agentes del propio estado y constituye la columna vertebral de un sistema corrupto y brutal que engendra nuevas redes delictivas y cuyo principal mecanismo de disciplinamiento sigue siendo la tortura.

El calvario de Cristian

Cinco días después de la inspección, López Toledo y su compañero de celda fueron golpeados y torturados. Los familiares alertaron a la Comisión, que inmediatamente se hizo presente en el lugar para entrevistarse personalmente con los dos detenidos. Allí Alejandro Mosquera y los abogados del Comité contra la Tortura pudieron documentar y corroborar golpes en el cuerpo y marcas en la espalda, frente, cuello, cara y piernas. Los dos tenidos manifestaron —por separado y en relatos totalmente coincidentes, incluso en los detalles— que la noche anterior, personal del Servicio Penitenciario Bonaerense los había sacado de sus celdas con la excusa de hacerles un examen psicofísico. Al llegar a Sanidad varias personas vestidas con ropas de la División Traslados y con pasamontañas en las cabezas, los golpearon duramente. A López Toledo le explicaron que era por las denuncias que el mismo había realizado contra personal de otras unidades. “Así que a vos

te gusta denunciar”, le decían. Y lo amenazaron en con insistencia, haciéndole saber que dondequiera que sea trasladado lo iban a estar esperando, “porque el Servicio es una gran familia”.

López Toledo dijo haber recibido descargas de electricidad en ambas piernas, tras ser maniatado en una camilla en el sector de Sanidad del penal. Tenía marcas de las ataduras en las muñecas y heridas en los dos empeines. Le dijeron que por un día no tomara agua, y a su compañero de celda le ordenaron que no le diera nada de beber aunque se lo pidiera, porque podía morir. Y le aconsejaron que debía decirle a su compañero de celda que no denuncie más, o que la iban a pasar peor.

En ese momento, los dos detenidos fueron trasladados y solamente López Toledo manifestó su voluntad de hacer una denuncia penal con el patrocinio del Comité contra la Tortura de la Comisión. La denuncia fue formalmente presentada el 11 de mayo y quedó a cargo de la UFI número 7 a cargo de la Dra. Virginia Bravo.

Desde que formuló la denuncia, López Toledo fue trasladado a Magdalena, Azul y Dolores. Un tipo de traslados recurrentes que son una forma de castigo habitualmente utilizada por el Servicio para intimidar a los presos que denuncian. En Magdalena, López Toledo fue atacado por otro interno, quien luego le manifestó haber sido enviado por personal penitenciario. O sea, uno de los temidos coches bomba. Pero de ninguna manera queda esa violencia circunscripta al puertas adentro del ámbito penitenciario, sino que se encuentra en permanente —y perversa— interacción con el afuera. Una prueba más de ello es que la familia de López Toledo está amenazada de muerte.

Informe de los doctores Roberto Félix Cipriano Garcia e Inés Jaureguiberry



El día 12 de mayo se lleva a cabo la pericia del denunciante. La misma es realizada por la Dra. Emma Virginia Créimer, Perito Médico Cirujano Forense de la Sección Cirugía General de la Asesoría pericial La Plata. Luego de un detallado informe solicita la extracción de piel de las zonas que considera afectadas por pasaje de corriente eléctrica o arco voltaico (...).

El día 21 de junio se acompaña la pericia del Perito Dra. Cecilia Villodo, Perito Anátomo-patólogo de la Asesoría Pericial, que informa que "...en la dermis... cambios morfológicos compatibles con lesión microzonal por pasaje de corriente eléctrica." De esta pericia tomamos conocimiento el viernes 22 de julio cuando

podemos acceder a la causa (...). Ambos (presos) presentaban lastimaduras en sus muñecas, que según relataron, son consecuencia de las esposas con las que fueron atados a las camillas del sector Sanidad en el cual ocurrieron los hechos (...). Nos entrevistamos con la Fiscal y solicitamos la posibilidad del allanamiento a la Unidad N° 9, lo





que la Fiscal nos comenta había pensado hacer por la gran cantidad de denuncias de hechos de violencia durante su turno en dicha Unidad. El día 9 de agosto se lleva a cabo el allanamiento en la Unidad N° 9 del que participa el Dr. Roberto F. Cipriano Garcia junto a tres instructores de la UFI N° 7, cinco agentes de policía y cuatro peritos de la asesoría pericial .

Del allanamiento se obtienen varias facas que se secuestran del interior de los casilleros de suboficiales y oficiales del servicio penitenciario, una capucha como la que utilizaran los agresores de López Toledo, un aparato que podría haberse utilizado para pasar corriente eléctrica, le dicen fuelle y según los agentes lo utilizan para calentar agua. También se secuestran libros de ingreso y

egreso de personas. (Aclaración: ese libro, que documenta entradas y salidas a la unidad, registra el ingreso de un camión de la División Traslados. El dato es importante porque corrobora la declaración del preso que dice haber sido golpeado y torturado a las 22 hs de ese mismo día por personal que vestía pasamontañas y uniforme de la División Traslados).





La verdad encarcelada

Oscar Wilde escribió alguna vez que *las cárceles se construyen con muros para que Dios no vea lo que hace el hombre con sus hermanos*. Además de muros bien altos, el dispositivo de prohibiciones y limitaciones que existe para grabar o fotografiar en el interior de los penales intenta garantizar que en el mundo del encierro, no haya resquicios. A contramano de esa voluntad de ocultamiento, la Comisión por la Memoria ha procurado documentar cada una de sus visitas e inspecciones a cárceles provinciales y federales. Documentar y testimoniar. Ese es el objetivo del registro audiovisual. Así se documentaron, por ejemplo, las lesiones y denuncias de Cristian López Toledo y su compañero de celda, Claudio Márquez Leineker, en la Unidad 9 de La Plata. En el mes de julio la Comisión resolvió realizar una inspección en la Unidad 33 de Los Hornos. Una cárcel de mujeres donde en el transcurso de dos semanas, habían muerto tres internas luego de quemar los colchones de sus celdas. Los abogados del Comité contra la Tortura evaluaron la causa judicial abierta. Algunos indicios alarmantes alrededor de esas muertes confirmaron la necesidad de visitar ese penal. Laura Conte, Alejandro Mosquera y Elisa Carca encabezaron la delegación de la Comisión que fue recibida por las nuevas autoridades de la cárcel. A poco de comenzar el recorrido y cuándo se estaban inspeccionando los tubos o celdas de castigo, un funcionario del Ministerio de Justicia se hizo presente en el lugar con un único cometido: garantizar el cumplimiento de una flamante resolución que prohibía filmar dentro de las cárceles. Sugestivamente la resolución tenía fecha del 9 de mayo, es decir que fue confeccionada 4 días después de la primera inspección realizada por la Comisión a la Unidad Penal Nro. 9 y el mismo día en que López Toledo y su compañero de celda denunciaban en esa misma unidad y frente a una cámara, las torturas y represalias a las que fueron sometidos. El registro de video y fotográfico obtenido ese día fue incorporado luego como evidencia a la causa que investiga la justicia penal de La Plata.

Vale la pena reproducir un fragmento de la resolución 007 firmada por el Subsecretario de Política Penitenciaria Carlos Rotundo:

Visto la necesidad de garantizar la seguridad de los establecimientos penitenciarios y la intimidad de los internos alojados en ellos (...)

Se resuelve:

Artículo 1º: Prohíbese dentro de todo el ámbito de las unidades y/o dependencias del Servicio Penitenciario Bonaerense donde se alojen y/o trasladen internos, a cualquier persona, el ingreso de equipos móviles o elementos de comunicación personal o destinados al almacenamien-

to, captación o reproducción de imágenes y/o sonidos. Prohibido filmar. Prohibido mirar. Prohibido mostrar. La voluntad de esconder y ocultar parece ser el verdadero sustento de esta resolución.

La escena de la censura volvió a repetirse cuando la Comisión se presentó el 14 de septiembre a inspeccionar la Unidad 29 de Melchor Romero, una cárcel de máxima seguridad. “Por favor, apaguen la cámara, esto me puede costar el puesto”, argumentó el Director del penal. La resolución seguía vigente. “Entren y miren lo que quieran, pero no con una cámara”, ratificó el titular del Servicio Penitenciario Provincial, Fernando Díaz, deslindando responsabilidades y señalando que era una decisión del Ministerio de Justicia. Pero esta vez la Comisión resolvió postergar la inspección y no entrar al penal. No con la cámara apagada. No con condicionamientos. No sin la posibilidad de documentar. Porque el ojo de la cámara, es el ojo de la sociedad. Representa el derecho de acceder a la verdad y ejercer un efectivo control sobre el cumplimiento de los preceptos constitucionales. Porque ese control es indispensable en los establecimientos carcelarios, donde existe un régimen cerrado, visitas limitadas y medidas de seguridad extremas administradas por quienes muchas veces resultan denunciados.

La resolución firmada por Rotundo, agrava aún más la extrema dificultad para probar los hechos delictivos que se producen en los penales. Como afirma una presentación realizada por los abogados del Comité contra la Tortura: *si se impide registrar la realidad intramuros, la verdad también quedará encarcelada.*

Esta batalla tiene aún final abierto. El gobernador Solá se comprometió a dejar sin efecto esta resolución. Y ratificó personalmente ese compromiso luego del episodio de Melchor Romero. Pero lo cierto es que la resolución no fue derogada y que muchos de sus funcionarios todavía piensan que hay que matar al mensajero en lugar de alentar los principios de verdad y transparencia.

La necesidad de *abrir* las rejas y generar mecanismos de control ha sido sostenida reiteradamente por organismos de derechos humanos nacionales e internacionales. Si hiciera falta algún argumento más, quizá el más básico y sustancial, lo aporta Ramón S., un preso alojado actualmente en el penal de Rawson: “La cárcel tiene que convertirse en un espacio público, que pierda esa sensación de lejanía y ajenidad con la que siempre se percibió a la sociedad carcelaria y que tan cómoda resulta a los operadores del sistema penitenciario. Si esto se abre, y se convierte en un espacio público, la sociedad puede saber lo que pasa acá dentro. Y lo que pasa no le va a gustar. Quizá así las cosas comiencen a cambiar”.



Decir la verdad, buscar la justicia



Adolfo Pérez Esquivel y Hugo Cañón

“Es el primer caso de tortura con paso de corriente eléctrica probado en democracia. Hasta ahora habíamos escuchado denuncias pero nunca se había corroborado pericialmente. Es un hecho muy grave, que viola principios básicos del estado de derecho”, dijo el fiscal Hugo Cañón, co-presidente de la Comisión por la Memoria, al abrir la conferencia de prensa convocada para denunciar públicamente las torturas de las que fueron víctima dos presos en la Unidad 9 de la ciudad de La Plata.

Durante la conferencia de prensa, se ubicaron junto al fiscal Hugo Cañón el Premio Nobel de La Paz Adolfo Pérez Esquivel, Alejandro Mosquera, el Subsecretario de Derechos Humanos de la Nación Rodolfo Mattarolo y el propio Ministro de Justicia bonaerense Eduardo Di Rocco. “Lo más importante de este caso es que pudo ser judicializado, nos comprometemos a investigar e identificar a los responsables”, afirmó el ministro.

Momentos antes, una comitiva de la Comisión había sido recibida por el gobernador Felipe Solá, ante quien presentó un diagnóstico tan duro como indiscutible habida cuenta de las repetidas evidencias. “Éste no es un caso aislado, ésta

no es una manzana podrida, aquí hay un sistema perverso que sigue operando por debajo del poder político. Venimos a hablar con usted no como cabeza de un gobierno, sino como garante del estado de derecho”, le planteó Laura Conte, vicepresidenta de la Comisión.

A la conferencia de prensa asistieron también dirigentes de otros organismos de derechos humanos, entre ellos el Centro de Estudios Legales y Sociales (C.E.L.S.), la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (A.P.D.H.) y Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora. Por la Comisión estuvieron también presentes Elisa Carca, Aldo Etchegoyen, Víctor Mendibil, Carlos Sánchez Viamonte, Gabriela Cerruti y Mauricio Tenenbaum.

En su carácter de coordinador del Comité contra la Tortura de la Comisión, Alejandro Mosquera dio detalles del caso denunciado y pidió garantías para la seguridad de Cristian López Toledo, el preso que se atrevió a denunciar al servicio penitenciario y que ahora está detenido en el penal de Dolores. “No sólo su vida corre peligro, también su familia fue amenazada de muerte”

Rodolfo Mattarolo, Subsecretario de Derechos Humanos del gobierno, expresó: “Es engañoso pensar que la seguridad se consigue con más mano dura. La ecuación es más derechos, más seguridad. Si no seguimos este camino terminaremos alimentando la creación de nuevas redes delictivas”.

El Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel señaló su preocupación por la falta de investigación y sanción de estos hechos. Con él coincidió Mattarollo: “No hay condenas por tortura. Y en general la justicia prefiere usar la calificación de apremios ilegales que es mucho más leve”.

Víctor Abramovich, director ejecutivo del CELS, subrayó la responsabilidad del Poder Legislativo en la situación de superpoblación carcelaria y subrayó la necesidad de modificar la ley de excarcelación vigente en la provincia. “Hoy la única condena es la prisión preventiva. El 80% de los presos de las cárceles bonaerenses están procesados”, afirmó Abramovich.

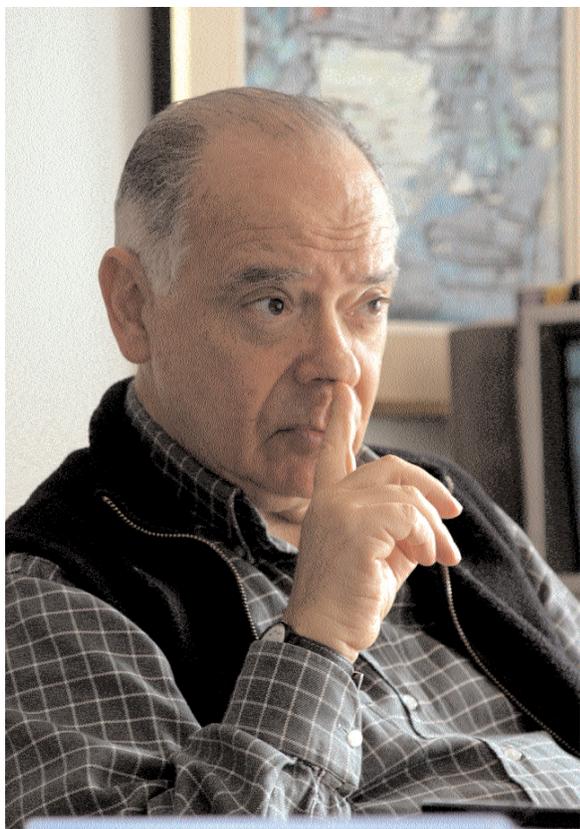
Elías Neuman, criminólogo

“La inseguridad es un paradigma del neoliberalismo”

Un análisis de las causas profundas del aumento de la tasa de encarcelación en todo el mundo, el tránsito del Estado Benefactor al Estado Penal y sus consecuencias en la realidad cotidiana del mundo policial, judicial y penitenciario.

Entrevista Ana Cacopardo

Fotografía Alejo Garganta Bermúdez



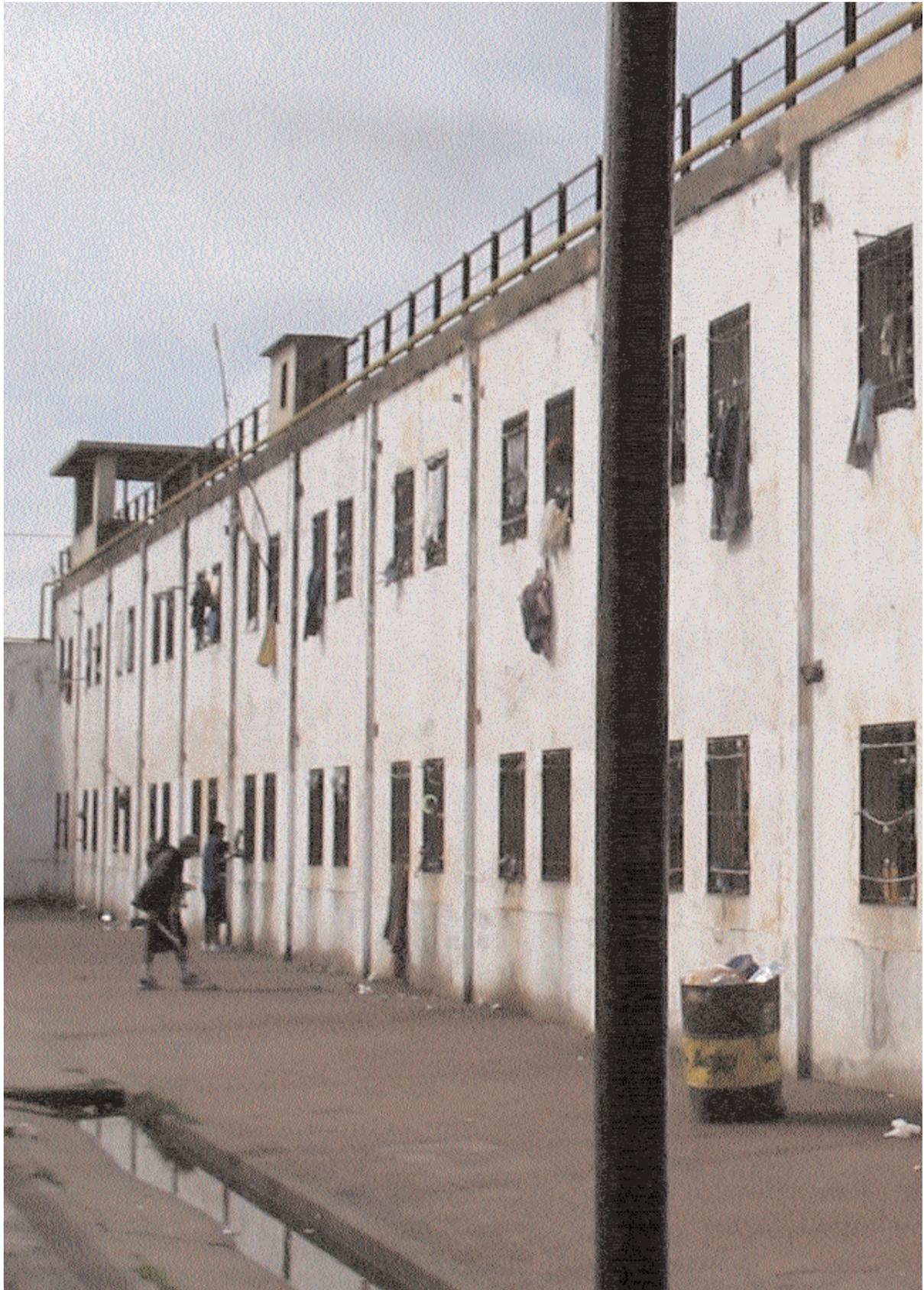
Elías Neuman

Elías Neuman es Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Sin embargo afirma que las facultades siguen formando “tecnócratas legales”. Criminólogo y abolicionista. Poeta y ensayista. Después de recibirse, vivió en el penal de Devoto durante 7 días. “No quise teorizar”, afirma. Como observador de la ONU visitó cárceles de todo el mundo. Actualmente es consultor del gobierno mexicano. “La democratización de la policía y el servicio penitenciario no se resuelve únicamente cortando cabezas”, afirma. “Siguen existiendo pactos no escritos con esos dos cuerpos”. Habla de la “las lealtades corporativas” del Poder Judicial y le gusta repetir una frase que escuchó en una cárcel española: “aquí por justa sentencia, yace un ladrón vergonzante que no robó lo bastante para probar su inocencia”

-El gran aumento de la población carcelaria es un fenómeno de época que incluye a países periféricos y centrales. ¿Cómo analiza este fenómeno?

-Es importante subrayarlo: incluye también a los países centrales. EE.UU. tiene dos millones de presos. El 50% son negros, siendo que la población negra en ese país es el 8% del total. Luego tenemos otro 25 % de presos que son hispano parlantes. A la selectividad penal hay que cambiarle el nombre. Hay que llamarla “discriminación penal”.

Esta superpoblación carcelaria se está dando en toda América Latina. Da la impresión de que los Estados, no pudiendo abocarse a conseguir la meta del pleno empleo, ter-



minan condenando y encerrando a las mismas personas que el sistema deja afuera. Hay una nueva categoría social: la exclusión. El excluido está por debajo del esclavo en la historia de la humanidad. Porque el esclavo resultaba importante para su dueño. Se necesitaba su fuerza de trabajo. Y además, tenía un proyecto interno: su libertad. El excluido se levanta cada día sin saber qué va a comer. O si va a tener medicamentos para sus hijos. Está acorralado por el desempleo, no tiene prestaciones sociales. En estas condiciones, ¿es un hombre libre? Yo digo que desde un punto de vista social y victimológico no es un hombre libre.

-Usted afirma que se ha producido un tránsito del Estado benefactor al de control social o Estado penal.

-Lo denomino "Estado penal" porque hay una manipulación del sistema penal que obedece en buena parte a las clases medias. Es la manipulación que tiene por objeto una suerte de tolerancia cero y mano dura. Que pregona estirar hacia abajo la edad de imputabilidad, que endurece los regímenes de excarcelación. La inseguridad es un paradigma del neoliberalismo, y en esta línea de razonamiento podríamos decir que cuanto más débiles son los gobiernos de las democracias formales, como una razón política de subsistencia crean estas fórmulas de represión porque reeditúan políticamente. Si no, los Patti o los Rico no hubieran ganado elecciones.

Creo que existe actualmente un terrorismo de Estado que se ejerce de otras maneras distintas a los tiempos de las dictaduras. El miedo es su base substancial. La sanguinaria dictadura utilizó el miedo para imponer la ruptura total de las estructuras políticas y sociales existentes e implantar el neoliberalismo.

-Usted acuñó la frase de que a la cárcel llegan los delincuentes fracasados...

-Sí, una especie de muletilla. Zaffaroni habla de "portación de cara". Concepción Arenaga, a principios del siglo pasado, decía que en la cárcel los buenos salen malos y los malos peores. Una de las cosas que ha logrado el Estado penal es asociar violencia con lo que ocurre abajo. Cuando se habla en los medios de violencia se refieren los delitos urbanos y callejeros, que por otra parte son los únicos para los cuales está programada la policía. Porque si, como dicen en México, volteamos hacia arriba la mirada, tenemos que hablar de otras violencias y de otros delitos. De grandes fraudes administrativos o económicos. O de delitos de oligopolios que son capaces de hambrear una región. O el delito de incitar al odio racial, religioso, político y de género por los medios de difusión.... ¿Y esto no es acaso violencia? Si pensamos en un solo delito cometido desde atrás de un escritorio por un grupo organizado para delinquir, tiene más costo social y económico que los delitos contra la propiedad cometidos por todas las personas que hoy están presas. Nosotros tenemos una visión de la

violencia de abajo, y lo curioso del caso, es que los jueces juzgan eso. Lo otro siempre se escapa de sus manos. Si me permite, voy a apelar al Martín Fierro. Ahí, José Hernández le hace decir al Viejo Vizcacha:

*La ley es tela de araña,
en mi ignorancia lo explico
no la teme el hombre rico,
nunca la teme el que manda
pues la rompe el bicho grande
y sólo enreda a los chicos*

Ahí podemos ver en pocas palabras lo que yo intento decir hace media hora...

-Recuerdo ahora una frase que vi escrita en la celda de un penal de la provincia de Buenos Aires: "En este maldito lugar donde reina la tristeza, no se condena el delito, se condena la pobreza".

Tengo otra: "Aquí por justa sentencia, yace un ladrón vergonzante que no robó lo bastante para probar su inocencia." Cárcel de Carabanchel, en España.

-Sigue siendo una asignatura pendiente de la democracia impulsar un cambio estructural del Servicio Penitenciario. ¿Por qué cree que este tema no es parte de la agenda pública?

-Siempre recuerdo cuando fui a la provincia de Buenos Aires y les di una conferencia y casi me matan porque les dije que había que sacarse el uniforme, que no pueden existir servicios penitenciarios militarizados, con una estructura castrense, de escalafón. Si usted habla con ellos le van a decir: "Un prefecto equivale a un comisario y un inspector a un inspector general de la policía". ¿Pero qué es esto?. ¿Qué pasó con el asunto de la política de la readaptación social? ¿Con uniformados? Si hay algo que odia el preso es el uniforme y con razones, claro... En muy pocos países pasa esto. Además de nuestro país, en Egipto, en Cuba, en Colombia y en Chile. Por eso digo que dos instituciones que son dos controles formales del poder punitivo del Estado, como la Policía y el Servicio Penitenciario, no han sido democratizados. El cortar cabezas, como ha ocurrido últimamente, es un paso, pero no alcanza. Siguen existiendo pactos no escritos. Pactar con estos cuerpos, significa señores, ustedes me garantizan esto y nosotros cerramos los ojos por los negocios que ustedes pueden hacer. Eso es así. En las cárceles hay negocios. Y más desde el ingreso de la droga que produjo todo un resquebrajamiento en los códigos. Nos hacen faltan programas serios e interdisciplinarios de política criminal o criminológica. Y saber qué clase de país queremos. Después los controles de poder punitivo del Estado tienen que ubicarse dentro de la política que queremos. Aquí, en nuestro país, se trata de cortar el



dolor de cabeza por decapitación. Y esta idea de que la solución es más represión, es especialmente dramática para nosotros que venimos de una historia reciente terrible, equiparable al nazismo.

-Por esa historia reciente resulta tan grave que aún hoy en las cárceles de la provincia de Buenos Aires se use corriente eléctrica para torturar a los presos.

-Casos como el de López Toledo son realmente dramáticos. Y felizmente se pudo descubrir y probar. Pero, de todas maneras, esto que se ha descubierto es realmente abrumador porque a uno le queda la impresión de que no hemos avanzado un paso.

-¿Cuándo fue la última vez que se conmocionó al visitar una cárcel?

-En el 99, en Venezuela. Hay una prisión ahí que se llama "Iare" que queda en un cerro. El que dirigía esa prisión era un militar. Un preso me había dicho que tenía que visitar "el tigrito", lo más terrible que tenía esa cárcel. En verdad, para evitar que prepararan la escena, toda vez que hacía visitas cuando trabajaba para Naciones Unidas, nunca lle-

gaba en la fecha anunciada. Llegaba dos días después o un día antes. Y lo primero que hacía al llegar era decirle al director que me llevara a las celdas de aislamiento, al buzón o los tubos. Eso ya me daba la pauta para todo lo demás.

-¿Y con qué panorama se encontró cuando lo llevaron al "tigrito"?

-En primer lugar, el director designó a doce o trece policías para que me acompañaran. Se movían alrededor nuestro con itakas. Entonces yo le dije a uno: mire, perdóneme, pero no se entra armado a un establecimiento carcelario. El jefe me respondió que ellos eran de la policía militar y me dijo además que los presos también estaban armados. No se imaginan las cosas que vimos hasta llegar arriba, al cerro, donde estaba "el tigrito". Atravesamos pabellones con presos armados no sólo con facas (cuchillo carcelario), sino con armas. Cuando llegamos nos explicaron que allí había tres pabellones de refugiados, que son los presos condenados a muerte por los otros presos. No había visto algo así ni en una cárcel pública de Brasil. Cuando entré, era una celda cuyos barrotes estaban totalmente tapados con chapas

que dejaban un pequeño espacio. Y desde ahí me llamaban y había una cabeza arriba de otra, cinco cabezas. Entonces me puse en cuclillas y empezamos a hablar...

Por la tarde, un cura de ahí, de apellido Zárate me contó algo aterrador cuando le pregunté por las estadísticas de muerte en ese penal. Con tantas armas, ¿cuántos mueren acá? El cura me dijo que diariamente morían dos o tres presos. Lo terrible es que a veces las heridas no son mortales, no son graves. Pero, aun así, el herido empieza a morir. Porque no hay atención médica. Entonces se llama a unos presos evangelistas para que les recen y mueren desangrados.

-Frente a este panorama, ¿qué pasa con el Poder Judicial, con los defensores públicos, con los fiscales? ¿Eligen mirar a otro lado? ¿A qué lealtad responden? ¿Una lealtad corporativa? ¿Una lealtad al poder político?

-Son funcionales al sistema neoliberal. El capitalismo industrial tenía en miras la readaptación social del delincuente porque se la ligaba al hecho de que el individuo trabajara. Era un potencial operario. Pero este tipo de capitalismo desapareció. Y no estoy haciendo aquí ningún juicio de mérito ni afirmando que hay capitalismo bueno y malo. Lo que quiero decir es que a este capitalismo financiero y de servicios no le interesa en absoluto el sentido ético de la vida humana. En estos tiempos pareciera que estas personas, que son cientos de miles, no nos importan. Así como en el capitalismo industrial regía una especie de darwinismo social, hoy gobierna Malthus. Entonces, quien entra a una cárcel deja de ser persona, pasa a ser una categoría legal, y no sólo pierde lo que la ley señala en sí —que es su derecho ambulatorio—, pierde todos los derechos a partir del principal, que es su dignidad humana.

-Volvamos a los jueces, al Poder Judicial

-Bueno los jueces se acostumbraron a obedecer lealtades. En muchos casos lealtades al Ejecutivo. En otros, a delegar. Es decir: y bueno, nosotros hemos solicitado al Poder Ejecutivo que resuelva, nosotros no podemos construir cárceles. También se ha consolidado lo que se llama “derecho recibido”. Esto ya es así y listo. Una fórmula muy cómoda. Partamos de esta base: el juez no solicita, ordena. Y el juez puede ordenar: señores, yo no puedo dejar de cumplir el artículo 18 de la Constitución Nacional y todos los pactos internacionales que son ley constitucional, en donde se aseguran tales derechos para los presos. He conocido muy pocos casos. En el país, recuerdo a una jueza que se llama Elsa González. Ella intimó al Superior Tribunal a desalojar en 96 horas una alcaldía de menores en Esquel, caso contrario ponía a todos los chicos en libertad.

-Después me llamó y me dijo: vos me defendés en el juicio político que me van a hacer.

-Este último comentario de la jueza nos lleva directamen-

te a la cuestión de las lealtades corporativas en el Poder Judicial.

-Yo estoy escribiendo sobre la ausencia del Estado, y responsabilizo fuertemente a los jueces. Porque muchas veces hay abuso de poder e inobservancia de sus deberes. Cómo vamos a hablar de la democracia y la constitución, si los propios jueces violan principios allí consagrados. Las cárceles deben ser sanas y limpias. O ¿cuándo se habla del trato humano que deben tener los presos? ¿Y los Colegios de Magistrados? Cuando se pronuncian, lo hacen por aumentos de sueldos nomás.

-¿Pero el problema son los jueces o son las leyes? El uso abusivo de la encarcelación preventiva está consagrado por ley, al menos en la provincia de Buenos Aires, desde la gestión Ruckauf.

-El problema es que hay una ideología muy reaccionaria. Yo doy cursos de post-grado y sé de qué hablo. Discuto con jueces y fiscales. Porque acá el problema empieza en la formación universitaria. En la facultad se transmite el saber como quien transmite el poder. De una manera aséptica y ahistórica. Entonces, en las facultades de derecho formamos tecnócratas legales. Le ponemos las anteojeras, no sea cosa que se les ocurra hacer una observación participante o una exploración de campo.

-Por eso usted afirma que el Poder Judicial debe convertirse en Poder, porque hoy sólo es una administración de justicia.

-Yo digo que es una administración. Un conjunto de oficinas para la administración de justicia, no es un poder. Porque el poder manda. No solicita, ordena. El Juez, de acuerdo a nuestra Constitución, ordena. Lo que ocurre es que tienen una formación pragmática jurídica, pero no tienen formación de lo que es realmente la situación social actual. Muchos tienen el mismo discurso obsoleto de hace 30 años. Cuando escucho a algunos, parece que luego de un tiempo en el ejercicio de la magistratura ya se sienten algo así, como subrogantes de Dios. No en vano tienen los Cristos colgados en sus despachos. Por eso sostengo que todo lo que se enseña en la facultad va creando —vamos a decirlo en idioma marxista— una superestructura institucional y mental que los ubica así, del otro lado. Porque, además, los jueces gozan de impunidad. ¿Qué pasa cuando se cajonea una causa? ¿Quién vigila al vigilador? No tenemos controles adecuados. A veces pienso que sería bueno crear una figura del tipo de un ombudman. Un ombudman judicial. Los jueces de ejecución de penas, por ejemplo. Que no sean oficinistas, que tengan su despacho en la cárcel. Un juez en la cárcel para atender los apremios ilegales. Y no estoy inventando nada. Los vi en Bélgica o en San Pablo. Creo que hay que acabar con la idea jurídica que nos viene del derecho romano, el sujeto de derecho”. Se acabó. Nosotros hablamos de Derechos Humanos. Pues bien, los Derechos Humanos se

aplican a personas humanas. Y aunque decir persona humana parece una tautología, lo digo así porque también se habla de persona jurídica, así que bien puedo decir persona humana, no es un pleonismo.

Entonces tenemos que ir a Ortega, que habla de las personas y sus circunstancias. Si nosotros estábamos estableciendo que hay muchos seres humanos que no son seres libres, un juez tiene que saberlo. Además de penar como la ley lo establece, tiene que hacer cierto tipo de valoraciones y no enviar a todas las personas a ese depósito humano que son las cárceles.

-Una de las frases más repetidas por los propios detenidos o sus familiares es que en las cárceles “la vida de un preso vale una caja de pastillas”. Usted ha recorrido América Latina, ¿también es así?

-Sí, claro; siempre lo oí de diferentes maneras. Como dicen en México: la vida no vale nada. Y es así en el mundo carcelario, superpoblado, hacinado, con sus códigos, con una especie de cosificación de pérdida de individualidad, de dignidad en todo aspecto. Tener que hacer turnos para dormir, por ejemplo. Sería estupendo poder hacer un análisis incluyendo, aunque sea empíricamente, estadísticas sobre qué posibilidades mayores hay de vivir en libertad que en prisión. Con otras palabras: qué porcentaje existe de morir en prisión comparativamente con la libertad.

-En el mismo sentido, y como una de las formas de exterminio, usted habla del S.I.D.A. en las prisiones y le pone un calificativo: “genocidio”.

-Nosotros sabemos que hoy el S.I.D.A. no mata y que obviamente se puede llegar a cronificar la enfermedad. Sin embargo los presos están como en el año 80 del siglo pasado, cuando no había absolutamente nada y sólo se podía esperar la muerte.

Entonces nos encontramos con cosas fantasmagóricas, con sentencias que afirman: “No, el S.I.D.A. lo contrajo antes de entrar en la cárcel”. Entonces le niegan al detenido una excarcelación extraordinaria. Hay otros más humanistas, en el sentido de ayudar a un buen morir. Lo que me pregunto es por qué no pudimos ayudar a ese hombre a un buen vivir.

-Hay otra frase muy repetida por los presos: “el Servicio Penitenciario es una gran familia”...

-Zaffaroni me dijo alguna vez: “Mirá, viejo, esto es una gran familia”. Escribió sobre la gran familia judicial. Yo le digo siempre que se olvidó de los cuñados: la policía. La gran familia es la policía más el Poder Judicial.

-¿Y de esa familia participa el Servicio Penitenciario?

-Lo de los penitenciarios es muy especial. Los niños juegan al vigilante y al ladrón. Se intercambian los lugares, pe-

ro nunca hay guardiacárceles ni cuidadores. De manera que la vocación penitenciaria no nace de la infancia, nace por adscripción al uniforme. Y después, en el trabajo, creo que muchos de ellos sienten una especie de menoscabo.

-Usted escribió algo que quiero recordar en este momento. El problema social del encierro aparece en la consideración del poder como una pelea entre personas del mismo estrato social. Presos y penitenciarios. Y no como una responsabilidad del Estado.

-Eso lo digo siempre. Le voy a contar una anécdota. Una vez por el '97 o '98 estaba recorriendo la famosa penitenciaría de Coronda. Era la tercera o cuarta vez que iba. De pronto el director me dice: me acuerdo cuando usted vino en el '69 porque yo era cadete y después leí alguno de sus libros. Entonces después pensé, evidentemente si yo vine en el '69 puede ser. Y además probablemente acá estén también los hijos de los presos que conocí en esos años. Y los hijos de los guardiacárceles. Todos de la misma procedencia social. Curiosa circunstancia. Porque el Estado utiliza para la represión y la custodia a los mismos, y a veces pertenecen al mismo barrio, al mismo asentamiento. Tendríamos que preguntarnos qué sucede cuando de los dos lados de la reja son los mismos. Los custodios son los presos de los presos. Me dediqué a estudiar esas broncas, y esas circunstancias potenciales que los unen y los separan. Es complejo. Las cosas que se dicen entre ellos, los profundos odios potenciales y los negocios y las alianzas que también pueden unirlos.

-A usted le gusta la poesía

-Sí, mucho.

-Escribe y ha publicado. Adorno dijo una vez, después de Auschwitz no es posible la poesía

-Sí, dijo eso. Pero bien sabemos que Primo Levi y algunos otros le dijeron que estaba equivocado, que la poesía continúa. Yo creo que escribí 30 libros para no escribir poesía. Cosa desgraciada ¿no?

-Aplicándolo a su caso, Adorno tuvo razón entonces

-Sí, quizá. Mire yo soy un tipo naturalmente optimista. Y ateo y loco. Pero cuando me pongo a pensar en este asunto de cómo se han sucedido las cosas con el neoliberalismo...El rasgo diferencial que puedo tener con otras personas que trabajan en esto es que yo me metí como preso, hasta viví como preso siete días en Devoto para comprender cómo era esa experiencia. Jugué al fútbol con ellos, comí con ellos. No quise teorizar. Aprendí mucho con la gente que me mandaba Mugica. Eso fue paradójico. Hablábamos por teléfono hasta tres horas, pero nunca nos vimos personalmente. Me mandaba casos y yo aprendí muchísimo, aprendí de esa gente. Quisiera poder narrar esas historias con austeridad, sin estetizar, sin ponerle adornos. Quizá la poesía me ayude...

Las rejas de la desigualdad

Por Regina Célia Pedroso

Ilustraciones Lazar Segall

Según la especialista autora del artículo, en la sociedad brasileña las relaciones de poder se caracterizan por la desigualdad y sojuzgamiento a que la mayoría de la población debe someterse, rasgo que se acentúa en el universo carcelario. Tales condiciones estarían hondamente enraizadas en la colonización y la construcción de la nacionalidad. Y es por eso que en el propio régimen democrático actual persisten niveles extremadamente altos de violencia ilegal –torturas incluidas- y de conflictos que ni el mismo Estado logra resolver.

La historia del Brasil registra millares de casos en los cuales la población ni siquiera es vista como portadora de derechos. Los gobiernos utilizan la máquina represiva del Estado para mantener a la sociedad en niveles aceptables de orden. El ejercicio de la represión es parte de las directrices de conducción del Estado brasileño. Podemos considerar a la miseria como otra cara de la violencia, pues Brasil es un país rico pero con 23 millones de habitantes en situación de pobreza.

Cuando se oficializó el proceso de colonización del territorio por los portugueses, se comenzaron a traer esclavos como mano de obra desde diversas regiones de África. Entre el siglo XVI y fines del XIX, cerca de ocho millones de seres humanos sufrieron ese despojo. Los negros eran arrancados de su cultura original, embarcados en los inmundos navíos negreros que venían abarrotados para América, para aquí ser vendidos a los latifundistas productores de caña de azúcar. Los esclavos, más allá de ser altamente productivos, tenían un valor muy grande como mercadería, pero el trato hacia ellos era terrible.

La industria en Brasil hasta fines del siglo XIX fue respon-

Pógrom (1937)



sable por el tratamiento deprimente y violento al negro. Aquellos que sobrevivían al viaje de alrededor de dos meses, cuando llegaban eran tratados como animales. Marcados a hierro, eran puestos a engordar para que se fortalecieran y alcanzaran buen precio. Tras ser adquiridos por el hacendado, los esclavos no tenían ningún derecho legal. Un ejemplo es la prohibición de la educación escolar al negro, libertos incluidos.

Los habitantes originarios del territorio brasileño también sufrieron un proceso de violencia similar y fueron empleados como mano de obra esclava. En un primer momento, trabajaron en la extracción del pau-brasil, madera que se exportaba a Europa. La manera escogida por los portugueses para capturar indígenas fue la organización de expediciones que entraban al territorio en búsqueda del producto. Los bandeirantes obtenían permiso del gobernador para internarse en el sertón en busca de su presa.

La génesis de la violencia contra negros e indios en el proceso de colonización y construcción de la nación brasileña puede ser observada en la actualidad bajo otras perspectivas. Tanto los indios como buena parte de la población de ascendencia negra aún son tratados a partir de los estigmas que les fueron siendo atribuidos a partir de nuestra historia. La asociación del indio a la pereza, indolencia, ignorancia, puede ser percibida en la actualidad. Y la asociación que se hace del negro a los trabajos que poseen menor remuneración aún es un tabú en nuestra sociedad.

Blanco y negro

Los índices sociales en Brasil vienen mejorando lentamente en los últimos años; sin embargo, la desigualdad entre blancos y negros se mantiene inalterada. Tal es el resultado de un estudio sobre desigualdad racial hecho por el Instituto de Investigaciones Económicas Aplicadas. De acuerdo con él, de los 53 millones de pobres existentes en Brasil, 63% son negros y 37% blancos. De los 22 millones de habitantes que están abajo de la línea de pobreza, 70% son negros. En la franja etaria de cero a seis años, el 38% de los blancos son pobres. Cuando se trata de chicos negros, el índice sube al 65%. Entre los blancos, en la franja etaria entre siete y catorce años, el 33% son pobres, y entre los negros, el 61%. De los 15 a los 24 años, el 22% de los blancos son pobres contra el 47% de los negros. La desigualdad en el acceso a la educación está implícita en los datos expuestos, pues la mayor parte de los negros poseen inferiores posibilidades de pagar una educación privada; quedando sin posibilidad de elegir entre ésta y la educación estatal. El promedio de tiempo de estudio de los adultos blancos es de 6,6 años, mientras los negros adultos promedian los 4,4 años de estudio. Esa diferencia es prácticamente la misma que al inicio del siglo pasado.

No existe hoy un brasileño que resida en una gran ciudad y no pueda señalar personas de su entorno que fueron asal-

tadas o secuestradas. Para enfrentar esa inseguridad, Brasil dispone de 500 mil hombres en la policía. En las principales ciudades la proporción entre policías y población es semejante a la de Nueva York. Pero en el tiempo en que nuestros policías esclarecen un caso, sus colegas norteamericanos resuelven nueve y los ingleses catorce. Al respecto, los especialistas aseguran que si la policía trabajase mejor, la justicia entraría en colapso: sería necesario nombrar diez veces más jueces y habilitar cinco veces más lugares en las prisiones.

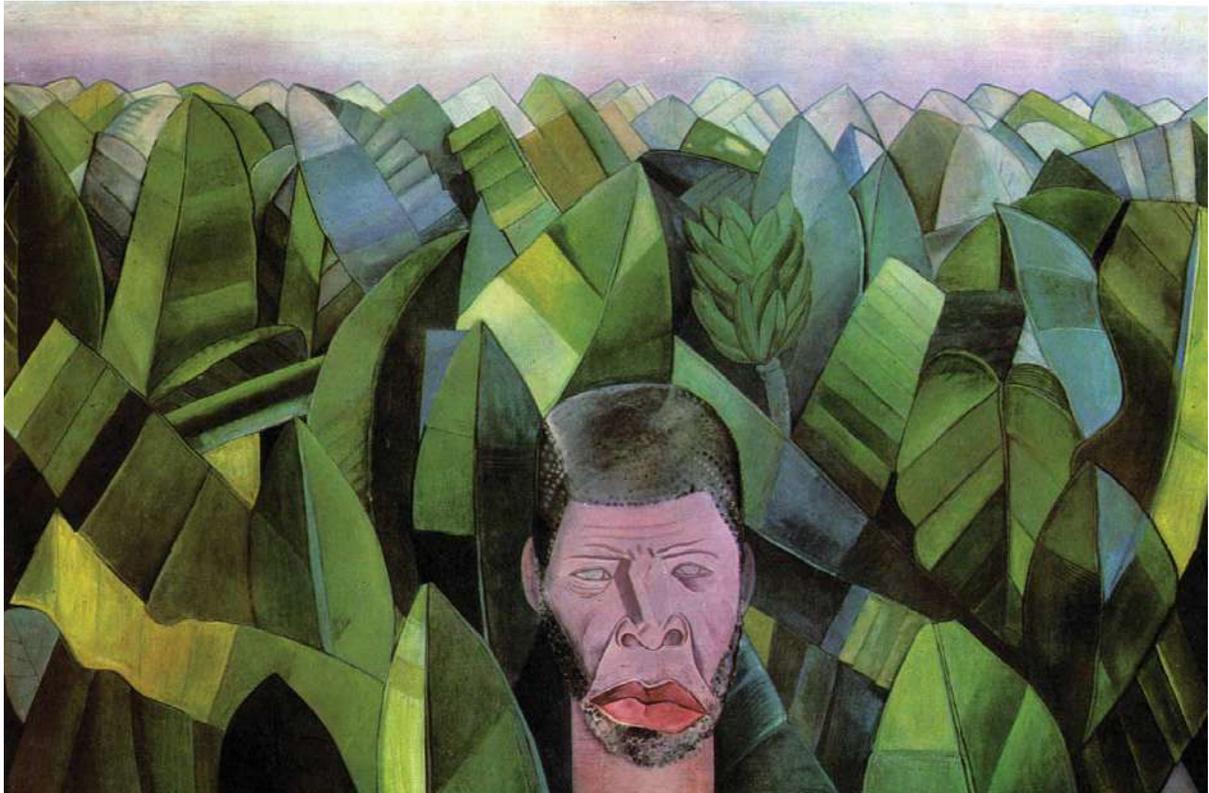
Suele considerarse a la pobreza como una de las causas generadoras de la violencia. Sin embargo, lo que se registra no es eso: la mitad de los indigentes brasileños habi-

El tráfico de estupefacientes es considerado la vedette del crimen, ya que es la modalidad que más retorno da a sus inversores. Muchas veces, a partir de esto es que se fueron creando en la opinión pública impresiones erróneas como la relación inmediata entre el tráfico y la violencia a gran escala.

tan la región nordeste del país, en grandes bolsones de pobreza y hambre asolados por la sequía incesante y la falta de políticas públicas que resuelvan el problema de la subalimentación. Pero no es en esas regiones donde está el mayor número de homicidios, sino en las regiones más pobres de las grandes ciudades. Por ejemplo, en la región sur de São Paulo, donde los homicidios practicados están ligados a la desestructuración urbana y la falta de políticas públicas adecuadas. El habitante de las periferias de las grandes ciudades sufre problemas tales como calles sin iluminación, falta de hospitales, presencia policial muy dispersa, falta de áreas de recreación. Además, sucede que generalmente las áreas más periféricas son regiones de ocupación reciente, como el caso del extremo sur de la ciudad de São Paulo.

El imaginario popular asocia las masacres que se dan allí (homicidios múltiples) al tráfico de drogas. El tráfico de estupefacientes es considerado la vedette del crimen, ya que es la modalidad que más retorno da a sus inversores. Muchas veces, a partir de esto es que se fueron creando en la opinión pública impresiones erróneas como la relación inmediata entre el tráfico y la violencia a gran escala. Uno de los principales factores de esta desinformación se debe a las peculiaridades del trabajo en los medios de comunicación de masa, donde pocos periodistas tienen oportunidad de discutir lo cotidiano de la actividad criminal. La mayoría se limita a explotar algunos pocos hechos, normalmente los que más seducen al lector. Trabajan en general con lo chocante y lo extraordinario.

En algunos casos, realmente hay una relación; pero en otros



Platanal (1927)

la motivación es la venganza. Los muertos en masacres representan el 2,3% de los homicidios registrados en la ciudad de São Paulo. Las masacres generalmente son practicadas por los llamados “justicieros”, contratados para vengar a alguien. Hay también innumerables registros de policías militares envueltos en las muertes. Existen algunos relatos sobre policías militares que matan traficantes para quedarse con la droga. Como no se puede dejar testimonio en un caso de estos, terminan matando a todos los presentes. Otra forma de inserción de la policía en el mundo del crimen es su contratación para, en su horario de descanso, ejecutar un servicio para un traficante.

Mujeres

El sistema penitenciario en Brasil data de fines del siglo XVIII. Siempre fue visto por los gobernantes como algo poco importante y, por lo tanto, pasible de políticas que en vez de corregir, postergaban inversiones para futuros gobiernos. La superpoblación, el caos, la prostitución, la corrupción y los malos tratos a los presos están en el nacimiento de esa institución. La regeneración del encarcelado, finalidad del sistema, es una ilusión. Hoy la reincidencia criminal sobrepasó el 50%. Esto quiere decir que de los presos liberados tras cumplir sus penas, más de la mitad retorna a la marginalidad pues no consiguió reintegrarse a la sociedad. De las varias tragedias ocurridas en varias peni-

tenciarias y comisarías en la última década, tenemos la Masacre de Carandiru (1992) como aquella que más impacto tuvo en la opinión pública en la que, tras una invasión mal planeada de la Policía Militar, fueron asesinados 111 presos. Este episodio representó el pico de una política penitenciaria mal estructurada y corrupta —significó la falencia de los organismos de la seguridad pública— al decretar el asesinato en masa de parte de los presos.

La realidad vivida por el sexo femenino en la Europa medieval y moderna, tuvo reflejos en el Brasil recién conquistado por los portugueses. En Brasil, durante el período colonial, la sumisión femenina al rey y a la Iglesia eran avaladas por la legislación. Pero, al contrario de los países europeos, en los cuales las mujeres criminales eran encarceladas en conventos, en Brasil eran encarceladas en recintos masculinos. El encarcelamiento en Brasil jamás respetó la separación por categorías criminales o por sexo o edad, a pesar de la legislación existente al respecto. Eran encarcelados esclavos con ex-esclavos, hombres con niños, enfermos mentales con menores asilados, entre otros. Tales hechos siempre fueron denunciados por la prensa, preocupada por la situación penitenciaria desde mediados del siglo XIX, o eran parte de los informes de comisiones que visitaban las prisiones.

Fue sólo al inicio del siglo XX que la prisión se modificó. Se crearon asilos para locos, menores, procesados, contraven-

tores y mujeres. La separación del reo, teniendo en cuenta el sexo o edad, también debe ser observada por el lado técnico. Al aislar, en un lugar específico, categorías específicas de presos, se desarrolla un saber más cuidadoso sobre los individuos y el control sobre sus cuerpos se vuelve más directo y elaborado.

Pero ese principio legal del aislamiento de los detenidos por categorías criminales entró en crisis con la realidad carcelaria. Por ejemplo, en la Colonia Correccional de Dos Rios, las mujeres condenadas eran atendidas por un hombre; dormían en un edificio separado, pero cuando se ocupaban de lavar la ropa, tenían que atravesar los lugares destinados a los presos de sexo masculino, con gran perjuicio para el orden y la moralidad del presidio. Y los edificios de la Casa de Corrección y Detención de Río de Janeiro pertenecían al mismo complejo penitenciario, que también incluía al manicomio judicial y la prisión femenina. Así, las mujeres acababan conviviendo diariamente junto a los hombres también encarcelados. La legislación que pregonaba la separación entre los sexos no era respetada por las autoridades encargadas de gerenciar el sistema penitenciario.

Las mismas condiciones encontradas desde el siglo pasado en diversos presidios y en la Casa de Detención de Río de Janeiro fueron registradas en los años '40 de este siglo, comprobando la falta de políticas públicas relativas a las condiciones carcelarias. La mujer, doblemente marginalizada —criminal y débil— tenía su universo marcado por el total descuido, ya que representaba una minoría en el mundo penitenciario. Tal situación no fue resuelta por el Código Penal de 1940. Según éste, la reclusión femenina debía ser realizada en establecimientos especiales y, no existiendo éstos, debían ser encarceladas en secciones adecuadas en las prisiones comunes. Ese descuido de la ley,

Existe una sensibilidad de las autoridades y de la población relativa a los derechos humanos, producto del proceso de redemocratización vivido en el país. Sin embargo, se está dejando de lado al hombre inserto en el contexto carcelario.

dando margen a excepciones, fue observado por ejemplo en Río de Janeiro, donde el albergue destinado a las mujeres infractoras se hacía junto al sanatorio penal de tuberculosos; o viviendo en una dependencia de los fondos de la Casa de Detención, las mujeres sobrevivían en un ambiente insalubre, más allá de convivir todas en el mismo recinto, sin existir separación por modalidad de crimen.

Más allá de la situación caótica registrada en las cárceles comunes, las mujeres detenidas por acusación de crimen político también fueron sometidas a condiciones inhumanas. Uno de los casos más relatados por la literatura fue el de la

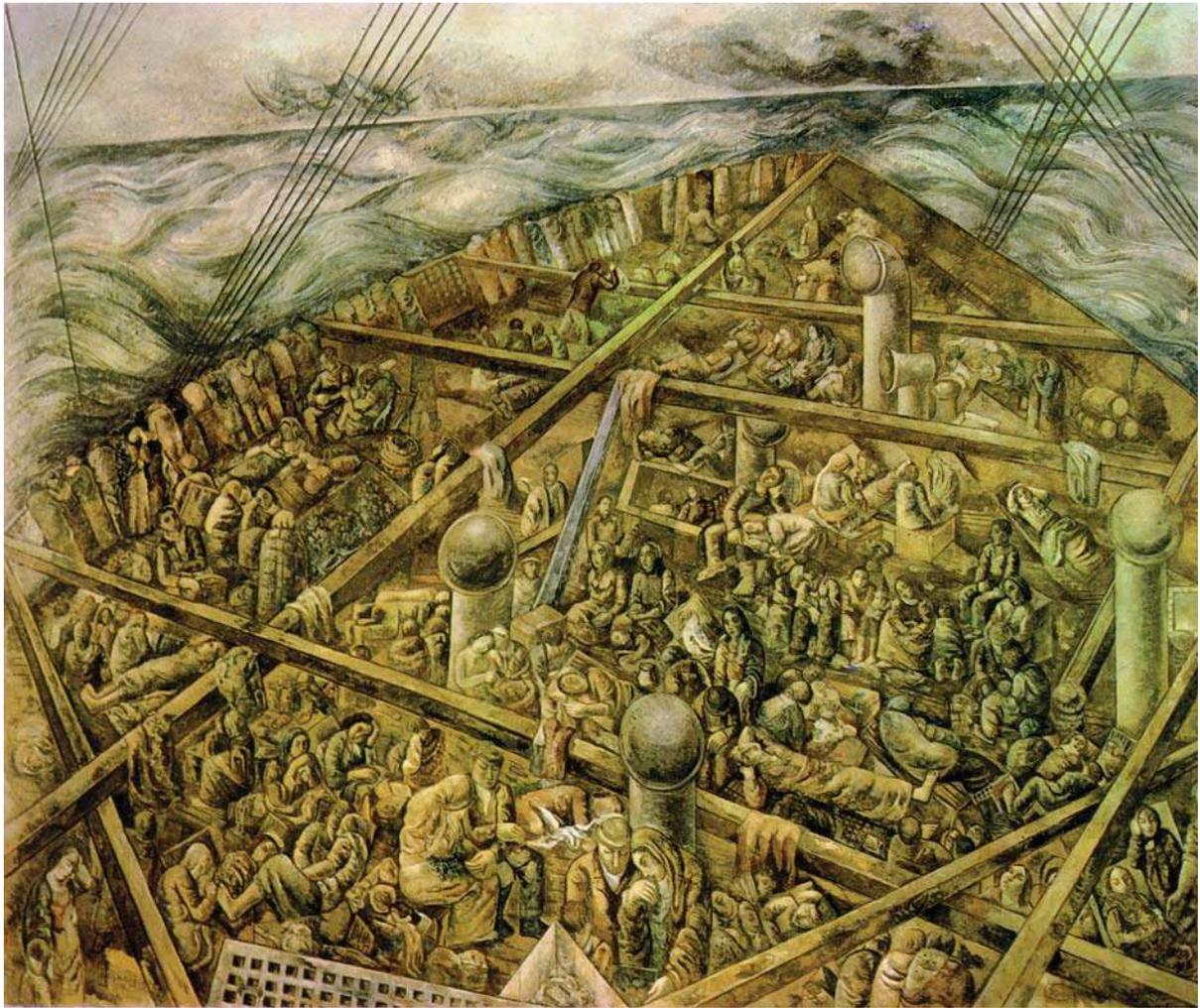
prisión de Elsa Saborowski y su marido, Arthur Ernest Ewert. Fueron detenidos por la policía política en fines de 1946 y conducidos para celdas de la sede de la Policía Especial, donde fueron golpeados durante una semana, con bastones de goma y golpes de rompenueces. Impedidos de dormir, tenían que permanecer de pie todo el tiempo. Elsa fue quemada con colillas de cigarrillos, chicoteada más allá de sufrir cortes en los senos y de ser violada. Fue posteriormente transferida al Presidio Frei Caneca, Río de Janeiro, donde sufrió tortura psicológica de los agentes del gobierno de Vargas. Elsa fue posteriormente deportada conjuntamente con Olga Benário Prestes a Alemania, donde las dos fueron asesinadas por el gobierno nazi.

El tratamiento dado a las mujeres no difiere del tratamiento dado a los hombres. Estos también sufrieron y sufren con la superpoblación y las condiciones infrahumanas carcelarias. Lo que debe decirse en relación a la mujer presa es la total falta de sensibilidad en cuanto a la individualización de la pena aplicada a la mujer. No hubo preocupación en diferenciar la cárcel femenina de la masculina, tampoco de crear reglamentos específicos para la conducta de la mujer en el sistema. Las torturas, los malos tratos, las condiciones antihigiénicas forman parte de la historia de la mujer encarcelada, historia ésta que se refleja perversamente en la actualidad.

La cárcel femenina hoy

En la actualidad, el Sistema Penitenciario está siendo visto como uno de los problemas de la seguridad pública, con incidencia directa en la sensación colectiva de inseguridad. Existe una sensibilidad de las autoridades y de la población relativa a los derechos humanos, producto del proceso de redemocratización vivido en el país. Sin embargo, se está dejando de lado al hombre inserto en el contexto carcelario. Las opiniones, la individualidad, las ansiedades y su perspectiva futura de retorno a la sociedad no están siendo tenidas en cuenta. El preso continúa siendo un problema para la sociedad y para el sistema que lo despersonaliza en tanto persona, transformándolo en un mero número. En ese contexto la mujer es victimizada con mayores agravios, ya que no son respetados sus derechos específicos: el papel como madre, desde el embarazo al amamantamiento; la salud en sus particularidades, y la consecuente realización de exámenes. Y su sexualidad no es considerada, de lo cual resulta un claro ejemplo la ausencia de la visita íntima, de la cual sí gozan los presos de sexo masculino.

¿Quiénes son las mujeres encarceladas en su mayoría en São Paulo? ¿Por qué están presas? ¿Cuáles son sus angustias como mujer frente al encarcelamiento? Esas cuestiones fueron respondidas a través de investigaciones aplicadas a las mujeres presas, por el Grupo Ciudadanía en los presidios. El 56,51% tienen entre 18 y 30 años; 77,23% no pasaron el 1º grado; 77,64% poseían una renta familiar inferior los 4 sala-



Navío de Emigrantes (1939)

rios mínimos; 75,61% trabajaban en su mayor parte en el mercado informal de la economía. Estas mujeres son provenientes de los barrios periféricos, de los cuales está ausente el gobierno en el sentido de efectivizar cualquier política pública volcada a la calidad de vida de la población. Esa realidad vivida en lo cotidiano, aliada a un perfil de renta baja y su no ciudadanía efectiva, son ingredientes que contribuyen para la doble exclusión social atribuida a las mujeres. Son excluidas en un primer momento como ciudadanas y, en un segundo, como presas, son tratadas como la escoria de la humanidad.

A este perfil de mujer presa, no se puede en ningún momento atribuirle estereotipos tales como poblaciones con tendencia al crimen. El sentido es el inverso: esos atributos son consecuencia de la desigualdad social y de la victimización que esas camadas sociales viven dentro de la sociedad. A esas poblaciones las acecha la opción entre una vida honesta, aunque con muchas necesidades básicas insatisfechas, o caminan en dirección a la criminalidad, buscando la reso-

lución de sus problemas más inmediatos de supervivencia. En esa opción por el crimen incide el tráfico de drogas: el 50,56% eran consumidoras de drogas antes de ser presas, y 47,6% cumplen pena por tráfico. El hecho de que esta modalidad criminal sea alta puede ser interpretado tanto por la facilidad en nuestra sociedad para la adquisición y el tráfico de drogas, así como por la informalidad del mercado donde se obtiene lucro rápido. Pero tal vez el factor principal sea la falta de políticas reales de distribución de renta, que sería la forma más eficaz de combatir el crimen y que, por lo tanto, no llevaría a esas mujeres a la desesperación de buscar en ese mundo el complemento de renta para su supervivencia y la de su familia.

El 50% de las detenidas no fueron sometidas a ninguna forma de evaluación médica al dar entrada en el establecimiento penal; 25% de ellas afirman que contrajeron enfermedades en el interior del cárcel; 41,5% presentan problemas dentarios; más allá de eso hay 35 casos de usuarias de drogas en el universo de 246 entrevistas y 13 mujeres asu-



Madre Negra (1930) (fragmento)

mieron ser portadoras del virus de SIDA. Una cuarta parte adquiere enfermedades en prisión, entre ellas, neumonía, tuberculosis, hepatitis, alergias. Resultado tanto de la deficiencia de instalaciones higiénicas adecuadas como por la deficitaria atención médica. (El 50,56% consideró mala la atención médica por no haber médico de guardia y por las demoras en las atenciones solicitadas, así como por la inexistencia de dentista en el establecimiento). A su vez, los casos de dependencia química muestran la vulnerabilidad del sistema al tráfico de drogas, reproduciendo en el interior de la prisión las relaciones de poder y vicio presentes en la sociedad.

La presencia de mujeres portadoras del virus HIV requie-

riría un tratamiento adecuado a nivel clínico y, principalmente, a nivel psicológico. El tratamiento actual sólo es realizado en los casos más graves a partir de los desdoblamientos de la enfermedad, en que es necesaria la ida al hospital, normalmente para que la presa reciba atención en el estado terminal de la enfermedad. En relación a los exámenes de carácter preventivo, como el papanicolau, nunca fueron hechos por el 26,97% de las detenidas y la mamografía por el 70% de ellas. El hemograma nunca fue hecho al 42,7%. Sin la realización periódica de estos exámenes, la salud pierde su mayor aliado, la prevención. En los casos de enfermedades ya adquiridas, un tratamiento eficaz y rápido evitaría mayores consecuencias. Otro as-

pecto importante ligado a la salud es el derecho de la madre a amamantar a su hijo. Encontramos veinte mujeres que estuvieron embarazadas mientras estaban presas; de éstas, once no amamantaron a sus hijos y cuatro amamantaron pocos días

El 11,24% de las presas encuestadas dijo haber sufrido violencia contra sus cuerpos; 17,42%, agresión moral, y 18,54% sufren castigos y torturas. El 37% ya había sido agredida antes por policías en las comisarías. El 94,2% de las mujeres trabajan dentro de la prisión 8 horas diarias, no obstante no reciben remuneración adecuada

La tortura

Amnistía Internacional publicó en octubre de 2001 el informe titulado “Tortura y malos tratos en Brasil”, en el que muestra que la tortura y formas semejantes de malos tratos son prácticas extendidas y sistemáticas en nuestra sociedad:

1. Uso sistemático de la tortura y malos tratos en el momento en que es efectivizada la prisión y durante el interrogatorio de sospechosos para la obtención de confesiones, informaciones o para extorsionar;
2. Condiciones crueles, inhumanas o degradantes de detención en comisarías policiales, centros de detención y prisiones. Poco o nulo monitoreo externo, independiente y efectivo de los lugares de detención;
3. Impunidad generalizada para los perpetradores de la tor-

Los presos son apiñados en celdas oscuras, sin ventilación adecuada y que muchas veces contienen presos enfermos —tuberculosos, sidóticos—, que no reciben tratamiento médico. Los pedidos específicos de detenidos mantenidos en cárceles policiales o presidios, especialmente pedidos referentes a la asistencia médica, con frecuencia desencadenan violencia y, en algunos casos, disparos hechos contra celdas apiñadas.

tura, agravada por omisión sistemática en la aplicación de la Ley de Tortura. Fracaso institucional de la justicia criminal, en niveles provinciales, para asegurar la implementación de la ley de la tortura;

4. Fracaso del gobierno federal para garantizar la plena implementación de la Ley de la Tortura (de 1997) por medio de la provisión de determinación política y del apoyo necesarios, que incluye el monitoreo del uso de la tortura y la introducción de salvaguardas contra las fallas del sistema de justicia criminal.

En el caso de la tortura empleada en la actividad policial, ésta es derivada de la mala formación de los policías y de la sustitución de la investigación científica por el maltrato al detenido, para que éste confiese el crimen de que es acusa-

do. La violencia también es empleada durante el acto de la prisión, como un recurso para intimidar al sospechoso. Después de la prisión, el sospechoso es llevado a una comisaría, donde pasa a custodia de la Policía Civil y donde muchas veces son empleadas modalidades más formales de tortura. Entre las varias formas de tortura, Amnistía Internacional recibió testimonios de detenidos sobre aplicación de electroshocks; golpes con puños; inmersión de la cabeza en una bolsa plástica llena de agua hasta el ahogamiento parcial; simulacros de ejecución; o el pau-de-arara, donde las víctimas son colgadas cabeza abajo y apaleadas o sometidas a eletroshock.

En relación a las condiciones de detención, Amnistía Internacional, relata la precariedad de las instalaciones de detención provisoria —comisarías y centros de detención— en las que se encuentran personas detenidas durante varios meses o años, aguardando el encaminamiento de sus casos a los tribunales. Sin embargo la Ley establece que la detención debe ser notificada al Juez en un plazo de 24 horas y la detención provisoria no puede pasar los 81 días, con posibilidad de prórroga sólo en casos extremos. La acumulación de presos en los centros de detención provisorios resulta en una cantidad enorme de personas esperando audiencias, generando la superpoblación carcelaria característica de nuestro país.

Tal superpoblación también es detectada en el sistema penitenciario, proyectado para recibir los presos juzgados y condenados. Los presos son apiñados en celdas oscuras, sin ventilación adecuada y que muchas veces contienen presos enfermos —tuberculosos, sidóticos—, que no reciben tratamiento médico. Los pedidos específicos de detenidos mantenidos en cárceles policiales o presidios, especialmente pedidos referentes a la asistencia médica, con frecuencia desencadenan violencia y, en algunos casos, disparos hechos contra celdas apiñadas. En visita a la 2ª DP de la ciudad de São Paulo, integrantes de la Pastoral Carcelaria mostraron a Amnistía Internacional varios agujeros en una pared, que todo indica fueron causados por balas. También fueron encontradas en varias prisiones barras de hierro y bastones guardados en armarios cerrados cuyas llaves se hallaban en poder de los agentes penitenciarios.

Traducción de Lucía García, adaptación de Juan Bautista Duizeide.

Regina Célia Pedroso es Doctora en Historia Social de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Sao Paulo, investigadora del Laboratorio de Estudios sobre la Tolerancia, y profesora de la Cátedra de Relaciones Internacionales de la Facultad Metropolitana, autora de *Los signos de la opresión y Violencia y ciudadanía en Brasil*.

El honor y el doble discurso

Una reflexión acerca de las últimas medidas en torno a un tema especialmente sensible. ¿Fueron un error? ¿Una distracción? ¿O acaso expresan la verdadera opinión del gobierno, más allá de lo que se proclame?

Por Mempo Giardinelli

Fotografía Juan Bautista Duizeide

Durante el mes que acaba de terminar, silenciosamente, se produjo una situación que podríamos calificar de típicamente argentina: un poquito de doble discurso, y/o una picardía de los canallas de siempre, y/o una distracción del poder. Cualquiera de esas posibilidades, y acaso algunas más, obligan a recolocar sobre el tapete la nunca terminada cuestión de la Guerra de Malvinas, esa lacerante deuda pendiente que todavía tenemos en esta Democracia.

Por un lado, se anuncia un seminario titulado “Las Malvinas en la Unión Suramericana. Una Visión Estratégica”, a celebrarse en el Palacio San Martín la próxima semana, los días 11 y 12 de Agosto. Convocan la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur; el Ministerio de Relaciones Exteriores; el Instituto de Investigaciones Históricas, Políticas y Estratégicas Malvinas, Patagonia e Islas del Atlántico Sur; y la Universidad Nacional de Lanús, con el auspicio del Consejo Consultivo de la Sociedad Civil Comisión Juventud e Integración y la Comisión Cascos Blancos.

Por el otro, el Centro de Ex combatientes Islas Malvinas, de la ciudad de La Plata (entidad que nuclea a más de 400 ex soldados combatientes en la guerra) hizo público su profundo malestar por la firma del decreto Presidencial N° 886/2005, por el cual se otorgan pensiones honoríficas a militares que participaron en aquella contienda.

Según ese decreto, el gobierno nacional estaría reconociendo a unos 3.500 oficiales y suboficiales de las Fuerzas Armadas, una pensión compatible con cualquier otro benefi-

cio de carácter previsional o de retiro, “engrosando además un padrón que asciende, con esta incorporación, a más de 18.000 beneficiarios, números que difieren sustancialmente con los datos históricamente conocidos de los efectivos destacados en el Teatro de Operaciones Malvinas”, en palabras de Rodolfo Merlino, presidente del mencionado centro platense.

Esto no sólo resulta abiertamente contradictorio con la política de Derechos Humanos que ha venido sosteniendo el Presidente Kirchner — y que para muchos argentinos es el mejor rasgo de su gobierno — sino que sorprende porque los beneficios del Decreto alcanzarían a ex jefes militares como Mario Benjamín Menéndez, Juan Ramón Mabrugaña, Ernesto Alejandro Repossi, Italo Piaggi, Osvaldo Jorge García, Oscar Luis Jofre, Omar Edgardo Parada y Américo Daher, entre otros.

A todas luces, estas pensiones honoríficas no deberían otorgarse a quienes — por decir lo menos — fueron calificados por el informe elaborado por el general Benjamín Rattenbach en 1983, para la Comisión de Análisis y Evaluación Político Militar de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur, como autores de una aventura irresponsable en la que cada arma funcionó por su cuenta, con preparación ineficiente y una desastrosa conducción. E incluso el general Martín Balza, uno de los pocos jefes militares incuestionados por su actuación en esa guerra, en su esclarecedor libro *Malvinas, gesta e incompetencia* dice expresamente,



entre otras cosas: “Fuimos a Malvinas sin estar preparados para esa guerra”, y es particularmente crítico con muchos de sus colegas.

No se comprende, entonces, cómo desde el Poder Ejecutivo, al mismo tiempo que la Cancillería convoca a un seminario para esclarecer la visión traumática que subyace en la sociedad argentina, un decreto presidencial otorga pensiones honoríficas a militares cuyo honor está claramente en entredicho.

Y la chicana jurídica — que algunos pícaros podrían esgrimir — de que cuando el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas condenó a Galtieri, Anaya y Lami Dozo fueron absueltos por prescripción muchos jefes militares (como los mencionados Menéndez, García y Parada), se desmoronaría porque entre aquellas absoluciones también se benefició al entonces teniente de navío Alfredo Astiz.

Cabría, por lo tanto, esperar una urgente aclaración de la Presidencia, por cuanto, de hecho, el propio Néstor Kirchner está presente en ambas, contradictorias decisiones, y es difícil creer que él haya firmado convencido del honor de estos sujetos.

Es evidente que alguien, en alguna oscura oficina, ha metido los garfios para que todos los argentinos, con nuestros impuestos, sigamos pagando a jefes emblemáticos de la Dictadura, probadamente incompetentes y en muchos casos cobardes, estas inadmisibles pensiones honoríficas. El doble discurso es cuestionable siempre, se sabe. Pero en una cuestión como ésta es además, y sin dudas, despreciable. La cuestión de las Malvinas no es sencilla, pero como en tantas otras materias argentinas su dilucidación sólo puede pasar por la verdad, que es el único camino cierto hacia la justicia y la memoria.

Historia y relato oral

Uno de los máximos expertos a nivel mundial responde acerca de las contribuciones de este tipo de fuentes, sus límites y sus efectos sobre otros relatos y documentos.

Entrevista Ingrid Jaschek y Sandra Raggio.

Ilustraciones Theodore Géricault

Nacido en Roma en 1942, se ha graduado en Jurisprudencia y luego en Lenguas y Literaturas Extranjeras. Actualmente se desempeña como profesor de literatura angloamericana en la Universidad de Roma. Ha participado en los trabajos del Instituto Ernesto De Martino y del Circolo Gianni Bosio en investigación, estudio y difusión de la historia oral, y de las culturas orales y populares. Para la RAI ha realizado programas acerca de música country y músicas de frontera. Dirige la revista de estudios americanos *Acoma*. Entre sus publicaciones se cuentan: *La línea del color: ensayos sobre la cultura afroamericana*; *El texto y la voz: escritura, habla y democracia en la literatura norteamericana*; *Canciones y poesías proletarias norteamericanas*; *Blancos y negros en la literatura norteamericana: la dialéctica de la identidad*; *La revolución musical de Woody Guthrie*; *Las canciones del black-power*; *La orden ya fue ejecutada: Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*.

—*¿Cuál es su perspectiva respecto a la historia oral?*

—Mi perspectiva es distinta porque no me formé como historiador, aunque siempre tuve pasión por la historia. Mi motivación es política. Yo salí con la grabadora en el '68, '69, porque me interesaba ver si había una cultura popular. Y después me di cuenta de que podía trabajar sobre los relatos, las historias, la palabra, porque yo tenía una formación literaria. Más que reconstruir el pasado, a mí me interesaba formarme una idea de cómo era la mentalidad, la cultura de la clase obrera, de las clases campesinas que aún existían. Por otra parte, lo que pasó fue que me di cuenta de que la



La cleptómana (1823)



Alejandro Portelli

narración oral tenía formas muy distintas de desarrollarse, muy distinta de lo que se llama “teoría de la narración”. Entonces yo tenía un interés cultural metodológico y un interés teórico. Pero cuando empecé había debates sobre si la fuente oral era fiable, y era dejada de lado por los historiadores tradicionales: no puedes creer en esas fuentes, no puedes fiarte de ellas. Había otros, como Césare Bermani —uno de los grandes historiadores orales de Italia—, que desarrollaban métodos para averiguar la veracidad de los relatos orales, para verlos como documentos históricos. Pero a mí me interesaba lo imaginario y la narración, y también la política. Entonces, cuando encontraba historias como la de un obrero que había matado la policía, me interesaba políticamente documentar ese crimen; pero también culturalmente y narrativamente, ver cómo se relataba. Había que trabajar a dos niveles: uno el trabajo histórico clásico, en el que tratas de reconstruir el pasado, y a mí me parece que hay que trabajar sobre la fuente oral como se trabaja sobre todas las fuentes, yo no le doy credibilidad a priori a lo que está en un archivo policial, hay que cruzar las fuentes, fuentes orales y fuentes escritas, las dos juntas, y reconstruir el pasado. Pero a mí me parecía que lo interesante era lo otro, cuando el relato se distanciaba de los hechos y ahí salían el deseo, la imaginación, la ilusión. Sobre todo cuando era una cuestión socialmente compartida, no sólo individual. Pero para analizar esa diferencia tienes que saber qué es lo que pasó. Hay historiadores que son muy positivistas y que sólo les interesa el hecho, y hay otros post-estructuralistas que dicen sólo tenemos relatos. Ahora, esto no es cierto; porque también en literatura sabemos bien que la

diferencia entre una novela y una autobiografía no es que la novela es imaginaria y la autobiografía es verdadera, sino que lo que importa es el pacto que se establece. En la autobiografía hay un pacto de veracidad, aunque pueda ser todo mentira; en la novela prima lo imaginario, aunque puede estar relatando hechos verídicos. La factualidad es una de las categorías que tenemos para clasificar los relatos; pero

Si tomamos todo el material que está en el archivo como relatos, entonces nos puede servir para reconstruir los hechos, pero también para reconstruir la mentalidad de la institución que los ha creado. Yo creo que ahí está el cambio, en la mirada para aprovechar los documentos.

la historia oral debe hacer dos cosas: tiene que averiguar si lo que se dice es verdad, y cuando no es así preguntarse por qué, qué quiere decir, dónde está el sentido. Y, tal vez porque yo tengo desviación profesional de profesor de literatura, a mí me apasiona cuando las dos cosas se separan.

—Cuando la gente viene a buscar información sobre su persona al Archivo de la Dirección de Informaciones de la Provincia de Buenos Aires, confronta su propia memoria con los papeles, y a veces sucede que le da más crédito a lo está escrito, aun cuando sabe que lo escribió la policía... ¿El desarrollo de la historia oral ayudó a cambiar la mirada sobre los documentos escritos?

—Todos nos formamos con el mito de la autoridad del documento, el mito de la autoridad de lo escrito. Yo no pienso que el escrito per se tenga más autoridad, sólo que es más permanente. Existe históricamente una relación entre lo escrito y la autoridad: sólo los que tienen autoridad escriben, pero eso no da veracidad. También hay otra cosa que influye en la actitud hacia los documentos después de que descubrimos la fuente oral. Es decir, cuando trabajas sobre una historia reciente, una historia del siglo XX, donde existen fuentes orales, si no utilizas la fuente oral, bueno, no haces un trabajo de historiador, porque debes usar todas las fuentes y si las usas, tu trabajo nunca será definitivo, siempre habrá otras. Entonces, una consecuencia de la fuente oral sobre el trabajo histórico, es que todo trabajo histórico de la historia contemporánea, se vuelve provisorio. Ese mito de la autoridad final del texto histórico desaparece, porque el historiador nunca logrará consultar todas las fuentes posibles, lo que elabore serán siempre hipótesis. Antes también era así, pero ahora esto es muy claro. Otra cosa es que en la fuente oral yo tiendo a no hablar de testimonio, porque el testigo es alguien que habla de cosas que ha visto pero no de sí y en la fuente oral prevalece que el entrevistado habla de sí, y entonces no es un testigo sino un narrador, y en cuanto narrador, el trabajo crítico es de interpretar su narratividad y su

subjetividad; cómo construye el relato. Porque el relato es lo único que tenemos, no tenemos los hechos, tenemos palabras sobre los hechos. Cuando yo consulto un documento escrito trato de hacer la misma cosa que con el relato oral. Ver al policía que lo escribió, qué subjetividad tiene, qué lenguaje utiliza, cuál es su marco cultural —mucho de esto lo ha planteado Michael Foucault, que utiliza la documentación para reconstruir la cultura del imaginario ideológico— pero a mí me parece que si tomamos todo el material que está en el archivo como relatos, entonces nos puede servir para reconstruir los hechos, pero también para reconstruir la mentalidad de la institución que los ha creado. Yo creo que ahí está el cambio, en la mirada para aprovechar los documentos.

—En este doble nivel del que usted hablaba, de trabajar con relatos orales reconstruyendo el imaginario y lo factual, cuando finalmente produce un relato de los hechos, ¿cómo evita el riesgo de convertirse en la voz autorizada de lo que realmente sucedió? Por ejemplo, para saber lo que pasó en las Fosas Ardeatinas, hay que leer el libro de Portelli...

—Bueno, en el caso de las Fosas Ardeatinas (ejecución de resistentes italianos a manos de tropas de ocupación nazis), todos los hechos estaban establecidos en los documentos. De la base fáctica yo no he reconstruido nada. Porque hubo juicios en los que los jefes alemanes fueron interrogados, interrogaciones llevadas a cabo por comisiones aliadas —hubo cuatro juicios después de la guerra en tiempos distintos— y también autobiografías de los partisanos. Entonces yo utilicé todo eso. Y los hechos que salen de las fuentes orales, son los hechos personales. La historia familiar, la historia de lo que pasó después, la historia de la subjetividad. Pero cómo se desarrollaron los hechos, en este caso, no hay duda. Se puede averiguar más de lo que sale del documento. Pero la reconstrucción fáctica no se funda sobre los relatos orales. Hay casos en los que me dieron más detalles. Una de las partisanas que yo entrevisté relata una historia muy interesante: ella y un grupo de partisanos iban a matar al secretario general del partido fascista en Roma. Y él iba en un coche con su guardaespaldas, y ellos iban a disparar, y cuando se acercaron había cinco personas y no sabían cuál era el secretario. Y esta mujer, Marisa Musu, dijo, “yo estaba lista para matarlos a todos, pero nuestro comandante dijo: no, la orden es matar al secretario y si no sabemos cuál es el secretario, entonces lo dejamos”. Y otra partisana que estaba dijo: “Nunca pasó así”. Y yo no logré saber cuál de las dos versiones era verdad. Y entonces ¿qué pasó? Mi conclusión es: si la primera versión es correcta, eso quiere decir que hay una moral más alta, si no es correcta, quiere decir que la imaginación y la memoria han trabajado en el curso de los años para construir un relato simbólico para afirmar esa superioridad ética. Pero es el problema de toda la resistencia, y es que matar era problemático. Y esto es algo que nunca se encuentra en los



Monomaniaco de la gloria militar (1823)

relatos de los brigadistas del '70. Y es interesante porque en el caso de los partisanos estaban en plena guerra mundial, había matanzas por todos lados, bombardeos, pero ellos veían esto como un problema. En los años '70, no vimos nada de eso. Yo entrevisté a ex —terroristas, arrepentidos, pero su arrepentimiento es sólo una cosa política. Dicen “No teníamos razón”... Casi nadie dice “Lo siento”.

—En Argentina cuesta mucho hablar todavía de la violencia política. Sobre todo desde las subjetividades de los protagonistas. Usted logró hablar sobre esto con los partisanos. ¿Era la primera vez que ellos hablaban o decían ya algo en sus autobiografías?

—Bentivegna habla un poco de esto, de la primera vez que mató. Marisa Musu, no. Porque las autobiografías son más bien defensa política. Tal vez mencionar estas cuestiones sería como admitir un sentido de culpa que no tienen. Ellos están siempre acusados de ser asesinos, entonces es necesario defenderse. Pero ya han pasado 50 años de esto, y puede hablarse. La memoria se ha vuelto más personal que po-

lítica. No sé, tal vez, dentro de 20, 30 años las Brigadas Rojas hablarán de esto. Los partisanos siempre dicen “Tuvimos que hacer esto, porque estábamos en la guerra”; para las Brigadas Rojas fue una opción.

—Cuando analiza las entrevistas, ¿cómo hace para discernir lo que son los relatos personales de los relatos hegemónicos que se han construido a lo largo de los años?

—A mí me parece que una manera es fomentar el punto de vista, preguntar ¿qué has visto y tú dónde estabas? Buscando algunas correspondencias implícitas en las formas del relato, en la estructura del relato. Acabo de comprar el libro de Rodolfo Walsh (*Operación Masacre*) y él dice algo sobre esto: lo que dice la gente es más claro cuando habla de su experiencia, y más nebuloso cuando habla de otras cosas. Entonces el punto de vista es muy importante. Un obrero que tenía 17 años cuando lo llevaron a la plaza para escuchar el discurso de Mussolini sobre el ingreso de Italia a la guerra, cuenta: “Yo era un entusiasta de la guerra, yo era un muchachito aventurero, pero a aquellos que estaban cerca de mí, los vi muy preocupados”. Aquí se ve bien el punto de vista: él no dice la gente estaba preocupada, dice yo vi cerca de mí la gente preocupada. El punto de vista es un espacio don-

El problema con el concepto de memoria colectiva es que hay una perspectiva de que la memoria colectiva tiene que ser unificada, tiene que ser una memoria. Y no es así,

de la experiencia prevalece. Ésa es una forma de discernir qué parte del relato es más personal. La otra es el lenguaje que usan. Las palabras. Si repiten fórmulas, si utilizan una forma de expresión más personal; tal vez se expresa de una manera muy personal, algo que sea la versión oficial, quizás, en ese caso la versión oficial se ha hecho personal, corresponde. Yo creo que los medios lingüísticos y los puntos de vista son marcas que podemos utilizar. No hay nadie que esté completamente incontaminado, no existe. Entonces siempre estamos haciendo un diálogo, un diálogo entre narrativas.

—Usted hace la distinción entre fuentes orales y escritas. Cuando se construye un archivo oral, ¿no hay ahí una idea implícita de que queremos darle una jerarquía, el prestigio que tienen las fuentes escritas?

—Todo lo que acabo de decir: el análisis del lenguaje, etc, sólo es posible en cuanto tenemos un documento permanente, en forma de escritura. La fotografía, la cinematografía, todo lo que hace que algo sea permanente, es escritura. Entonces cuando creamos un archivo oral, cuando grabamos algo, es para volverlo escrito. Pero un archivo oral no es tanto querer darle a la fuente oral la autoridad, cuanto tener acceso a esa documentación. A mí me enseñaron que la fuente no es el documento. La fuente es de don-

de emana. En este caso, la fuente es la persona entrevistada, y la cinta es el documento. Y cuando consultas un archivo oral, consultas documentos sonoros de origen oral. Cuando consultas la transcripción, consultas un documento escrito de origen oral. Esto es algo que la tecnología del siglo XX ha logrado: que lo oral y lo sonoro se destaquen, que la palabra permanezca.

—Hay un riesgo de que se descontextualicen las entrevistas en los archivos orales...

—También sucede cuando usas en el 2005 un pedazo de papel que se escribió en 1952. Con lo oral es tal vez más fácil que suceda que con el documento escrito, porque éste tiene más control, lo oral es más espontáneo. Por eso hay que consignar siempre que la fuente ha cambiado, lo mismo que con toda escritura. Una cosa que los sociólogos no hacen, y los historiadores orales hacen siempre, es poner la fecha en la que se dice algo.

—Otra cosa que suele suceder en los archivos orales, es que se borre de alguna manera el entrevistador, que desaparezca lo dialógico de la entrevista...

—El hecho de que una entrevista se haga para que esté en un archivo y que la escuche alguien que no sea yo, tiene una fuerza sobre la forma de esa entrevista. Sin embargo, para utilizar fuentes que son de un archivo oral, es necesario que el usuario tenga en cuenta también al entrevistador, y en qué proyecto estaba hecha la entrevista. Y eso es muy importante, porque hay entrevistas sobre la historia de un barrio en las que se mencionan las Fosas Ardeatinas, y hay entrevistas sobre las Fosas Ardeatinas en las que se menciona la historia de un barrio. Y en cada una hay una lógica distinta. La mayoría de los historiadores orales trabajan con fuentes propias.

—Usted tiene una mirada crítica sobre el concepto de “memoria colectiva.”

—Creo que tenemos que ponernos de acuerdo: qué queremos decir con “memoria colectiva”. Yo creo que muchas veces cuando se habla de “memoria colectiva” o de “testimonio”, se habla de lo mismo que hablo yo cuando hablo de “memoria social” y de “relato”. El problema con el concepto de memoria colectiva es que hay una perspectiva de que la memoria colectiva tiene que ser unificada, tiene que ser una memoria. Y no es así, sabemos que no. Entonces hablando de memoria social, el ejemplo que pongo siempre yo es la lengua. La lengua sí es un hecho colectivo social compartido que nos permite comunicarnos. Pero la lengua en cuanto lengua no existe, sólo existe el acto de hablar. Creo que eso es lo que pasa con la memoria colectiva y la memoria social. La memoria no es una cosa estática, cambia, está en movimiento. En la memoria colectiva están los marcos sociales que influyen en lo que se puede decir, en



Monomaniaca de la envidia (11823)



lo que se puede recordar. Pero no son fijos, son un espacio de expresión cultural y política que va cambiando. Y también influye en la manera en que se recuerda. Pero cómo se recuerda, qué se recuerda, cómo se relata es un hecho, es muy personal y muy conflictivo. Lo que hace que una memoria sea democrática es la pluralidad, y no que sea compartida. Es el debate que tuvimos en Italia en los años '90. La memoria está dividida, y sí...tiene que estar dividida.

—El riesgo que se corre es que esa memoria compartida se vuelva autoritaria, sobre todo cuando es el Estado quien promueve una política de memoria. Es una cuestión que nos planteamos en la Comisión...

—Usted sabe muy bien que no va a ser el único relato posible presente en la sociedad. Es el relato oficial, no es el único relato. Va a ser una voz que hace lo que puede para decir la verdad, y decirlo en voz muy alta. Un deber que muchos archivos tienen, como el de ustedes, es el de la verdad judicial. Es un deber donde el imaginario y el deseo no se cumplen; hay que averiguar qué pasó, quién mató a

quién. Eso es una cosa distinta, pero básica.

—La perspectiva jurídica busca la responsabilidad desde un lugar, pero también la cuestión de la memoria nos permite pensar el tema de la responsabilidad social.

—Hay toda una lógica de que la historia se hace en las Cortes. Y también un concepto para el cual lo que no es punible no existe. El juicio político, la responsabilidad social, son una cosa distinta, y yo creo que más importante, que lo penal. Lo penal es una parte.

—¿Qué pasa en Italia con la memoria sobre el fascismo, más allá de los trabajos historiográficos? ¿Se ha abordado desde la educación qué tuvo que ver la sociedad italiana con él?

—Hasta los '60, la versión oficial era que el pueblo italiano nunca fue fascista. Y cuando Renzo De Felice —un gran historiador—, planteó muy seriamente la cuestión del consenso popular, eso no dio lugar a un debate sobre la responsabilidad social sino que fue tomado por muchos como una prueba de que el fascismo era bueno, tenía consenso, era popular y era democrático. De que era legítimo porque tenía consenso. Pero Hitler tenía consenso, Stalin tenía consenso...Nosotros tenemos un mito: que los italianos salvaron a todos los judíos. Y es verdad que muchos ayudaron, pero también muchos entregaron y de eso no se habla. De lo que fue el colonialismo italiano en Libia, tampoco. Y yo nunca oí decir que hubo 30 años de resistencia armada a la ocupación italiana...Y acerca de los crímenes italianos en Etiopía y de la guerra química, no hay nada en los libros y no hay nada en la televisión. Creemos esta leyenda de que los italianos son buenos. Y hay muchos que son malos. Eso se repite desde la izquierda también. Porque la legitimación de la izquierda siempre se basó en que el pueblo italiano estaba contra el fascismo. Una cosa que tenemos en las fuentes orales, es cuántas formas hay de periodizar. El fascismo

La post memoria de hijos e hijas funda en lo visual —con remarcables dosis de ironía, en divergencia con la retórica que suelen calificar como solemne de los mayores— una narrativa propia de carácter alusivo antes que mimético.

comienza en Italia el 28 de octubre de 1922, ¿para quién? Hay gente que no se da cuenta del fascismo hasta el '27, cuando la reforma monetaria congela los salarios, o hasta el '32... Los comunistas y los activistas se dan cuenta de inmediato, pero los que no estaban involucrados políticamente no se dan cuenta. Y hay gente para la cual el fascismo comienza en 1939, o 1942... Del otro lado de la vereda, los fascistas dicen: "Todos fueron antifascistas después de la guerra". El hecho es que mucha gente se dio cuenta de lo que era el fascismo cuando nos empuja a la guerra. Por-

que antes trabajaban, sobrevivían, se enamoraban, se casaban, tenían hijos...Su vida no tenía un contacto con el poder. La mayoría de los judíos eran fascistas hasta el '38, porque eran clase media, patrióticos, muy patrióticos. El secretario general del partido fascista era judío, el vice ministro del gobierno de Mussolini era judío. Ellos se dieron cuenta de lo que era el fascismo en el '38. Entonces esta cuestión de si había consenso y cuánto es una cosa muy relativa, cambia... Aquí, seguramente, si medían el consenso durante el mundial o durante la Guerra de Malvinas, era muy distinto a lo que era hacia el final de la dictadura.

—En Alemania hay un debate alrededor del tema de la responsabilidad.

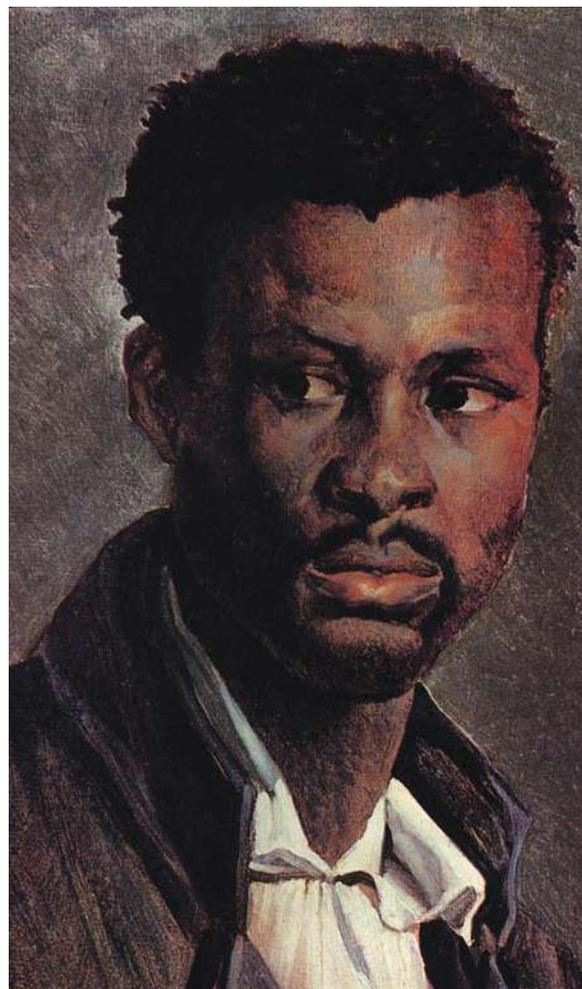
—En Italia no. En Italia está el mito de “italiani per la gente”, y el mito de que eran los alemanes los culpables de todo. Pero también hay una fórmula que usan los alemanes, y usa mucho la comunidad judía, que es: “todos los días que ves aquí un judío, hay un italiano que lo salvó, pero todos los que no están aquí es porque hay un italiano que los delató”. En Roma conmemoramos la razzia de los judíos del 16 de octubre. Aquel día que fue la primera deportación. Fueron los alemanes, sí. Se llevaron 1022 personas. Pero hubo 800, 900 más. Y todos esos fueron delatados por italianos. Pero es algo de lo que no se habla. Y debe recordarse ahora porque la comunidad judía se está volviendo de derecha, y aliándose con los hijos de los que los delataron.

—Acá en Argentina pasó eso en el primer momento de la transición democrática. Se decía que todos los argentinos habíamos estado en desacuerdo con la dictadura y habíamos sido reprimidos. Pero, hoy, qué hicimos y el porqué de la indiferencia, sí son temas acerca de los cuales se discute, aunque no tan públicamente.

—En Italia el problema es que pasaba algo pero yo no me daba cuenta...Mucha gente se hizo antifascista después del '38. Pero cuando pidieron a los profesores de las universidades que juraran fidelidad al régimen fascista, sólo doce hubo que se negaron. Y cuando sacaron a los profesores judíos de la Universidad, hubo muchos que aprovecharon la oportunidad para ocupar esos cargos. Y esto es muy difícil de mencionar en la Academia. No es una cuestión de la naturaleza de los alemanes, o de los italianos o de los argentinos, es una consecuencia de la relación entre la política, el poder y la vida cotidiana.

—Se está por abrir una Casa de la Memoria en Roma.

—La Municipalidad de Roma va a establecer la Casa de la Memoria. Se tomó esa decisión porque ninguna de las organizaciones de veteranos antifascistas, de partisanos, de ex-presos políticos y deportados, tiene dinero para alquilar lugares para realizar sus actividades. Y la otra cuestión es que se están dando cuenta de que los más jóvenes de los



Negro (1823)

partisanos tienen 75, 76 años. Esto abrió un debate sobre qué hacer: ¿aceptar miembros que no fueron partisanos pero simpatizan? En la Casa de la Memoria habrá un espacio también para el Instituto romano para la historia de Italia desde el fascismo a la resistencia y el Círculo Gianni Bosio, que es nuestro archivo oral, se instalará en ese lugar trayendo todo lo que realiza en relación con la música. Lo cual es una forma de crear un espacio donde haya actividades, y no solamente estén el archivo y las oficinas de las organizaciones partisanas. El lugar es muy apto porque está en un barrio popular, y es la ex Escuela judía de Roma. Dicen que van a inaugurarla el 25 de abril de 2006.

Theodore Géricault, nacido en 1791 y muerto en 1824, es uno de los maestros del Romanticismo. Pero su pintura toca especialmente nuestra época. El ensayista John Berger acerca de uno de los cuadros aquí incluidos —*El hombre desgreñado*—, escribió: *Hay en esa imagen una compasión que se niega a la indiferencia y es irreconciliable con toda esperanza fácil.*

La reconstrucción oral del pasado

El dilema de Rashomon

¿Cómo dar espacio en el relato histórico a las voces populares, a los saberes muchas veces silenciados de los protagonistas y de los testigos? ¿Cómo hacer dialogar tales voces con la voz del investigador?

Por María Maneiro

Fotografías Juan Bautista Duizeide y Marcelo Metayer



Algunos años atrás, intentando aproximarme a las formas y contenidos de las memorias de la década del '70 en la zona de La Plata, Berisso y Ensenada, realicé gran cantidad de entrevistas'. El proceso de construcción del material empírico para mi tesis de maestría a partir de estas entrevistas, fue para mí un enorme aprendizaje².

La elección de la muestra, la planificación de las conversaciones, la revisión de este planeamiento, y luego la discusión con los entrevistados, trajeron una reflexión constante acerca de la construcción del conocimiento, de la autoridad de la ciencia como institución productora de saber legitimado y su relación con los saberes populares, muchas veces silenciados y negados.

Influenciada por la enorme cantidad de cuestiones que se me hicieron inteligibles a partir de las conversaciones con los entrevistados, intenté en mi trabajo dar espacio a sus historias, a sus temores, a sus experiencias y sus anhelos. Nunca afirmé, sin embargo, que los científicos sociales no tengamos que tener voz. No estoy proponiendo como regla la sumisión del investigador a sus entrevistados, pero es indispensable reconocer que la *ciencia* muchas veces ha utilizado su autoridad para aplastar los saberes populares, para aprisionarlos y colonizarlos. Esto no quiere decir que la realidad sea auto-evidente, que no haya espacio para descifrar el misterio que se revela al tener una visión más amplia de los procesos sociales, al compartir y comparar trayectorias, al poner en funcionamiento una amplia gama de recursos de construcción de datos y de revisión interpretativa de éstos. Entiendo que es posible construir una relación diferente entre entrevistados y entrevistadores, que no niegue ninguno de los dos polos de la construcción hermenéutica, sino que tienda lazos de vinculación que posibiliten un avance en el proceso de concretización del problema investigado. Ambos ámbitos de producción de conocimiento resultan parciales y será mediante una relación cooperativa —que busque enfatizar no sólo la producción conjunta de conocimientos, sino también el fomento de interpelaciones y discusiones colectivas, sin temer la aparición de divergencias— como podremos ir superando, al menos en relación a estos temas, la disociación corriente.

Para abrir el debate

No es preciso aquí hacer una descripción de las matrices generales de aquello que en términos amplios podríamos llamar como la tradición marxista, tampoco es menester dar cuenta de sus multiplicidades y de su polifacético campo. No obstante, dos elementos divergentes, que podrían entenderse como contradictorios, pero que desde mi perspectiva son articulables, resuenan en mí desde el momento en que comencé con el trabajo de campo.

Por un lado, me refiero al maravilloso pasaje del primer capítulo del *El Capital*, donde Marx trabaja el fetichismo de la mercancía. Aquello que aparece como una trivial relación entre objetos, encierra y esconde relaciones sociales. En pa-

labras de Marx:

*Lo que reviste, a los ojos de los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales, no es más que una relación concreta establecida entre los mismos hombres. (El fetichismo de la mercancía y su secreto, capítulo 1, El Capital).*³

Sólo porque las relaciones sociales no son inmediatamente aprehensibles es que la producción de conocimiento riguroso resulta una necesidad. Tras aquello que se presenta como natural, cosificado y ahistórico se esconde una compleja génesis que podremos ir develando parcial y provisoriamente. Así la creencia en un sujeto cartesiano, racional y autoconsciente se desvanece.

Las afirmaciones anteriores no deben hacernos caer en el error opuesto. Concordamos en la diferenciación del ámbito objetual de las ciencias sociales con respecto a las ciencias de la naturaleza, situando el objeto de las primeras en el marco del estudio de las relaciones sociales. Éstas se establecen entre hombres y mujeres cuya acción supone un sentido (tanto Marx, cuando diferencia el trabajo de los animales del de los hombres, como Weber al referirse al sentido mentado daban cuenta de esto). Así, la realidad se encuentra simbólicamente preestructurada por los propios agentes y la aproximación de segunda instancia se enmarca dentro de este contexto. Vemos, entonces que, de esta forma, se resignifica el concepto de sentido, constituyéndose como un concepto sociológico básico. En Gramsci, otra vertiente de la tradición marxista, hallamos un importante aspecto:

*Así como todo hombre es un artista, de la misma forma todo hombre es un filósofo, en cuanto es capaz de pensar y de expresar una actividad intelectual. Frecuentemente hay que buscar el filósofo más bien fuera del profesor de filosofía que dentro de él. [...] Ciertamente el pensamiento es generador de pensamiento, pero no viene de la nada ni se nutre de la nada. (Gramsci, Della sospensione di un congresso di filosofi. L'Unità, 1 de abril de 1926).*⁴

Construimos nuestras interpretaciones de segundo nivel como aproximaciones a las interpretaciones de los agentes; son ellos quienes nos brindan las líneas de significado que retomaremos de diversas formas y con lecturas diferentes en un proceso de ida y vuelta en la construcción de una re-interpretación y de una producción explicativa.

Intentaremos, en los próximos apartados de este artículo, mostrar la complementariedad entre estos dos lineamientos y, a partir de ello, terminaremos este escrito sistematizando algunas cuestiones que hacen a la construcción del círculo hermenéutico dentro de una relación de ida y vuelta desde las entrevistas y sus saberes particulares hacia un intento de construcción de una explicación de mayor densidad. Con esta meta, en el próximo apartado utilizaremos algunas de las entrevistas para luego, en el siguiente, proponer una reflexión acerca del círculo hermenéutico que caracteriza a la construcción de los conocimientos en las ciencias sociales.

Miradas en perspectiva

Utilizaremos algunos aspectos de las entrevistas como ámbitos de ilustración de una forma posible de trabajo. No analizaremos aquí elementos que, aunque pueden aparecer en forma corriente dentro del trabajo de campo, creemos que no aportan a la discusión que estamos llevando adelante en este artículo (errores fácticos involuntarios u *olvidos* no sistemáticos). Nos referiremos, en cambio, a construcciones interpretativas típicas de determinados anudamientos de relaciones sociales acerca de las luchas de la década de 1970, acerca de la militancia, sobre los procesos de exterminio sistemático y a las formas en que se produce la sobrevivencia en este contexto de militantes de la década de 1970 con diversos niveles de compromiso.

Como se podrá ver en los próximos párrafos, la realidad se presenta en los recuerdos de los entrevistados con contenidos y formas diferenciales. Como mostró el director japonés de cine Akira Kurosawa en su extraordinario film *Rashomon* —basado en el relato *En el bosque*, de Ryunosuke Akutagawa—, las perspectivas de los actores dan sentidos diversos que, diferencialmente de lo que pensaba la ciencia tradicional, distan de poder leerse en términos de *verdaderos* o *errados*, sino que brindan un material sumamente rico para complejizar el análisis y confrontar miradas.

A partir de los relatos de los entrevistados, las dimensiones que hemos de ilustrar son las siguientes: por una parte, cómo se construye la generación de militantes y cómo se incluyen en la lucha de la década de 1970; por la otra, en el contexto del proceso genocida, cuáles son los ámbitos que aparecen como menos peligrosos.

La construcción del militante⁵

Las interpretaciones dadas por quienes fueron militantes en la década de 1970 en relación a su inclusión en las luchas varían. Algunos ponen el énfasis en sus biografías y en los vínculos que fueron entablando durante su juventud, otros centran su explicación en la necesidad histórica de que se constituyera una generación de revolucionarios. Estos últimos descentran su propia historia de militante y enfocan este proceso de conformación, en esa misma temporalidad, en otros puntos del planeta.

Un ejemplo del primer tipo de argumentación se encuentra en el siguiente párrafo:

“Cuando yo entro en el año 69, ya Sociología, era un gran lugar de debate, de militancia, de formación de la gente, de abrir el coco y yo llego en este momento genial, y ahí de la mano de los amigos que me voy haciendo, de los compañeros y del amor, porque viste que siempre te enamoras de alguien que te ayuda mucho para ver las cosas, es que voy entendiendo dónde estoy y me voy metiendo en lo que después será la lucha de mi generación”. (Susana).

Una ilustración del segundo tipo de explicaciones se halla en el siguiente argumento:

“Cuando se produce la Segunda Guerra Mundial hay como una especie de descompresión, se hunde el imperialismo británico y empieza el surgimiento de los movimientos de liberación nacional junto con todo lo que fue la expansión del comunismo, los países socialistas, y América Latina no era una excepción; América Latina, de repente, se encuentra en 10 o 15 años de nacionalismos, de grupos nacionalistas con lo que el imperio Británico al retirarse deja y con lo que aún el imperialismo yanqui no había alcanzado a ocupar porque no se había expandido lo suficiente. Comienza un auge de masas muy grande, un auge de luchas populares en Argelia, en la India, China, Vietnam, hay todo un movimiento mundial de luchas por mejoras sociales y por mejoras en las condiciones de vida. En la Argentina en ese contexto se da el peronismo, casi como una necesidad histórica, si vos mirás, hay un corte muy abrupto en la sociedad argentina hasta 1930, 1940 y lo que es después del peronismo, hay un corte muy claro ahí. En ese contexto surge una generación de revolucionarios de

Las interpretaciones dadas por quienes fueron militantes en la década de 1970 en relación a su inclusión en las luchas varían. Algunos ponen el énfasis en sus biografías y en los vínculos que fueron entablando durante su juventud, otros centran su explicación en la necesidad histórica de que se constituyera una generación de revolucionarios.

mediados y fines del 60 que tiene que ver con esto que yo te digo, que son los hijos de los obreros, los hijos de los trabajadores que acceden a un nivel de educación superior que el de sus padres y logran ver cosas que para los viejos no eran visibles. Cuando surge la generación del '70 o de fines del '60 surge como consecuencia de esto, surge como casi una cuestión inevitable. En ese contexto nace esa generación, nace en el marco de una lucha social muy fuerte, en el medio de todo un movimiento mundial de reivindicación y de reclamo; y surge como tiene que surgir en ese contexto, surge a través de la lucha armada”. (Daniel).

Es indudable que ambas aproximaciones tienen aspectos interesantes y que iluminan cuestiones diferentes a la hora de respondernos el interrogante que da título a esta parte del escrito. Sin embargo las interpretaciones casi no se *tocan*, transcurren en dos ámbitos diferentes.

Muy probablemente, un corte de género pueda resultar un elemento interesante para entender algunas de las diferencias que se perfilan. De hecho, el relato de Susana, con matices singulares, pero con varios elementos en común se podía encontrar en otras mujeres entrevistadas. Parecería que, para los hombres, relacionar su vida afectiva con su vida militante, es menos frecuente. Por lo menos no es una cuestión que se evidencie en las primeras conversaciones y menos ante una joven investigadora.

Ante esto, qué deberíamos hacer con estas dos formas de

aproximación ¿En términos estrictos, resulta imprescindible considerar que estas interpretaciones diferentes configuran miradas antagónicas? Seguramente exista una posibilidad de comprender e interpretar ambas miradas en forma conjunta, pero esto supone el alejamiento de la mirada de los actores y la reconstrucción de un prisma más abarcador. Se podría hablar de dos sistemas de realidades, cuya causalidad es explicada por sí misma. Si se aprehenden solamente las determinaciones históricas, las experiencias se evaporan. Por otro lado, si las causas se reducen a la mera sucesión de experiencias, su necesidad se desvanece. Estas dos clases de realidades se constituyen así, en sistemas solidarios de totalidades y relaciones que darían cuenta, vinculadamente, de un objeto incluido dentro de una red interpretativa más compleja.⁶

Los lugares peligrosos⁷

La vida cotidiana de los entrevistados que vivieron su juventud en la década de 1970, comprometidos en diversos niveles de militancia, se va modificando fuertemente aún antes del Golpe de Estado de 1976. Sin embargo, en los relatos, las temporalidades de estas transformaciones y las imágenes que se evocan son diversas y, en un comienzo, parece difícil sistematizar qué elementos entran en juego e intervienen como organizadores de la divergencia.

Poco a poco, algunos aspectos van emergiendo como anudamientos de semejanza-diferenciación entre los diversos relatos. Por ejemplo la temporalidad en que se produce esta modificación generalmente está vinculada al nivel de compromiso asumido y al territorio social de pertenencia. Usualmente quienes tuvieron experiencias más fuertes de militancia tuvieron que modificar su vida cotidiana más radical y tempranamente, mientras que las vivencias y construcción imaginaria acerca de los ámbitos de mayor-menor peligro aparecen, también, sistemáticamente diferenciales según se haya vivido en condiciones de clandestinidad o no.

Estas construcciones diferenciales sólo se vuelven inteligibles a partir de una objetivación posterior, a través de la comparación de los contextos de producción de cada uno de los relatos. Sin ellos, cómo entender que para algunos entrevistados, por ejemplo, andar por la ciudad les evoca sus mayores temores, mientras que para otros el anonimato urbano les brinda cierto amparo en un contexto de extrema vulnerabilidad.

Veamos cómo se presentan en los relatos:

“Ensenada, hasta el '79, está prácticamente militarizada, Ensenada tiene operativos en forma continua, por todos los caminos de acceso (...) Ensenada el día del Golpe, vos mirabas una película nazi, hoy en día vos mirás una película de la Segunda Guerra Mundial y era exactamente igual que Ensenada, en Ensenada había tanquetas, en la esquina de Ortiz de Rosas y..., en la esquina de Colombia y Bosinga, en 122...” (Néstor).

“Y había soldados por todos lados, los operativos que se hacían en el camino, de parar un auto... no la parada normal que te puede hacer cualquier vigilante, ¿no?, sino cuando se juntaban así y hacían algún operativo eran fuerzas armadas, no eran policiales, junto con policiales, pero eran fuerzas armadas, cuando paraban el micro también eran fuerzas armadas, pero además las comisarías estaban todas cercadas o sea por las comisarías no se podía pasar (...) vos veías un vigilante y se te ponían los pelos de punta, veías un soldado y se te ponían los pelos de punta, no andaban solos, ellos nunca andaban solos, siempre andaban en grupo, pero se te ponían los pelos de punta, cada vez que veías algo...” (Ariel). El control generalizado de los individuos, en los entrevistados con un acercamiento periférico a la militancia, se muestra como un intento de panoptización de cada uno de los territorios. La ostentación del armamento militar en los espacios de concentración de personas y en las cercanías a las reparticiones policiales o militares; las inspecciones de vehículos públicos y privados con el objeto de identificar a cada uno de los sujetos que en ellos transiten y los operativos *rastrillo* en los cuales se allanaba ilegalmente cada una de las viviendas en un territorio determinado aparecen como los elementos de producción del miedo.

Mientras la calle produce temor, por el contrario, en este segmento de entrevistados, los hogares, aparecen ligados a la idea de resguardo, como los únicos ámbitos en los cuales se podía producir hacer y decir menos impregnados de las proscripciones del régimen. La forma en que emerge esta idea se puede encontrar en el siguiente relato:

“La actividad de tipo social desapareció, la actividad pasó a ser dentro de la casa, pero no de tipo política, actividad de comer, charlar entre nosotros e irse a dormir, y no mucho más que eso, lo que no quita que uno no siguiera interesándose por todo lo que pasara, pero con muchísimos cuidados, porque evidentemente, está bien, habría gente que se daría cuenta o no de lo que ocurría o cómo venía la mano, pero bueno... uno, producto de las cosas que había vivido, es como que entendía qué pasaba, además yo vivía con el culo a cuatro manos porque tenía un antecedente, pero sabe Dios por qué no me pasó un carajo, a pesar del antecedente que tenía, tanto yo como mi hermano, que también había estado preso por comunista, no nos pasó nada en ese momento, Dios sabrá por qué, porque yo realmente no sé...” (Ariel).

En los entrevistados con mayor compromiso militante, en la medida en que el proceso de aniquilación irrumpe como una realidad irrefutable trastoca su vida en forma abrupta. La supervivencia en situaciones terribles se convierte en el norte de su cotidianidad; y el riesgo de un secuestro en cada uno de los momentos de su vida, en el fantasma que los acompaña durante todo este lapso. En el relato que sigue se puede ver cómo expresa estas transformaciones abruptas una de las entrevistadas:

“Y a mí se me hizo todo en poquitos meses digamos, hice

todas esas experiencias, de irme a vivir con mi pareja, hasta pasar a la clandestinidad, tener otro documento, otro nombre, dejar el trabajo, porque me habían echado, o sea todo, todo un cambio ahí en poquitos meses, y después, hubo que empezar a mudarse porque no te podías quedar en el mismo lugar, cambiabas el documento, cambiábamos la fisonomía también” (Dina).

La vida cotidiana dentro de la situación de clandestinidad aparece trayendo una nueva identidad (que va acompañada de una supuesta nueva historia de vida, nuevos documentos y transformaciones en la apariencia física); mudanzas y cambios de trabajo con huidas constantes, vida diaria en la calle como territorio en el cual podían pasar desapercibidos más fácilmente. El aislamiento y la soledad surgen como consecuencias directas de estas figuras, por la imposibilidad de continuar viendo a las personas que conformaban sus relaciones sociales cercanas, y conjuntamente con esto, se suelen vivenciar condiciones de vida muy precarias, no sólo desde lo afectivo, sino también en términos económicos, la ruptura con las relaciones sociales previas y la creación de una nueva identidad impiden que se pongan en juego los recursos usuales para conseguir empleo o dinero.

“Lo que vivíamos haciendo era levantar una y otra casa, cambiando de casa todo el tiempo y alojando compañeros que habían perdido su casa” (Susana).

“La vida era durísima, yo me lamentaba y salía con mi hijita, tomábamos un micro y teníamos, qué se yo, 45 minutos de viaje para llegar a la cita de control, para entrar a una casa o a una reunión y salir y después yirar, yirar, yirar hasta la tarde, donde tenías de nuevo otra reunión, Adelita aprendió a comer en los bares, ahí le di los primeros purés que escupía todo y quedaba todo sucio, la mesa, todo” (Susana).

“Vivía en el Gran Buenos Aires, es muy difícil que te detecten, el enemigo no tiene ninguna posibilidad de saber quiénes, a menos que te lleve adentro de las orejas y te tome las huellas digitales, te tenga 48 horas adentro y pueda acceder a la información, si no, normalmente, en una rutina rutinaria de la calle no pueden demostrar que tus documentos son falsos o verdaderos, así que adquirís otra personalidad y vivís con otra personalidad” (Daniel).

Una mirada desde dentro de los textos, desde cada uno de los relatos permite entender, hilando los propios dichos, por qué cada uno de los relatos es verosímil. De hecho, para tomar la cuestión de la calle, es tan real que para un grupo de entrevistados éste es el espacio de producción de miedo, mientras que para los otros es la brecha que los invisibiliza. Contenidos diferentes, desde posiciones diversas, remiten a un mismo elemento con lecturas opuestas. Sin embargo, una vez más, ligando los dichos al contexto de su enunciación, a las marcas de las situaciones, cada uno muestra su perspectiva particular.

Si retomamos la discusión esbozada al comienzo, podemos concluir que son los saberes de los entrevistados los que nos dan los elementos centrales, con sus conocimientos en-

raizados en sus vivencias; no obstante, lejos de hacer que nos quedemos en ellos mismos, que los repitamos subsumiéndonos en su perspectiva, son éstos los que nos invitan a tratar de avanzar, comparándolos y buscando hipótesis que nos permitan explicar qué los hace diferentes.

Comprensión y explicación

Cómo hacer para trabajar con entrevistas, para respetar las interpretaciones de los entrevistados, para aprender y dialogar con éstas, pero a su vez para agregar algún elemento, o dicho de otra forma, para aproximarnos hacia lo concreto. Seguramente no existe una única forma, no es posible hallar una receta que nos muestre el sendero de una vez y para siempre. En todo caso, hay trazos, hay sendas por las que podremos ir incursionando.

Los dos ejemplos transcritos muestran cómo diversos grupos construyen, reconstruyen y reproducen interpretaciones, que se asemejan en determinados aspectos y se diferencian en otros. Hemos visto que cada una de las formas de interpretación posee interesantes elementos que brindan inteligibilidad a cada una de las preguntas que nos hemos hecho; no obstante, como también ha podido notarse, cada uno de los relatos posee sus propias lagunas, sus silencios sistemáticos, su perspectiva particular. Es así como en un doble proceso de comprensión e interpretación intenté relacionar cada perspectiva con otras entrevistas, con otras fuentes y con algunas indicaciones teóricas. Esta dupla, que se crea a partir de incluirse en los decires de los entrevistados, entrar en sus complejidades particulares y, a su vez, intentar aprehenderlos desde la exterioridad para compararlos y combinarlos, probablemente sea un momento más dentro un proceso mucho mayor y más complejo de ir transitando dentro de esta línea borde de co-construcción de sentido en un segundo momento hermenéutico.

Intentemos, pues, para terminar, re-ver estos argumentos a partir de incursionar en algunas herramientas teóricas.⁸ Tal vez, sea oportuno, retomar que para muchas visiones el sentido de una acción sólo es posible de ser aprehendido desde dentro, es decir, en el marco de la primera persona, de la pertenencia, de la actitud realizativa, y dentro de este contexto implica la mirada en perspectiva; esta aprehensión del sentido no es privativa de las ciencias sociales, con matices que son propios en cada ámbito, para relacionarse todos los sujetos y los grupos deben aprehender el sentido de las acciones de los otros con quienes se vinculan.

Este proceso de comprensión de la vida cotidiana, de racionalización del mundo de la vida, que realiza todo ser humano, se produce también, aunque con reglas particulares que le otorgan especificidad, en el marco de las ciencias sociales. En este proceso de aprehensión, el investigador aplica el saber intuitivo que tiene como miembro de una comunidad, pero su tarea no es sólo ésta.

El *círculo hermenéutico* (o *espiral de comprensión*) no aca-



rea únicamente este elemento de *interpretación* sino que se complementa y se funde con otro aspecto, con la problemática de la explicación. Sin explicación no podría haber círculo hermenéutico, sólo se podría repetir textualmente las acciones de los agentes. El investigador, se subsumiría en su objeto-sujeto investigado.

Intentemos aclarar un poco este asunto. El hecho mismo de describir la acción de los otros, sus interpretaciones y sus contextos de vinculación, así como las comparaciones con otras acciones, otras interpretaciones y otros contextos de relaciones, implica en sí una actitud objetivante. Una distancia de la propia repetición textual hacia otros horizontes, un intento de completud, un pasaje hacia una tercera persona que lleva a cabo un rol diferente. Este es el papel del intérprete que permitirá un trabajo reconstructivo, es decir, el traspaso de la *intentione recta* a la *intentione obliqua*.

Este proceso doble que supone atravesar la superficie de las entrevistas como producto simbólico, por una parte, e ingresar dentro de ellas a su vez, permitirá reconstruir las reglas conforme a las cuales los sujetos son capaces de actuar, de relacionarse, de comprender y explicarse el mundo en una argamasa sólo separable analíticamente en relación a las acciones y las interpretaciones.

Tal proceso supone la reflexividad, entendiendo a ésta como el círculo hermenéutico; es decir, en palabras de Paul Ricoeur, la comprensión nada tiene que ver con una captación inmediata de la vida psíquica de otros o con una identificación emocional con una intención mental. La comprensión está completamente mediada por la totalidad de los procedimientos explicativos que la preceden y la acompañan.⁹

María Maneiro es socióloga, magíster en investigación en ciencias sociales, doctoranda del Instituto Universitario de Pesquisas de Rio de Janeiro. Formó parte del área de investigación en Conflicto Social (Instituto Gino Germani-UBA) y del Núcleo de Estudios de Teoría Social y América Latina. He publicado diversos artículos en revistas y el libro *Como el Árbol talado. Memorias del genocidio en La Plata, Berisso y Ensenada* (Ediciones AL Margen, 2005).

¹ Las entrevistas fueron realizadas entre los años 1999 y 2001 y en total suman 38, lo cual constituye 89 horas de grabación. Aquí sólo se hará referencia a unas pocas a título de ejemplificación.

² La dirección de la tesis estuvo a cargo de la profesora Inés Izaguirre y para realizar esta investigación conté con una beca de posgrado del CONICET. Durante este trabajo tuve la colaboración de mis compañeros del equipo de investigación *El genocidio en la Argentina*. La participación de la sociedad civil con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales UBA. La defensa de la tesis se realizó en mayo de 2003 ante un jurado integrado por los profesores Waldo Ansaldo, Patricia Funes y Juan Carlos Marín. Posteriormente, con algunas pequeñas modificaciones esta investigación fue publicada en formato libro: *Como el Árbol Talado. Memorias del Genocidio en La Plata, Berisso y Ensenada*, La Plata 2005, Ediciones AL Margen.

³ Marx, Karl (1982) *El Capital*, tomo I, Volumen I. México, Fondo de Cultura Económica.

⁴ Citado por Paggi, Leonardo (1977) *La teoría general del marxismo en Gramsci en Escritos Políticos*, México, Siglo XXI.

⁵ Con mayor detalle este tema fue trabajado en la investigación ya mencionada. Ver páginas 62 a 67 Maneiro, María (2005) op. cit.

⁶ Estas ideas son herederas de los trabajos de Jean Piaget, especialmente se retoman las nociones trabajadas en la introducción a *El nacimiento de la inteligencia*. En esta el autor dice: Así es como ninguna estructura espacio-temporal objetiva y causal es posible sin una deducción lógico-matemática. Esas dos clases de realidades se constituyen en sistemas solidarios de totalidades y de relaciones (...) si se cifra la causalidad en una pura categoría formal, lo real se desvanece (...) y si se la reduce al rango de la mera secuencia empírica, su necesidad se esfuma. Piaget, Jean (1982) *El nacimiento de la inteligencia*, Buenos Aires, Ábaco.

⁷ Esta cuestión fue trabajada con profundidad entre las páginas 82 a 100, Maneiro, María (2005) op. cit.

⁸ Va resultar claro que los próximos párrafos denotan una importante influencia de Habermas, Jürgen (1988) *La lógica de las Ciencias Sociales*, Madrid, Tecnos.

⁹ Ricoeur, Paul (1985) La acción considerada como un texto, en *Hermenéutica y Acción. De la Hermenéutica del Texto a la Hermenéutica de la Acción*, Buenos Aires, Editorial Docencia

La traición de Evita Duarte

Por Mariano García Izquierdo

La visión de un escritor que fue testigo de la primera vez que Eva Perón estuvo por Berisso en misión oficial. Del deslumbramiento a la fantasía y a la proyección política.

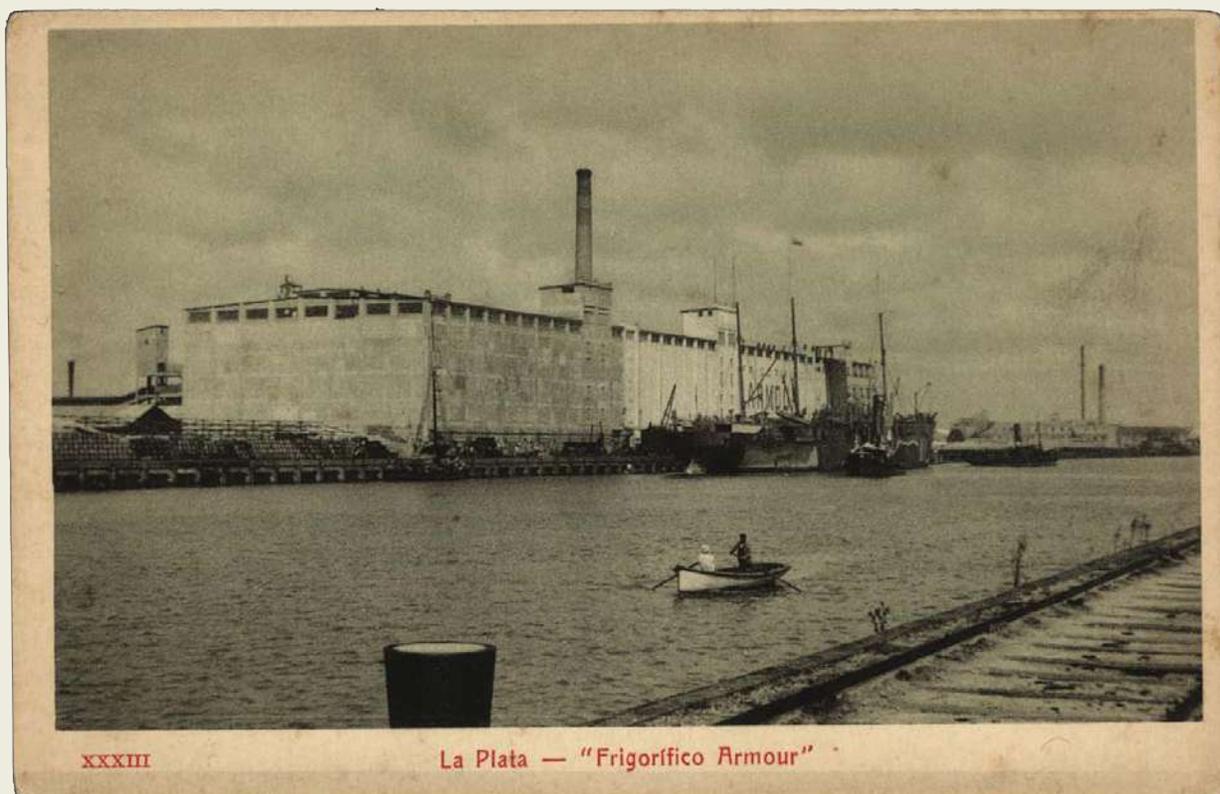
La pelirroja que cantaba verde es mi color / color de verde luna / es mi pasión, en la pantalla del cine Progreso, la traidora doña Sol de Sangre y arena, con ese final de clavos rojos como coágulos y gotas de sangre como flores sobre el oro de la arena de la plaza de toros, era la misma Rita Hayworth que traicionó a Manuel Puig pero que no pudo conmigo; la misma que murió de vejez prematura en la realidad y había sobrevivido al cachetazo de Glenn Ford en la ficción de una Buenos Aires de utilería, desde donde era visible el cerro de Montevideo entre varias inexactitudes geográficas como fondo para otra traidora que susurraba el glamoroso amado mío y se despojaba de uno de sus largos guantes en un minimalista streap-tease.

Ésa, la que traicionó infantiles fantasías no melló los sueños de otros chicos. Los que corríamos entre las patas de los caballos de la policía flameando afiches con la imagen del coronel Perón (afiches y banderas provistos por don Vicente y doña María Roldán). Chicos de Berisso que saltaron de la butaca a la pantalla sin transición porque sus padres empezaban a protagonizar la historia tomando por asalto la esperanza de una vida mejor.

En cambio la otra, de iluminada sonrisa, con su vestido color ladrillo o de pechito de hornero, había salido de la radio, de la pantalla y de la piel de personajes históricos o de ficción. Una vaga memoria sonora con música de Verdi o Khachaturian anuncia la presentación del radioteatro de la primera actriz Evita Duarte haciendo a Juana de Arco, Catalina de Rusia, Genoveva de Brabante y finalmente, el mejor personaje de su carrera: Eva Perón.

A veces el destino baraja y el personaje es la persona. Y ella comenzaba a serlo. Real y sencilla, en el palco levantado frente a la escuela 52, atando y desatando el moño de su traje color hornero o ladrillo. Nerviosa, mientras cantaba el himno. Abucheada, porque el ya general la había mandado para convencer a los obreros que volvieran al trabajo con la cabeza gacha después de varios meses de huelga, no se inmutó ante los silbidos.

La misma que nunca más volvió a Berisso ya estaba trans-



Puerto Berisso-Ensenada. Postal de los años '20.

formada en el hada que me regaló, aquel día, un par de sandalias imposibles para mi edad y mis pies; las que cambié por un gran paquete de caramelos de leche a un flaco que me conmovió fácilmente diciéndome que su nene de un año estaba descalzo. Ventajoso trueque para un chico como yo, bien calzado, bien alimentado, goloso y... fantástico: ¡cuántas historias les habré inventado ese día a mis hermanos más chicos! Seguramente les dije que Evita me los había dado porque yo era un chico que se portaba bien y que además tenía la cara justa para trabajar en una película y que le escribiera porque me iba a recomendar a Carlos Borcosque, y si ella lo recomendaba quería decir que lo mandaba. “Las hadas, como las reinas, son soberanas”, seguramente habré dicho cerrando el bolazo con una ampulosa impostación teatral.

Sin embargo, pocos años después de aquella visita se marcaron los límites. Alguien manejaba los hilos. Pensar que el hada podría ser una marioneta era volver a matar a los Reyes Magos, sentir traicionados los sueños, el futuro, perder la esperanza, la custodia de su sonrisa. Todo venía otra vez desde la radio. Como al principio todo. ¿Cuánta gente había en la avenida más ancha del mundo? ¿Un millón? ¿Dos? Y ella sola frente a todos. Y todos sólo con ella. El coro griego. Más ditirámico que nunca. Doscientas veces Atenas. Solo frente al multicéfalo dios llamado Pueblo; clamando para

decir no, cuando le dolía no poder decir que sí; suplicando: no me hagan hacer lo que no quiero, que debía traducirse como no me hagan decir lo que no puedo.

Y los chicos de Berisso pegados a la radio, haciéndole el aguante (aunque la palabra no tuviera su actual sentido). Decí lo que no podés decir. Decí que no te dejan. Que vos querés pero no te dejan. Y los chicos de Berisso hubiéramos corrido otra vez hasta la casa de doña María Roldán para pedirle afiches. Como en el 17 de octubre, que ganamos, también ganaríamos llevando al Hada a la vicepresidencia.

Lo único que Evita no pudo. Y fue como una traición. Supimos después que contra la muerte no se puede y contra los serviles de la muerte es casi imposible.

Su corazón callado fue lo más elocuente. Porque tampoco quería morir, ni dejarnos esta ausencia llena de chicos sin techo, sin salud, sin letras y — mucho menos- sin Navidades ni campeonatos infantiles ni Reyes Magos; sin historias con democráticas hadas vicepresidentas.

Mariano García Izquierdo es escritor. Nació en Berisso, donde trabajó en los frigoríficos y fue impulsor de diversos grupos de teatro como actor y director. Ha publicado entre otros los libros de poemas *Llegada al viento* y *Dulce Babushka*, y el libro de relatos *Los padres de la plaza*.

Teatro comunitario en Berisso

Las mil y una voces

Fotografías Alejo Garganta Bermúdez

Con el auspicio de la Comisión por la Memoria, integrantes del Grupo de Teatro Catalinas Sur y el grupo Teatral Barracas, han desembarcado para estimular a los vecinos en una experiencia artístico social única. El diálogo entre una ciudad en la cual la historia del país está a flor de piel y una propuesta teatral en la que el autor es un colectivo y los actores son los integrantes de la comunidad. Memorias, olvidos, identidades, sueños, suben al tablado.





Tras la retirada de la última dictadura cívico-militar, un grupo de vecinos de un barrio de mono-blocks de la Capital Federal, Catalinas Sur, fue organizando talleres de teatro en los cuales se planteaba ser no sólo consumidor de cultura, sino también productor. Ser autores, actores, directores y escenógrafos. Y hacer puestas con las historias que su historia les pidiera.

La experiencia llevó a la creación del Grupo Teatral Catalinas Sur, que dejó de ser algo sólo destinado a su lugar de origen. Además de pasear sus espectáculos por distintas partes del país, el grupo es pionero del teatro comunitario, y como tal participa en encuentros, talleres y seminarios brindando asesoramiento con los saberes que décadas de rodaje le dan.

El teatro comunitario es teatro hecho por vecinos. Es teatro hecho por la comunidad para la comunidad. Y si bien toda experiencia teatral es una experiencia hecha entre muchos o al menos entre varios, en este caso se acentúa su carácter colectivo. Y, también, su uso para re-comunicar a la comunidad, ya que el objetivo central es la recuperación de la cultura popular, sobre todo de la participación desde un punto de vista artístico. Algo que existió durante buena parte del siglo XX tanto en la capital de nuestro país como en ciudades del interior. A tal punto que casi no existía club de barrio o asociación comunitaria que no tuviera su cuadro filodramático, tal como por entonces se llamaba a los grupos de teatro. Épocas en las cuales las comisiones de cultura organizaban bailes, cursos y representaciones teatrales. Épocas en las cuales no existían el fantasma de la inseguridad ni se había extremado el individualismo, con su consecuencia de vida a puertas cerradas dentro de cada casa. Épocas en que los barrios no eran meros dormitorios, sino que tenían su propio centro comercial, sus actividades culturales y sus artistas. Recrear en parte aquella vida social, romper barreras, problematizar, construir y reconstruir identidades, retomar memorias interrumpidas, restaurar saberes, son algunas de las contribuciones a las que el teatro comunitario aspira.

A dos décadas de aquel primer intento, el Grupo Catalinas Sur ya no actúa en la plaza de su barrio, sino en un galpón propio. Y por la huella que fueron dejando, otros fueron aventurándose. Hay grupos similares en la Capital Federal —Mataderos, Barracas, Floresta, entre otros—, en Misiones, y en el interior de la provincia de Buenos Aires. Son 26 en total las comunidades en las que hay grupos de teatro de este tipo. Con el auspicio de la Comisión Provincial por la Memoria y el Instituto Cultural de la Provincia, desde marzo un grupo está trabajando en Berisso. Adhemar Bianchi, director del Catalinas, y Ricardo Talento, director del Grupo Teatral Barracas, hacen —la palabra es suya— de "entusiasmadores". Con ellos dialogamos en el centro Lituano, donde dos veces a la semana se reúnen a conversar, a ensayar, a tramar.

—¿Cómo llegaron a trabajar en Berisso?

—Bianchi: Hay una parte institucional, un proyecto del Ins-

tituto Provincial de Cultura, para trabajar el teatro comunitario en la región de La Plata, Berisso y Ensenada. Nos llamaron a nosotros porque veníamos trabajando junto a la Comisión por la Memoria. Nosotros nos planteamos trabajar acá con la Comisión y con todas las instituciones que quisieran sumarse. Se hizo la convocatoria y empezaron a venir vecinos. Se comenzó este año. El año pasado fue de convocatoria y de charla con instituciones. Se comenzó el año pasado la preparación y este año el trabajo con la gente.

—Talento: Lo que hicimos el año pasado fue una preparación de la comunidad para esto. Porque aquí hay muchas instituciones, están las distintas colectividades. Se convocó a todo el mundo para que supiera que estaba este proyecto en marcha. Como para no dejar a nadie afuera. Pero el trabajo concreto con el vecino lo comenzamos en marzo, ya con los que quisieron integrarse al proyecto. Sesenta vecinos.

—Bianchi: El año pasado Lito Cruz lo anunció en la Fiesta del Inmigrante y se fue haciendo público.

—Talento: Trabajamos acá (en el local de la colectividad lituana) mientras haga frío como para estar en una plaza. Gentilmente, esta institución nos ha cedido el espacio. Y esto también es parte de Berisso. Los otros días se nos cortó la luz y como no volvía, directamente nos pasamos a otra institución, de la comunidad polaca... Esto ocurre nomás en Berisso. ¡Hay dieciséis salones de actos! Esto es parte de cómo la comunidad se va integrando al proyecto. Se toma como un hecho comunitario esto que se ha gestado.

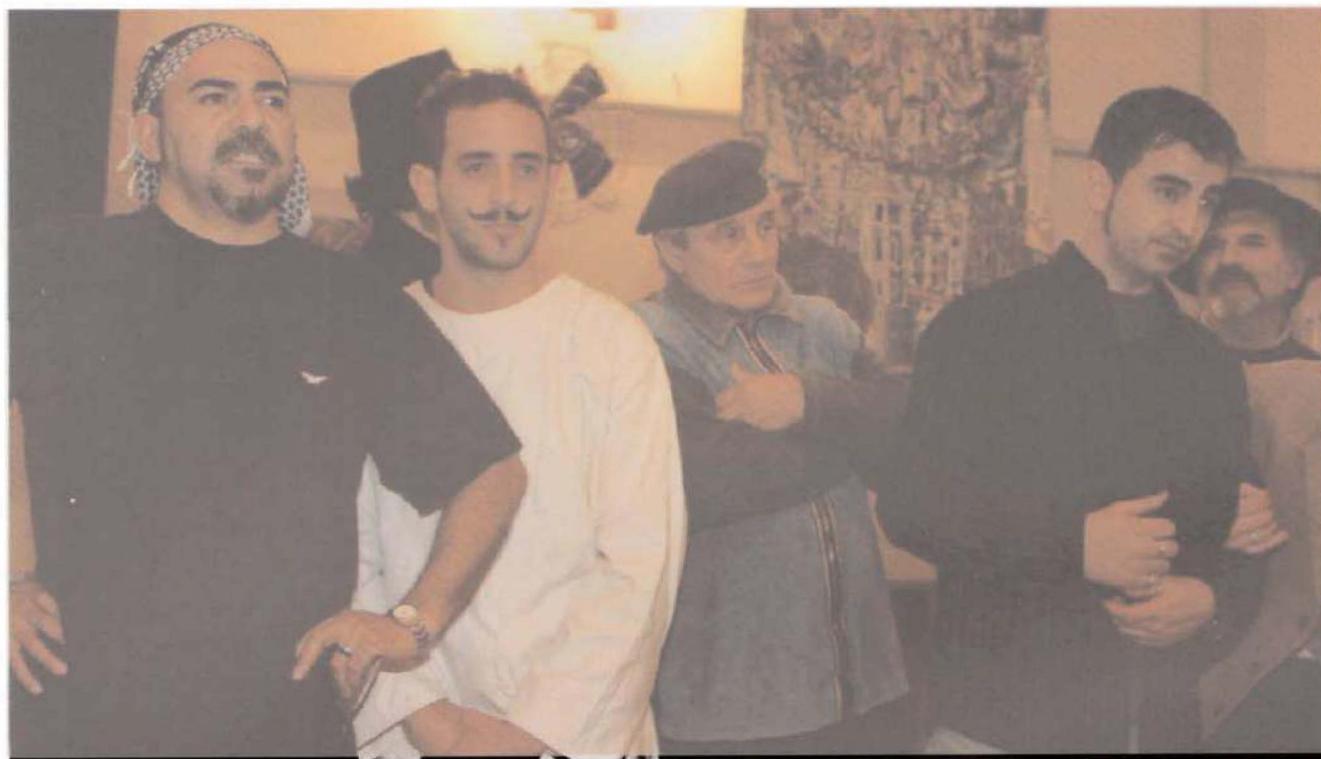
"Es muy interesante cómo los jóvenes, a partir de que entran acá, comienzan a preguntar cosas que no preguntaban. Se restablece un diálogo en torno a las historias particulares y a la historia" (Bianchi).

—¿Qué gente se acercó?

—Bianchi: Hay sólo uno o dos con experiencia teatral previa. Alguna gente tuvo acercamiento al seminario que nosotros hicimos el año pasado con la Comisión por la Memoria, y otros son vecinos de acá. Muchos que vienen por la historia de Berisso. Una gran cantidad ha trabajado en los frigoríficos, o lo hicieron sus padres. Y los hay de todas las edades. Entre setenta y dieciocho años. Es muy grande el espectro. Y es muy interesante cómo los jóvenes, a partir de que entran acá, comienzan a preguntar cosas que no preguntaban. Les preguntan a tíos y abuelos, se reestablece un diálogo en torno a las historias particulares y a la historia. Y entonces comienzan a pensar en la política, en la ideología, en la filosofía.

—¿Cómo es el trabajo que vienen desarrollando?

—Talento: Lo primero que uno empieza a hacer es lo que llamamos rondas de memoria. Empezar a contar historias.



Porque es lo que más empieza a generar. Es una energía que se empieza a generar cuando uno empieza a ver cómo era el tema de los frigoríficos, cómo se trabajaba, qué comunidades llegaron a Berisso, cómo era que llegaba la gente. Todos tenían un abuelo, un marido, un tío, un pariente involucrado. Ahí empezamos a indagar en anécdotas. En historias de amor, en historias de trabajo, en historias de luchas obreras. Empieza una transmisión oral. Y es muy interesante lo que produce al respecto el teatro. Si no fuera por el teatro, quizás eso no saldría. Por ahí una persona de setenta años no tiene a nadie a quién contarle porque no hay nadie que le pregunte cómo se trabajaba en los frigoríficos, cómo era en concreto, qué hacían. Y esto de tener que armar un espectáculo de teatro hace que se empiece a indagar en ese tipo de cosa concreta.

—Bianchi: Además Berisso tiene mucha memoria escrita. Hay mucho material sobre esas mismas cosas que cuentan. Así que hay algo directo de la gente y material escrito. Mucho material que sus propios autores nos han acercado.

—Talento: Berisso es muy particular en eso. Uno siente que la historia está a flor de piel. En otras comunidades uno tiene que indagar algo remoto. Acá es como que enseguida todo sale.

—Bianchi: Una cosa es Berisso y otra cosa son los barrios de Buenos Aires. Acá la historia está todavía vivida por las comunidades. Se vive mucho más en comunidad. La Boca, Barracas, Floresta, son barrios que han cambiado mucho, se ha alejado gente y se han alejado las historias. Y eso que estamos hablando de barrios que tienen mucha identidad, que quizás sean los que más identidad tienen. Pero hay que empezar a tirar más del hilo. Acá de cada hecho recogemos tres o cuatro versio-

nes. Y siempre se trata de historias que se enganchan con la historia grande de este país, con sus conflictos económicos, con su identidad. Cuando uno empieza a ver la historia de Berisso, así como se da en otros lugares de inmigración donde trabajamos, como Barracas o Misiones, es que hemos sido víctimas de un sistema. Acá están la carne, el puerto, la organización obrera, la inmigración. Esto es un laboratorio de lo social y de la historia argentina bien interesante.

—Talento: A veces uno va armando una historia con sensaciones, con recuerdos, pero no es que uno tome la historia al pie de la letra. Entonces cuando está tan a flor de piel, a veces hasta hay inconvenientes. Se han dado incluso pequeñas discusiones, no, esto no era así... Hay que entender que esto es teatro y no se puede poner todo. Pero siempre es mejor que sobre memoria.

—*¿Siguen en la etapa de contarse historias, de recopilar material?*

—Talento: Ya a partir de esas historias se ha ido alimentando la dramaturgia colectiva de improvisaciones del mismo grupo, y hasta hay quienes se han largado incluso a escribir algunas escenitas. Ya se está empezando a elaborar con eso lo que va a ser la futura puesta. Más las canciones que ya se han escrito a partir de cosas que surgieron de esta misma memoria. Que pasa por una etapa de lectura y otra etapa de improvisación y de juego. Por último, se empieza a plasmar. Ya estamos en la etapa de plasmar. Igual, continuamente aparecen anécdotas o nuevos materiales.

—*¿La autoría es siempre colectiva?*

Para reabrir la historia

¿Cómo se establece la transmisión de experiencias entre la generación que vivió los '70 y sus descendientes?

¿Cuáles son las características de los relatos que circulan a partir de los protagonistas y de su escucha por quienes no vivieron los hechos? ¿Cuál es su contribución? ¿Cuáles las posibles interferencias o sobresaltos?

¿Cuáles son las especificidades cuando es el cine el soporte narrativo elegido?

Por Ana Amado

Fotografías Lucila Quieto

Entre los núcleos conflictivos que envuelven las referencias a los acontecimientos históricos del pasado reciente, hoy parecen prevalecer los aspectos relacionados con su transmisión. No se trata (solamente) de los debates sobre la disposición formal y temática de las narraciones museísticas acerca de los eventos de sangre y fuego de los '70, con su carga traumática. Dilemas y posiciones de una peculiar irresolución atrapan desde hace una década también los términos en que se establece la transferencia generacional de experiencias, sobre todo cuando la transmisión de saberes y relatos sobre esos acontecimientos es atravesada —como sucede en numerosos casos—, por vínculos genealógicos o directamente familiares. La vía testimonial, que suele garantizar la circulación narrativa entre testigos directos e indirectos de la época, alberga sobresaltos o interferencias en el pasaje de la memoria de los protagonistas a una suerte de *post-memoria* de sus descendientes, quienes, ante el peso de la historia, o según la medida de las revelaciones, reaccionan con gestos simultáneos de reverencia y rebelión ante la figura o las acciones políticas de sus antecesores. Nada nuevo respec-

to a las fórmulas siempre contenciosas de sucesión generacional, aunque estas cuestiones integran hoy, con su reiteración una escena específica, reproducida con insistencia en algunas películas recientes del cine argentino, entre otras producciones simbólicas en torno de la memoria de la violencia política de aquella década.

Reunión

La escena a la que me refiero se construye con un encuentro —que es en realidad un choque—, entre una narración y una escucha. La narración es de los sobrevivientes de la muerte y desaparición generalizadas de los '70, con distintos niveles de participación en las organizaciones armadas de aquella década. La escucha —y la demanda misma de relato— es asumida por la generación de los hijos, hijos de los muertos o de los que sobrevivieron, nacidos en los '70 y devenidos jóvenes en los '90. Esta reunión o intercambio conjuga pasiones diferentes según los protagonistas (hijas y padres, hijos y padres, ambos con sus madres), y activa el doble sentido del término “escena”: por una parte se orienta a una representación literal, en

tanto se presenta como espacio dramático donde se desarrolla —se escenifica— una acción. Y por otra, anuda las manifestaciones de un conflicto que al incluir interpelaciones y demandas de una generación a otra, suele significarse con la expresión de *hacer una escena*. La situación se reitera con algunas variantes en el cine documental argentino de años recientes, dedicado en parte considerable a representaciones de la memoria, cuando algunos de los hijos e hijas de los desaparecidos o de los sobrevivientes de la represión de los '70, agregan a su condición de descendientes, la de ser cineastas o en general, artistas.

El doble protagonismo que se juega en la escena mencionada más arriba adopta el rito generacional, que traza identidades por vía de la pertenencia (en este caso a una comunidad política, a una historia y a una época). Pero la noción de generación también alude a los lazos tendidos entre sucesión y genealogía, entre filiación y linaje, en un trayecto familiar donde los vínculos suelen consolidar su perfil dramático. Y en el cual la figura del padre, como fantasma de la ley y el origen, comanda tanto las biografías individuales como las metáforas genealógicas utilizadas para anudar colectivamente a los legatarios de una cultura. Una cita de Rodolfo Walsh ayuda a graficar particularmente este último sentido, por su enérgica alusión a los signos violentos del recambio generacional en la literatura argentina de finales de los '60. (*Hay actitudes que codifican la rebelión. ¿Contra qué se rebelan? Contra los padres, claro, que es el país, que es la realidad, contra el interés disfrazado de honor, la estupidez que puede llamarse patriotismo, el cálculo que pasa por amor, la constante simulación y la final irresponsabilidad de los mayores. ¿El parricidio habitual? Este promete ser sangriento, ejecutarse sin pudores, con nombres y apellidos.*¹ Otro ejemplo, esta vez fílmico, sobre violentaciones y herencias: *Hitler: un film alemán*, de Hans Jürgen Syberberg (1977), obra monumental que aborda sin concesiones un oprobioso pasado, incluye un monólogo final a cargo del personaje del *Artista*, que llama a mirar de frente el horror y asumir esa transmisión dolorosa. *Cómo hacerte entender, cómo hacerme entender a mí, a los hijos y nietos que no conocieron esta vida anterior, ahora olvidada, envenenada por las herencias de la época... Mira, lo más terrible es lo eternamente pretérito...* Lo dice sobre la imagen de una niña angelical que con un perro de peluche igual a Hitler entre sus brazos, insiste en mantener los ojos cerrados, como abatida por el peso demoleedor de semejante legado. El carácter de la contienda parricida que refiere Walsh no reviste la gravedad de la *herencia envenenada* que, como enfatiza el personaje cinematográfico de Syberberg, abruma a las generaciones alemanas desde la segunda posguerra. Pero hay una equivalencia entre ambas alusiones en cuanto a que la relación entre generaciones sólo parece narrarse trágicamente, sea bajo el guión del impulso pa-

rricida, de los modos de rebelión o desde la pregunta sobre cómo y quién transmite la historia.

Escenas de memoria y filiación

El modelo generacional, entendido de esta manera como umbral de emergencia y continuación entre proveniencia y legado, entre procreación y tradición, entre origen y memoria², está atravesado en nuestro país por los efectos devastadores de la violencia de los '70. Una concreta huella política anuda el vínculo de sucesión y transmisión entre aquella generación diezmada por la muerte y la de sus hijos, que desde los '80 y '90 componen su propia trama generacional en la sociedad que los contiene. La interrogación desordenada sobre el pasado, el desconcierto, o la compaginación de dolor, duelo y reflexión, forman parte de la complejidad de ese vínculo, que agita, directa o indirectamente, la producción simbólica —fílmica, literaria y teatral— en la que participan desde la última década.

Relatos con un patrón generacional semejante, en el que aparecen entrelazadas historias de época con subjetividad familiar, dominan hoy la creación cultural en diversas sociedades³. En el cine argentino (que es objeto de este artículo, aunque también sucede en la literatura) el modelo encuentra su rasgo específico en la escena de memoria y filiación a las que me refería antes, en la que biología y po-

Los testimonios y las intervenciones estéticas de los hijos de los desaparecidos son concebidas como homenaje y a la vez puesta al día del vínculo genealógico. Pero dejan entrever, de modo directo o figurado, menos una adhesión incondicional con la ideología de sus padres, que una voluntad de distancia y afirmación de sus propias opciones en el presente.

lítica aparecen como cifra de una experiencia personal y estética en ese nudo inevitable que liga, en nuestro país, tragedia e historia. La nueva generación de huérfanos asomó en el cine de los '90 invocada por una cineasta del bando de los setenta, sobreviviente ella misma a la represión política. La trama de *Un muro de silencio* (Lita Stantic, 1992) se inicia con el susurro de una beba en brazos de sus padres, y continúa después con la presencia muda y marginal de esa niña en cada secuencia de acontecimientos de una historia donde desaparece, como en un agujero negro, su padre. Ya adolescente, es ella la que rubrica el film con un interrogante sobre la sociedad cómplice. *La gente sabía lo que estaba pasando aquí*, dice frente a la E.S.M.A. (como en eco de la pregunta que concluye *Noche y niebla* de Alain Resnais, frente al paisaje actual de Auschwitz.: Pero entonces, ¿quién es responsable?). Si la película de Stantic⁴ anticipó en varios años la manifestación pública de



Lucila Quieto. Arqueología de la ausencia

los hijos de desaparecidos, también profetizó sobre la vocación que podríamos llamar artística de la generación de huérfanos, por su énfasis en simbolizar sus experiencias de duelo y de pérdida. Porque el personaje de aquella adolescente que mira desde los rincones la filmación de escenas sobre un pasado que desconoce, aun cuando la involucra directamente, de algún modo prefigura a las legiones de futuras y futuros cineastas decididos a construir su propia versión de esa historia. Ya no desde la ficción —las consecuencias del terrorismo estatal no asoman en las ficciones del cine joven argentino— sino con los procedimientos del documental, un formato maleable para reunir especificidad histórica e intimidad de la memoria, por el camino de la autobiografía.

Una comunidad diferente

Los testimonios y las intervenciones estéticas de los hijos de los desaparecidos son concebidas como homenaje y a la vez puesta al día del vínculo genealógico. Pero dejan

entrevver, de modo directo o figurado, menos una adhesión incondicional con la ideología de sus padres, que una voluntad de distancia y afirmación de sus propias opciones en el presente. A partir de su relación personal con el trauma histórico, estas prácticas estéticas y críticas abren otras constelaciones de sentido para las nociones de identidad personal e identidad generacional. Subjetividad y experiencia, por lo tanto, están en el inicio de las intervenciones de una generación que en sus búsquedas formales ape-la a la memoria de un pasado histórico que no conoció, pero que de algún modo reconoce como fuente donde arraigar lazos con su propio origen.

Entre los títulos y autores sobresale la producción de un puñado de artistas y cineastas mujeres que, como autoras, inscriben en sus obras un lenguaje y una estética que testimonian de los dilemas de la memoria personal. Y, desde su posición de hijas, abonan a una escena que podría-mos llamar edípica, en nombre de la memoria del padre arrasado por la violencia política de los '70. Me refiero a

Los rubios de Albertina Carri (2003); *Papá Iván*, de María Inés Roqué (2000); *En ausencia*, cortometraje ficcional de Lucía Cedrón (2003) y las aún no estrenadas *Encontrando a Víctor*, de Natalia Bruschtein (2004), y *El Tiempo y la sangre*, de Alejandra Almirón (2003)⁵. La lista se extiende con la novísima *La Matanza*, de María Giuffra (2005), y en el campo de la fotografía, con la obra fotográfica de Lucila Quieto, *Arqueología de la ausencia*, que con su protagonismo y el de numerosos integrantes de la agrupación HIJOS paseó por exhibiciones de distintos países europeos. Atribuir un corte de género a la producción documental de estas características resulta, por lo menos, problemático. Pero es un hecho que ubicar en el centro de la representación la figura paterna y a su generación para desestabilizar a ambas, es una tarea —explicable tal vez en su matiz freudiano— acometida hasta ahora por las hijas. Los hijos varones que acometen proyectos similares parecen preferir, en cambio, un corte más *fraterno*, por medio de la participación testimonial de pares que discurren sus homenajes o críticas, sin que sus intervenciones confronten sus opiniones con las de otra generación.⁶

De las películas de Carri, Roqué y Bruschtein se decantan interrogantes parecidos formulados en su doble condición de hijas y de realizadoras, y dirigidos particularmente a los '70. (He analizado en otro trabajo las películas de Carri, Roqué, así como los trabajos de Quieto y Habegger.⁷ En este caso sólo menciono a las dos primeras para subrayar mi argumentación anterior). María Inés Roqué, por ejemplo, deja entrever la figura de la traición asociada al padre y su generación, en el revés de la trama épica y guerrera que construye en su película *Papá Iván*, trama que concluye sin temor al lugar común de la demanda: *Yo necesitaba un padre vivo antes que un héroe muerto*. Carri, por su parte, desató con *Los rubios* un debate todavía abierto a partir del provocador —por manifiesto— desplazamiento que realiza de imágenes y voces de testigos directos de aquel pasado que, paradójicamente, no deja de solicitar para armar su evocación fílmica. Con una particular organización estética, esta cineasta privilegia el oído antes que la visión, la inserción de un no ver incluso en el ver, en un texto de escucha y de ausencia, volcado a la dificultad de seguir los avatares de recordar a su padre y madre militantes desaparecidos, ahí donde esa tarea tiene *lugar*: en territorios de la intimidad, de la subjetividad.

En este parricidio interior que supone un entierro con homenaje y el despegue con voz propia, las hijas escuchan sobre la Historia que fulminó a sus padres y las razones con las que ellos y su generación unían compromiso, causa y dogma. Su respuesta, como hijas y artistas, entraña una afirmación poética e ideológica a la vez, que desplaza el retrato del padre (de los padres) del centro de un sistema representativo fundado —simbólica, metafórica-

mente, también literalmente para ellas— en esa figura.

Damnificados

Hay otras versiones de la escena, en las que la interlocución directa entre hijos e hijas con sus padres o madres militantes de los '70, redefine la idea de generaciones como construcción narrativa y temporal (también biológica) de la genealogía. En principio, con la disparidad que ponen en evidencia sus respectivos testimonios sobre la historia.⁸

Unos y otros comparten espacio y diálogo en dos documentales recientes —y esta copresencia es el rasgo que las distingue de las películas mencionadas antes, vectorizadas por el espectro paterno—. *Encontrando a Víctor*, es un film realizado por Natalia Bruschtein a lo largo de cinco años y en calidad de tesis de su carrera en la dirección cinematográfica. En ese lapso, la joven cineasta desandó el camino desde México, donde creció junto a su madre exiliada, a Buenos Aires, ciudad en la que el padre, cuadro combatiente de una organización guerrillera de izquierda (Ejército Revolucionario del Pueblo), desapareció en 1977. En el inicio interroga largamente a su madre, también cuadro combatiente en la misma organización, con un balbuceo ostensible, sobre la participación de ambos en acciones armadas después de su nacimiento.⁹ Las respuestas de la madre se apoyan en fundamentos ideológicos atendibles, aunque el plano cercano sobre su rostro deja percibir el efecto perturbador de las reiteraciones de la hija, que con el uso de la tercera persona parece extender más allá de ella su reclamo: *...pero al decidir tener un hijo, no se cuidaban un poco más la vida para que el hijo no quedara huérfano?* Antes que un psicodrama abonado por una historia silenciada (los testimonios de los hijos de los militantes de los '70 siempre coinciden en señalar los relatos falsos acerca de las actividades políticas de sus padres, o sobre su desaparición, con los que crecieron hasta su adolescencia, o su juventud), el documental construye la escenificación de un conflicto con raíces históricas y políticas que la cámara, emplazada como un testigo neutro, apenas devuelve como un espejo: la cronología temporal y razonada del compromiso de una generación que no limitó su sacrificio por sus ideales, enfrentada a una demanda de amor igualmente legítima (¿por qué sus padres eligieron privilegiar sus ideales en detrimento del afecto que le debían?). Los fundamentos del psicoanálisis —no hay ninguna posibilidad de que un padre, cualquier padre, esté a la altura de su función—, y los de la mística de la causa revolucionaria resultan difícilmente compatibles con la urgencia afectiva que inviste el reclamo de la hija.

En otro documental, se formulan planteos idénticos con un tenor semejante. *¿Para qué tenían tres hijos como mínimo, si las casas caían unas tras otra?* La respuesta: *Porque creíamos verdaderamente que íbamos a hacer la re-*



Lucila Quieto. *Arqueología de la ausencia*

volución, no pensábamos que nos iban a matar a todos. Esta vez la escena reúne a varios hijos de ex militantes montoneros muertos o desaparecidos en la zona Oeste de Buenos Aires (las localidades de Morón, Haedo), con algunos de los pocos sobrevivientes de la feroz represión en ese territorio en los '70, y se encuentra en un documental dirigido por una joven cineasta, Fernanda Almirón, bajo la idea y la producción de Sonia Severini, sobreviviente de los acontecimientos narrados. Desde el título, *El tiempo y la sangre*, esta película condensa el par de elementos que anuda toda transmisión entre generaciones y que tomados al pie de la letra (tiempo, sangre), parecen anticipar las secuencias dramáticas de lo familiar biográfico. Sin embargo, la cadena sugerida en ambos documentales entre temporalidad y biología, ciclo histórico y descendencia, sucesión y linaje, excede la materia narrativa y asoma como el molde o la fórmula con la que el dispositivo fílmico traduce un ejercicio de memorias plurales, de memoria y post memoria en su confluencia con la historia, la violencia y la política.

En uno y otro film testimonian los huérfanos, con su versión paralela sobre aquellas experiencias de sus padres, en el doble registro del respeto y de la interpelación. Si el relato de los mayores, con la lengua al sesgo de la patria

o en el nombre de la idea de revolución, recupera escenas de la gesta heroica que motorizaba su accionar juvenil en el pasado, la narración de los hijos refiere a las consecuencias de esa elección, en tanto testigos de los violentos secuestros de sus padres y como damnificados por la tragedia de su ausencia y desaparición.¹⁰ Así, las narrativas sobre el trauma padecido en el pasado (cercano y protagonizado por unos, distante y desconocido para otros) obedecen a un guión desigual en *El tiempo y la sangre*, al igual que en las películas de Bruschtein, Roqué y Carri, que de este modo se constituyen en un documento de memoria de los sobrevivientes y de *post memoria* de los descendientes. Mariane Hirsch llama *post memoria* a aquella que se despliega desde una distancia generacional y desde otra conexión personal con la historia." Pensada en relación a los hijos de los sobrevivientes del Holocausto, la noción resulta adecuada para describir la memoria de otras segundas generaciones de eventos y experiencias culturales o colectivas de índole traumática. Dado que el vínculo con su objeto o su fuente está mediado de diversas maneras, la *post memoria* sería la que caracteriza las experiencias de aquellos que crecieron dominados por narrativas que precedieron su nacimiento, cuyas propias historias son modeladas con retraso por las historias de la ge-

neración previa y labradas por eventos traumáticos que (por lo general) no pueden ser ni comprendidos ni recreados del todo. O recreados bajo sus propias versiones y condiciones.

La post memoria de hijos e hijas funda en lo visual —con remarcables dosis de ironía, en divergencia con la retórica que suelen calificar como *solemne* de los mayores— una narrativa propia de carácter alusivo antes que mimético. Como sucede en *Los rubios*, donde la palabra de testigos directos de la vida familiar de Carri en los '70 compite con un puñado de juguetes animados que reinventan escenas de infancia (incluida la del secuestro de sus padres por extraterrestres), los rostros de las decenas de muertos evocados por Severini en *El tiempo y la sangre* se animan en los dibujos de su hija, María Giuffra, que participa en el film con su producción gráfica, fotográfica o pictórica. La violencia y la sangre traducidas en los rojos de sus pinturas, el terror en la secuencia donde un gato despanzurra con saña una tierna paloma, la desaparición del padre por un gesto de la Mujer Maravilla que lo esfuma en el aire, atraviesan lo narrado con la carga del imaginario mágico y aterrador de los cuentos infantiles. (María Giuffra, de 29 años de edad, acaba de concluir *La matanza*, un cortometraje en video que realizó con el expediente policial/militar localizado recientemente sobre la muerte de su padre Rómulo Giuffra, desaparecido en febrero de 1977. En él reproduce los correos y oficios intercambiados a lo largo de cinco años entre organismos policiales, forenses, militares, municipales, etc., donde detallan su asesinato —lo designan como muerte inevitable— en un camino solitario del conurbano bonaerense, lo califican de homicida, lo identifican a través de sus huellas dactilares y finalmente dictaminan su entierro como NN. Los dibujos de María Giuffra alternan puntos de vista y perspectivas del cadáver y trazos sin figuración —único rasgo de color, el rojo de la sangre—, con la retórica administrativa, entretenida en el pormenor kafkiano de un juego demencial con el destino del cuerpo de un secuestrado).

Ese movimiento aleatorio entre memoria y post memoria se inscribe formalmente en *El tiempo y la sangre*. La secuencia no lineal de los testimonios acumula información fragmentaria y desordena la linealidad de las secuencias, entrecortadas por citas fílmicas, filmaciones caseras, imagen inestable y montaje acelerado, entre otras operaciones que delatan el dispositivo ficcional de la trama documental. Pero que también graban materialmente el modo espasmódico y discontinuo con que la nueva generación recibe los relatos. Voces, rostros, miradas, movimientos y trayectos incesantes, saturación de elementos hasta la anulación misma del sentido pleno, son operadores formales y a la vez distribuidores que trastornan la cronología de las versiones antes que simplemente comunicarlas. La elección formal de no unir las piezas sueltas y presentar

los balbuceos y contramarchas del ejercicio de recordar, de subrayar los problemas de la relación del lenguaje con la historia cuando es abordada desde las heridas de la memoria, apela a una ética y una estética fundadas en la elipsis y la supresión para referir los costados más traumáticos de la violencia.

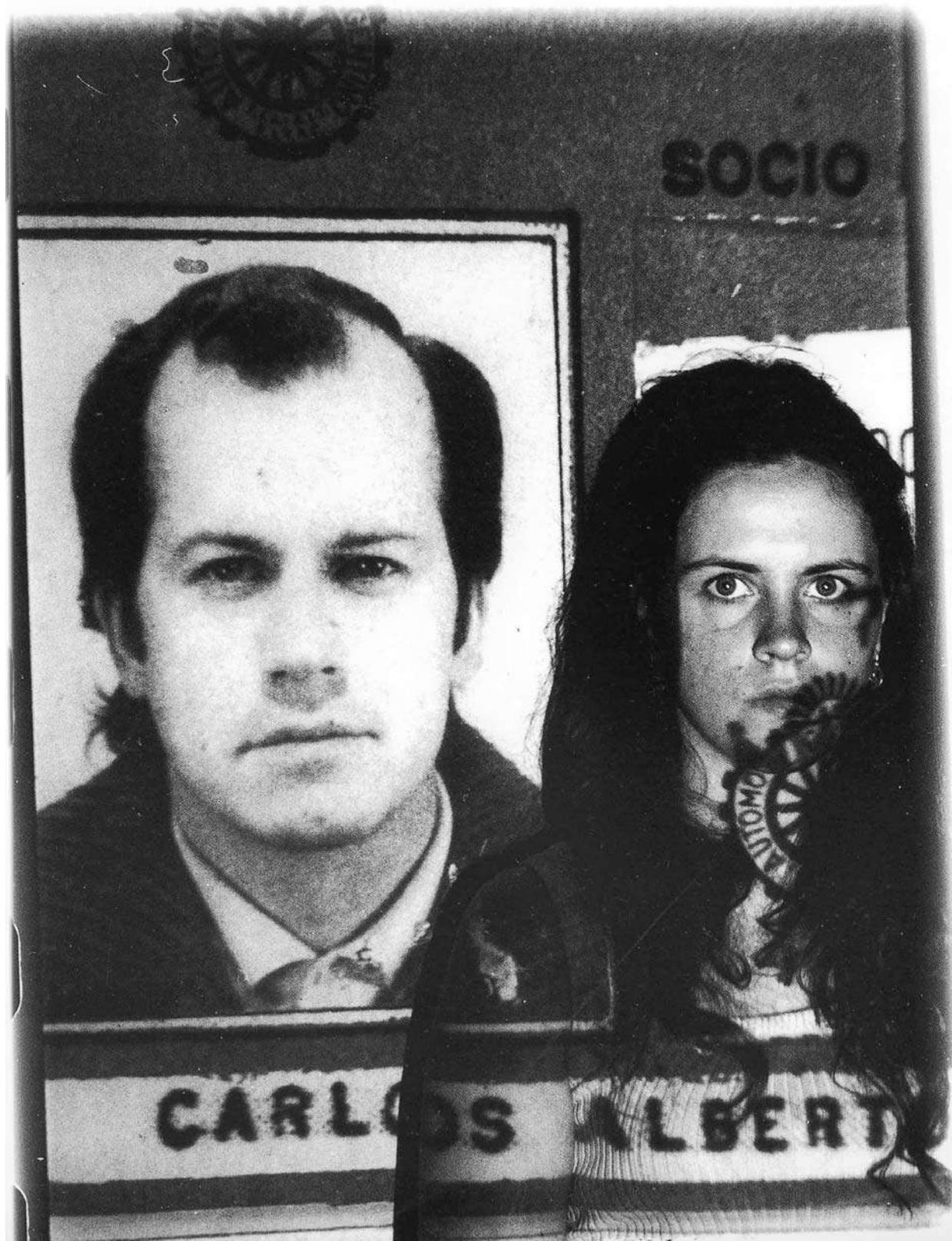
El documental de Almirón inventa un escenario donde recrear una serie de consideraciones sobre lo que es razonable o irrazonable, lo que es sensato o resueltamente subversivo en una escena donde se comprometen de modo divergente los ojos y los oídos, la voz y la escucha. La conmoción de ese premeditado regreso al pasado surge entonces de dos programas difíciles de unir. De un choque de imposibilidades entre padres que cuentan cómo su entrega hacia la historia (*la entrega al proyecto, trasciende lo privado y los afectos*, dice uno de ellos) e hijos que no quieren que los padres les *reciten la idea*. Aunque entre ambas partes haya una puesta en común de la lengua de la pérdida (la pérdida de la utopía para unos, la de los padres para otros).

Nuevas voces, otras versiones

En *El tiempo y la sangre* y en *Encontrando a Víctor* el intercambio de narrativas se ejecuta con la multiplicación de testigos. Hay testigos inmediatos de los '70: testigos de las armas, de la muerte alrededor. Y a la vez una generación joven que confronta, que está ahí para plantarse explícitamente como testigos de esos testigos directos de la época, con preguntas frontales en lo que concierne a sus vi-

La post memoria de hijos e hijas funda en lo visual —con remarcables dosis de ironía, en divergencia con la retórica que suelen calificar como *solemne* de los mayores— una narrativa propia de carácter alusivo antes que mimético.

das (*¿Para qué tenían tres hijos como mínimo, si las casas caían unas tras otra?*, en *El tiempo y la sangre*; *¿No era para nosotros más 'saludable' tener a nuestros padres vivos...que tener para siempre un trauma porque nuestros padres decidieron quedarse este...con la militancia antes que con los hijos?*, en *Encontrando a Víctor*), con gestos ensimismados cuando se convoca la Historia (se muestran aparentemente impermeables a las explicaciones sobre la pasión y la voluntad de cambio que guiaba en aquella época el compromiso y la disposición al sacrificio de sus mayores). Por lo tanto surgen dos relatos, el de la militancia, los motivos de la resistencia, del combate armado, de la represión y las desapariciones a cargo de los testigos sobrevivientes, y el relato de los testigos de la nueva gene-



Lucila Quieto. *Arqueología de la ausencia*



Lucila Quieto. *Arqueología de la ausencia*

ración. Entre unos y otros, el espectro del testigo que no puede hablar porque está muerto. Constatación que, más allá de las alternancias o solapamientos, coloca a todos ante la evidencia del límite, ante la imposibilidad absoluta de reemplazarlo.

La figura de los nuevos testigos, personajes protagónicos en los documentales mencionados, refiere, por una parte, a un posicionamiento generacional. Como tal, puede resultar precario (desafían sin afirmar nada sobre sí mismos, confrontan sin señalar una alternativa, hacen gala de una memoria que se disuelve en la apariencia o en su propia imagen, son en síntesis los argumentos críticos de los debates generados por algunas de estas películas, sobre todo *Los rubios*¹³). El perfil contencioso que de modo directo o tangencial asientan frente al de sus padres y su generación —ya sea hacia su opción armada o hacia la cultura de la violencia que la cobijó— determina al menos una distancia y una diferencia, aunque sólo puedan exhibirse como puras subjetividades en riesgo. Tal vez suficiente para perfilar un sentido de comunidad diferente, o imaginar *un mundo, horizontal de las multiplicidades, contra el mundo dualista y vertical del modelo y de la copia*, como describe Jacques Rancière,¹³ mundo conquistado con no poco esfuerzo en el combate de la heroica comunidad pater-

na de los '70.

En este sentido, la reiteración que practican con tonos y poéticas diversas en su producción documental, termina por constituir una figura propia, la del testigo-escucha, una tercera persona que va al encuentro del relato de lo ausente, de algún modo abierto a la conciencia de un tiempo, un pasado, la violencia, la muerte. Esa figura tercera en la cadena de una post historia, la del escucha, podría pensarse tal vez desde Walter Benjamin: implícita en el círculo que rodea al narrador —un narrador que tiene que superar el silencio en que lo sumió la barbarie de su experiencia—, el escucha espera recibir sus historias. Es elegido para pensar el desastre, para guardar memoria y al mismo tiempo, romper con la lógica (y su legitimación temporal) del haber estado de una generación. Para distanciarse, en suma, de esa extraña experiencia del sobreviviente que en el fondo es el habitante de una historia concluida. El sobreviviente es irremplazable en su experiencia, pero está sujeto a la paradoja de no representar otra cosa que a sí mismo. En cambio, el escucha se hace poseedor de lo definitivamente ausente, que es la historia, para proseguirla de alguna manera. Quizás para reabirla con otra noción del tiempo (noción de pasado y de futuro), para inscribir la posibilidad de una memoria y asegurar una transmisión.

En las películas mencionadas, ese vínculo se edifica con la enunciación o la presencia de esa joven generación compuesta por los hijos, a su modo sustraídos de la historia, hijos que no atravesaron esa historia, que estuvieron ausentes de la experiencia de la generación de sus padres, pero que están destinados a ser mediadores sobre la *veracidad* (a falta de otro término) del recuerdo y el olvido que los involucra. Situados por fuera de la escena de los acontecimientos (posición que compartimos, como espectadores y destinatarios exteriores de estos documentos testimoniales), sería ésta una escucha capaz de entender, de reconstruir el discurso de los testigos directos —discurso hecho todavía de retazos y fragmentos—, una escucha dispuesta a suplir los silencios, de añadir sus voces y sus versiones a la narración de la Historia (la de los '70 y la guerra) ahí donde ésta se vuelve invisible o demasiado densa en la comunidad de la muerte.

1 En *Una literatura de la incomodidad*, revista *Primera Plana*, Año VI, nº 260, 19 de diciembre de 1967, p. 84, sobre la aparición simultánea de los primeros cuentos y/o novelas de los entonces jóvenes Ricardo Piglia, Germán García, Aníbal Ford y Ricardo Fronte.

2 Sigrid Weigel, *Families, Phantoms, and the Discourse of Generations as a Politics of the Past: Problems of Provenance /Rejecting and longing for origins*, Mimeo.

3 Un reciente número de la revista *Trafic* dedica un dossier a esta cuestión en el contexto europeo. La crítica Catherine Grenier refiere al modo recurrente en que diversas formas de arte se ocupan del tema de la transmisión, *que sacude hoy a una sociedad de hijos, sin padres y sin progenitura. (¿Dónde están los padres? Quiénes son los hijos hoy y qué se les transmitió?*, son algunas de las preguntas que rescata de películas, pinturas e instalaciones de realizadores y artistas franceses). En *Crise de la transmission et refondation de l' origine*, *Trafic* 52, 2004. En Alemania, la filósofa Sigrid Weigel dedicó numerosos ensayos al tema. En *Families, Phantoms, and the Discourse of Generations as a Politics of the Past: Problems of Provenance /Rejecting and longing for origins*, Seigel aborda los discursos conflictivos en torno a las generaciones de 1945 y de 1968, a partir de películas exitosas como *Goodbye Lenin* (2002), entre otras y la más reciente producción literaria, en el marco de las ideas de pensadores nacionales como Dilthey y Mannheim.

5 De modo más inmediato, el rótulo de lo generacional está disponible también para designar al conjunto de los participantes de un cine que, en parte por esta cuestión, se postula desde hace casi una década como nuevo. Aunque la edad no parece una condición suficiente para constituir un colectivo con ese sello. “En cine la gente no está unida. Tal vez por eso rechazan sentirse parte de una generación”, opina la productora y directora Lita Stantic, que opone la experiencia de principios de los '70, como parte de “una generación que se agrupaba y se entendía mucho más(...) y concebía al cine como una forma de transformar el mundo”. (*Radar*, Página 12, 13.3.05)

5 *Los rubios* (Argentina, 2003), guión y dirección de Albertina Carri; intérprete: Analía Couceyro. Papá Iván (Argentina-México, 2000), guión y dirección de María Inés Roqué, *En ausencia* (Argentina-Francia, 2002), cor-

tometrage de ficción, guión y dirección de de Lucía Cedrón. Encontrando a Víctor (Argentina-México, 2004), guión y dirección de Natalia Bruchstein. *El tiempo y la sangre* (Argentina, 2003), Dirección: Alejandra Almirón. Idea y Producción: Sonia Severini. Producción ejecutiva: Cine Ojo.

6 Por ejemplo, en su documental *(h)historia cotidianas* (2001), Andrés Habegger, diluye la primera persona en los testimonios de seis hijos e hijas de compañeros de la agrupación HIJOS sobre la desaparición de sus padres. El lugar indeterminado que ocupa su historia entre las de otros, o el rasgo de una identidad perdida parece tener su correlato gráfico en su película a través de la reiteración de la letra “h” (letra fantasma, presente en la letra escrita pero ausente en la fonética del español): está en el nombre de los capítulos que de modo casi arbitrario dividen el film: *huellas, historias, hijos, hoy*; en el propio apellido del autor; también en el inicio del título, (h), que remeda la marca sucesoria entre varones en el linaje patriarcal.

7 Amado A., *Ordenes de la memoria y desórdenes de la ficción*, en A. Amado y N. Domínguez (Comp.), *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones*, Buenos Aires: Paidós, 2004

8 Esa disparidad de relatos y de interpretaciones generacionales frente a acontecimientos históricos o traumáticos que comprometen la biografía estuvo, antes que en el cine, en la narrativa literaria. En la década del '80, el tema asomó en las páginas de *Lenta biografía*, de Sergio Chejfec, a través del difícil acercamiento de un hijo con el pasado de su padre, emigrado al país de Polonia y cuya familia fue exterminada en Auschwitz. La cuestión recorre también *El Dock*, novela de Matilde Sánchez (1994), con los relatos cruzados entre un niño huérfano tras la muerte de su madre en la acción guerrillera de La Tablada y la amiga de aquella, que intenta darle una versión de los hechos. Toda la narración gira alrededor de la racionalidad/irracionalidad de los argumentos que intercambian, mientras intentan construir una relación afectiva entre ambos. En novelas más recientes *Ni muerto has perdido tu nombre*, de Luis Gusman, (2002) y en *El secreto y las voces*, de Carlos Gamerro (2002), sendos hijos de desaparecidos protagonizan la búsqueda y el lento develamiento de oscuras tramas de represión y corrupción de la dictadura, en la primera y de los modos patéticos de silencio y complicidad social que siguieron a aquellos acontecimientos, en la segunda.

9 El montaje final deja inscripta esa vacilación de un doble arranque, el primero con voz casi inaudible, de la pregunta: *Cuando decidieron... tú y mi papá, tener un hijo...o no se qué...bueno, después de que yo nací, los dos seguían...participando en... este...en acciones...armadas?*

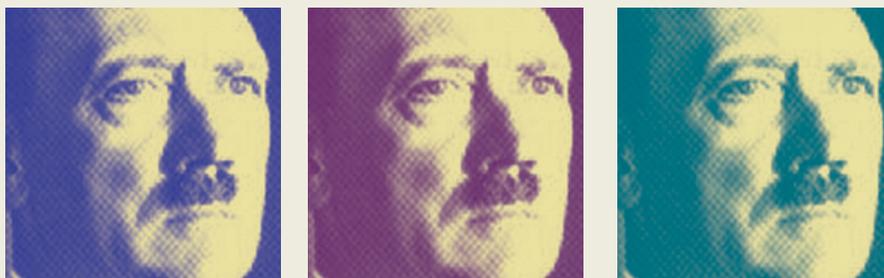
10 En el examen realizado por Alejandra Oberti de los testimonios de mujeres ex combatientes en organizaciones armadas de los '70 aparecen notorias dificultades, por ejemplo, para narrar su experiencia frente el apremio de los hijos o de las hijas, que les exigen algo más que medias palabras para poner en orden su trayectoria biográfica. Véase *La salud de los enfermos o los (im)posibles diálogos entre generaciones sobre el pasado reciente*, en A. Amado y N. Domínguez (Comps), *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones*, Paidós, Buenos Aires, 2004

11 Marianne Hirsch, *Family frames. Photograpy, narrative and postmemory*, Harvard University Press, Mass, 2002, p 22

12 Cf. *La apariencia celebrada*, de Martín Kohan, *Punto de Vista* 75, 2004

13 Jacques Rancière, *Deleuze e a literatura*, *Matraca* N° 12, 2do semestre, San Pablo, 1999

“La secretaria de Hitler”



Por Samanta Salvatori y Raúl Finkel



No hay fisonomía más ajustada a la hora de pensarle un traje humano al diablo que la de Hitler. Y más allá de lo diabólico no hay nada. Entonces, ¿hay algo más que sea necesario decir acerca de él?

Traudi Humps Junge nació en Alemania en 1920; desde los 22 años y hasta el 30 de abril de 1944 fue una de las secretarías pri-

vadas de Adolf Hitler. A los 80 años aceptó sentarse frente a una cámara y contar su historia.

La secretaria de Hitler es la película que los austriacos André Sèller y Tomar Schmiderer realizaron utilizando como único material fragmentos de su testimonio. Se trata de un film despojado que deposita su interés en la palabra y en los silencios que nos atrapan mientras van resignificando el pasado. El testimonio como recurso excluyente recuerda al film *Shoah* de Lanzmann, aunque aquí no hay puesta en escena, siempre la misma toma, lo único que cambia es el color del saquito de lana de Traudi Junge sentada sola frente una cámara inmóvil que la interroga y la expone.

Nos encontramos ante un relato de aquellos años que recorre dos caminos: el del recuerdo y las sensaciones de una joven de 22 años, “apolítica e ingenua”, que nos introduce en la intimidad de la vida del Führer; y el de la mirada crítica 56 años después de aquellos acontecimientos.

Ella rompe el silencio. Describe los acontecimientos que la llevaron a ese trabajo, los pormenores de la vida cotidiana en el búnker de Berlín, los días previos al suicidio de Hitler. Los recuerdos están frescos, no porque sea una mujer memoriosa sino porque no ha podido dejar de pensar en esos dos años de su vida.

Uno de los puntos altos del testimonio es el que da sobre sí misma, ya que genera la sensación de no estar modifican-

do con el relato su experiencia, sí de distanciarse éticamente de la persona que fue, pero sin negar lo que hizo o sintió. Cuando narra el episodio del dictado de prueba que va a terminar haciéndole ganar el puesto de secretaria, al recordar el evento azaroso que la favoreció dice “...gracias a Dios, o tal vez lamentablemente”. En su voz quedan vestigios de aquel excitante momento que la llevó a convivir con el Führer. Esa voz que suena más joven y firme que el rostro que vemos no justifica sus actos, se reprocha y se condena, pero sabiendo que ella fue una entre millones que aceptaron y apoyaron. Ese relato tan personal está poniendo en juego otro debate, el de la responsabilidad colectiva.

El relato de Hitler en la intimidad es inquietante, es un hombre común bastante distinto al personaje público, con rasgos que hasta podrían ser considerados virtuosos: limpio, ordenado, abstemio, paternal, vegetariano, que no fumaba, que consultaba a su médico homeópata y que quería a su perra. Nada es inocente ni en la película ni en el testimonio, ambos están recorridos por un interrogante que va más allá de Hitler y de su secretaria, ¿cómo pudo una de las sociedades más desarrolladas cultural y económicamente de Occidente encolumnarse tras un proyecto y una práctica criminal? Pregunta que no incumbe sólo al pueblo alemán.

Tal vez por eso las primeras palabras que los directores nos dejan oír, aun antes de los títulos de apertura, son las de Traudi Junge diciendo “eso sólo ocurre cuando un sistema tiránico está tan bien establecido que puede dominar todo el tejido social. Los alemanes son buenos para la organización” y las de ellos preguntando “¿también la conciencia del pueblo?”.

Samanta Salvatori y Raúl Finkel son profesores de historia y realizan seminarios acerca de las relaciones entre cine e historia.

Comisión Provincial por la Memoria

Area investigación y enseñanza

Mancomunando esfuerzos



Morón. Como iniciativa de un grupo de docentes del partido de Morón, se realizó un convenio entre la Comisión y el Municipio para poner en marcha en el distrito el programa Jóvenes y Memoria. El municipio, conducido por Martín Sabatella, siempre ha mostrado su compromiso con los derechos humanos y la memoria de la dictadura militar acompañando las iniciativas de la Comisión y desarrollando múltiples iniciativas.

Este es un paso más, que con los fondos y recursos humanos provistos, posibilita la integración de un mayor número de escuelas polimodales en el trabajo de reconstrucción del pasado reciente de Morón.

Esperamos que sea un modelo a seguir para extender la propuesta en toda la provincia y sumar jóvenes y docentes al trabajo de elaboración de la memoria.

Morón. Como iniciativa de un grupo de docentes del partido de Morón, se realizó un convenio entre la Comisión y el Municipio para poner en

Mar del Plata. Algo similar se concretó con la Universidad de Mar del Plata, por iniciativa de la secretaria académica Dra Emilce Moler. En esta ciudad hemos podido extender el trabajo con más escuelas gracias al apoyo brindado por la secretaria, que articula actividades y nos ayuda a llevar adelante el programa.



Cursos de formación capacitación docente

EL CINE Y LA MEMORIA DEL PASADO RECIENTE.

Carga horaria: 30 hs. cátedra / puntaje: 0,40 / dictamen: 6547

HISTORIA Y MEMORIA DE LA DICTADURA. Carga horaria: 60 hs. cátedra / puntaje: 0,38 / dictamen: 6547

ENSEÑANZA DE LA ÚLTIMA DICTADURA:

HISTORIA Y MEMORIA. Carga horaria: 45 hs. cátedra / puntaje: 0,40 / dictamen: 6547

POLÍTICA, CULTURA Y SOCIEDAD EN LA ARGENTINA RECIENTE. Carga horaria: 30 hs. cátedra / puntaje: 0,40 / dictamen: 6547

COMUNICACIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA COLECTIVA. Carga horaria: 30 hs. cátedra / puntaje: 0,22 / dictamen: 6547

LITERATURA ARGENTINA Y MEMORIA. Carga horaria: 30 hs. cátedra / puntaje: 0,16 / dictamen: 6547

Se dictarán cursos próximamente en Morón, Mercedes, Tres Lomas, La Plata, Necochea y Lincoln.

Red de Jóvenes por la Memoria y los Derechos Humanos

En el mes de junio la Red de Jóvenes realizó su primer encuentro con delegados de las distintas regiones de la provincia en la ciudad de La Plata, donde se acordaron los objetivos y las principales actividades para este año.

Durante el mes de septiembre para conmemorar los 29 años de la noche de los lápices se llevó a cabo la proyección del documental 4 vidas una historia, realizado por docentes y alumnos del Instituto Pedro Díaz Pumará, de Benito Juárez, y un debate sobre la militancia juvenil.



PROGRAMA JÓVENES Y MEMORIA.

Este año en el programa Jóvenes y Memoria se presentaron 120 proyectos de diferentes escuelas de la Provincia de Buenos Aires. Quedaron seleccionados 80 proyectos que a partir de diferentes problemáticas trabajan sobre la historia y memoria de su comunidad.

Los soportes elegidos para transmitir la investigación son muy variados; video documental, CD multimedia, mural, muestra fotográfica, libro, revista, obra de teatro, marca urbana, página web. Materiales que estarán disponibles en la biblioteca de la Comisión.



ENCUENTROS REGIONALES.

Durante los meses de julio y agosto, se realizaron doce encuentros regionales distribuidos por toda la provincia, en los que más de 1.500 alumnos y alrededor de 200 docentes de los proyectos seleccionados en el programa Jóvenes y Memoria, se reunieron para intercambiar experiencias. Los alumnos trabajaron en torno a la relación entre el pasado indagado en las investigaciones y su realidad presente, tratando de distinguir continuidades y rupturas y reflexionando en torno a los sentidos de los trabajos sobre la memoria de un período doloroso y conflictivo como fue la última dictadura cívico-militar.

Los docentes intercambiaron proyectos y reflexiones en torno a la experiencia transitada, y realizaron un módulo de capacitación complementario. También los grupos que trabajarán en la producción de un audiovisual tuvieron su primer taller de realización.

La Comisión por la Memoria se reunió con su consultor académico, el magistrado español Baltazar Garzón. Durante el encuentro de trabajo, realizado en el marco de la reciente visita de Garzón a la Argentina, se analizó la temática carcelaria y algunos lineamientos del próximo informe del Comité contra la Tortura.

Biblioteca

Por Emmanuel Kahan y Juan Manuel Mannarino

Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de Guerra Mundial, Andrés Bisso, Prometeo, Bs As, págs. 394.

Pocos libros de historia logran una conjunción entre la seriedad de investigación y análisis y la buena prosa. El primer libro de Andrés Bisso es uno de ellos. Su narrativa hace accesibles a todos aquellos que se interesen por el curso de

la historia política y de las ideas en Argentina, los diversos senderos que confluyen en lo que el sentido de lo políticamente correcto ha denominado antifascismo.

El autor nos propone recorrer los derroteros de la agrupación Acción Argentina, reconocida por su plataforma antifascista, durante su período formativo, al inicio de la década de 1940, hasta su disolución, bien entrada la misma década. Su libro se divide en dos partes que buscan, por un lado, explicar la sociogénesis e historia del grupo y, por otro, problematizar la conformación de usos originales dados a la prédica antifascista.

Acción Argentina congregaba a activos y reconocidos militantes del socialismo y del liberalismo patriótico, quienes se presentaban en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y ante los casuales auditorios, como una agrupación pro-aliada y anti-nazi. La novedad de la guerra y un fraude reactivado hicieron de las posibles diferencias entre estos

dos horizontes ideológicos, una mera cuestión de futuro, y ubicaron a dichas tradiciones como una heterogénea unidad dentro del complejo espectro-ideológico argentino.

En esa cooperación entre las tendencias socialista y liberal, que tiempo antes competían entre sí deplorando una a la otra, logró que temporalmente se subsumieran las diferencias en sus prácticas comunes. Por el contrario, sí eran constitutivas de la identidad y el programa de liberales y socialistas las acciones e intervenciones que realizaban dentro de la agrupación cuando confrontaban con el otro polo: conservadores, neutralistas, pronazis y nacionalistas antiliberales. El autor considera la posibilidad de observar cómo a través de la prédica pro-aliada y anti-nazi, aparecía una apelación política que promovía consignas y valores relacionados con el decurso de la política local que enfrentara el fraude conservador. Resulta interesante además la aprehensión que el autor realiza de las formas de convocatoria y participación propuestas por los integrantes de Acción Argentina.

Entre la Cruz y la Espada. La Iglesia Católica durante los primeros años del Proceso, Martín Obregón, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, 190 páginas.

En los últimos años se han incrementado los análisis respecto del protagonismo de la institución eclesial en Argentina. Desde distin-

tas perspectivas se han abordado las acciones que la iglesia desarrolló en el ámbito social, cultural y político. El libro de Martín Obregón abreva en muchas de estas obras y preguntas ya propuestas, pero con una nueva preocupación: la de interpelar las complicidades, los silencios y las oposiciones llevadas a cabo por los hombres del cuerpo clerical durante los primeros años de la última dictadura cívico-militar.

Entre las riquezas del texto se encuentran el período elegido por el investigador y la meticulosa contemplación que sobre las diversas facciones internas de la institución se despliegan. La novedad de esta investigación es reconstituir desde una mirada analítica los posicionamientos que la Iglesia tuvo durante los años en los cuales el gobierno militar buscó consolidarse y conquistar la opinión pública. Pues considera el autor que durante este tiempo es posible observar una perspectiva relativamente amplia, que contemple no sólo los momentos previos y posteriores al Golpe sino también la propia dinámica del Golpe.

Este recorte temporal permite indagar en la diversidad de respuestas y prácticas emplazadas en escena dentro del campo católico. Los apoyos entusiastas, las adhesiones pragmáticas y las débiles oposiciones son posturas en las que se conjugan, además de las respuestas coyunturales, las alianzas establecidas antaño con las Fuerzas Armadas y la recepción del Concilio Vaticano II (1965).

El presente trabajo profundiza la mi-



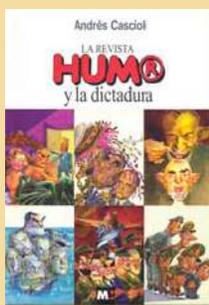
rada analítica que sobre el rol de la Iglesia se ha venido produciendo, a la vez que abre una puerta para interpelar cuáles fueron los pronunciamientos y acciones esgrimidas por ésta durante el periodo 1976-1983.

La Revista Humor y la dictadura. 1978-1983, Andrés Cascioli, Musimundo, Bs. As., 2005, 500 páginas.

Parece un imposible: en la Argentina existió una revista cultural que llegó a vender 330 mil ejemplares. No sólo eso: lo hizo enfrentando a la última dictadura cívico-militar, diciendo desde el humor lo que nadie lograba creer que toleraría la censura, con tapas que caricaturizaban a los generales de turno. Ahora, el director de aquella publicación, Andrés Cascioli, con la colaboración de los periodistas Oche Califa y Juan Carlos Muñiz, editó el libro *La Revista Humor y la dictadura* donde recopila lo mejor de aquellos años.

La cuidada edición ofrece una antología de notas e historietas acerca de temas y protagonistas de la historia

argentina reciente, muchos de los cuales sólo tenían cabida en la revista.



Grondona White, Meiji, Tabaré, Tomás Sanz, Ceo y Aquiles Fabregat.

Bajo una pequeña introducción de Cascioli, *La Revista Humor y la dictadura* articula un relato contextual, año tras año, acerca de las vicisitudes políticas, sociales y culturales con las que *Humor* nació, se reprodujo y subsistió. En medio de notas, dibujos, tapas y texto, aparece una joyita: la reedición del famoso número 97, secuestrado por la dictadura extrañamente en enero de 1982. Nicolaidés explicó por qué la tapa era ofensiva: él aparecía caricaturizado sobre una patineta, cayéndo-

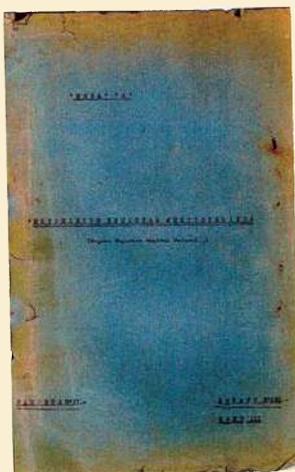
se con la justicia atrás, cuenta Cascioli.

Hermana de *Satiricón*, *Mad* y *Chaupinela*, la revista *Humor* nació en 1978 cuando el mundial de fútbol era utilizado como táctica política por los militares, mientras en los campos de concentración se asesinaban y hacían desaparecer cientos de personas. Los primeros que pusimos la cara, que nos jugamos el cuero fuimos los dibujantes. Después se sumaron al plantel los periodistas aunque a pedido de los lectores, recuerda Cascioli. Con el amparo de editorial De la Urraca (que también editó las publicaciones *Humor* y *Juegos*, *Humi*, *El Péndulo*, *Mutantia*, como otros libros e historietas), *Humor* escaló con el tiempo las exigencias que le fue demandando su público: pasó de mensual a quincenal y luego a semanal. No obstante, y luego de un breve acercamiento ideológico con el radicalismo, la década del '80 multiplicó las presiones y juicios sobre una publicación que terminó por desgastarse ante la nueva cara democrática del neoliberalismo.

Biblioteca Comisión Provincial por la Memoria, Calle 54 N° 487 entre 4 y 5. La Plata.

Horario: De 8 a 18 hs de lunes a viernes. Visitas guiadas para escuelas: solicitar turno 0221-4831731 int 102/103/105

Los archivos en Francia



Con ocasión de la entrega, para su depósito en la BDIC, de una copia digital de seguridad de los archivos de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires, se realizó el 8 de julio un acto en el cual intervinieron el copresidente de la Comisión Provincial por la Memoria, Hugo Cañón; Bruno Groppo, d del Centro de Historia Social del Siglo XX de la Universidad de Paris; Sandra Raggio, de la Universidad Nacional de La Plata, y Sophie Tonon, aboga-

da que representa a las familias de franceses desaparecidos en Argentina durante la última dictadura. Entre otros casos, abogada querellante contra Alfredo Astiz.

En la oportunidad, Hugo Cañón presentó el trabajo *Derechos humanos en Argentina*, los aspectos jurídico; Bruno Groppo hizo lo propio con *Los archivos de historia social en América Latina*, y Sandra Raggio presentó los archivos de la D.I.P.B.A.